

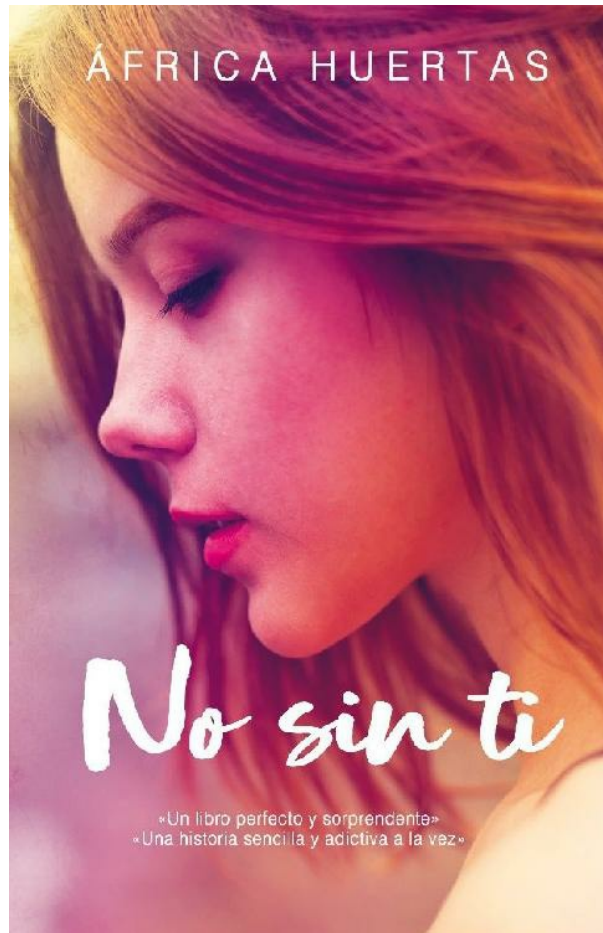
ÁFRICA HUERTAS

No sin ti

«Un libro perfecto y sorprendente»
«Una historia sencilla y adictiva a la vez»

No sin ti
África Huertas

SINOPSIS



En ocasiones cuando pierdes a alguien importante la vida se detiene, todo cambia de rumbo, todo pierde valor. Cuando sientes un vacío tan inmenso que no puedes respirar, seguir... y entonces sucede. Sucede sin más. La vida te da una segunda oportunidad para continuar, para valorar lo que habías olvidado.

Abbie Harrison es una chica impulsiva, decidida, que perdió el rumbo de su vida el mismo día que Jimmy se marchó para siempre. Bryan sabe lo que es sufrir porque se ha visto obligado a superar una enfermedad que casi acaba con su vida, pero no se rinde. Y Alice, una mujer que vive encerrada y aislada desde que un accidente de coche se llevara a las dos personas que más había amado.

«Tres vidas entrelazadas. Un cambio inesperado. Un amor. No Sin Ti es una historia de superación, miedos, inseguridades, de situaciones que cambian el rumbo de tu vida. De esperanza».

BIOGRAFÍA



África Huertas, natural de Quart de Poblet, nació en Valencia en 1991 y se graduó en Historia en el año 2013 por la Universidad de Valencia. En el año 2014 finalizó el Máster de Patrimonio Cultural: Identificación, análisis y gestión impartido por la misma universidad donde se graduó, sin embargo, con los años ha ido ampliando estudios en diversas disciplinas. Actualmente también se dedica al diseño gráfico.

Comenzó con pequeños relatos que con los años fueron madurando, dando como resultado algunas de sus novelas. En el año 2015 salía a la luz su primera novela, *No Sin Ti*, y meses después se publicaba su segunda novela *¿Y si te digo que te quiero?* La tercera llegó en el mes de abril del 2017, titulada *Mi Pequeño Milagro*. A finales de noviembre de 2017 nos presentó *Nieve. Nacida del hielo y la luz* con la que nos transporta a otro tiempo, y cuya segunda y última parte está prevista para unos meses, se titulará *Neyda. La princesa de hielo*.

Ganadora en el año 2009 del I Premio del concurso literario Concursos juvenils (Ayuntamiento de Paterna) con el relato titulado *In Memoriam*, y una de las ganadoras de la II Edición del Premio de Novela Multiverso 2016.

ÍNDICE

PRÓLOGO

I.JIMMY

II.SAM

III.LUCY

IV.JIMMY

V.SAM

VI.LUCY

VII.JIMMY

VIII.SAM

IX.JIMMY

X.SAM

XI.JIMMY

XII.LUCY

XIII.JIMMY

XIV.SAM

XV.JIMMY

XVI.SAM

XVII.JIMMY

XVIII.SAM

XIX.JIMMY

XX.SAM

XXI.JIMMY

XXII.SAM

XXIII.JIMMY

XXIV.SAM

XXV.JIMMY

XXVI.SAM

XXVII.JIMMY

XXVIII.LUCY

XXIX.SAM

XXX.JIMMY

XXXI.SAM

XXXII.JIMMY
XXXIII.BRYAN
XXXIV.JIMMY
XXXV.BRYAN
XXXVI.JIMMY
XXXVII.BRYAN
XXXVIII.JIMMY
XXXIX.ABBIE
XL.LUCY
XLI.ABBIE
XLII.LUCY
XLIII.BRYAN
XLIV.ABBIE
XLV.BRYAN
XLVI.ABBIE
XLVII.BRYAN
XLVIII.ABBIE
XLIX.BRYAN
L.ABBIE
EPÍLOGO.BRYAN

*“La soledad se descubre a menudo
en la necesidad de un abrazo”*

La voz dormida de Dulce Chacón.

A la gente que está, que ha estado y que espero que siga estando mucho tiempo. A los que ya se han ido, porque siempre queda en el mundo un pedacito de ellos.

A mi familia.

PRÓLOGO

Esta no es una historia cualquiera. No cuenta la vida de unos personajes inventados que intentan ser felices, no. *No Sin Ti* es un rincón en el mundo, en el interior de cada persona. Nació de la nada hace muchos años, y se formó cuando tenía que hacerlo, ni antes ni después. Creció y maduró, siendo esa historia que comenzaba con la expresión tan dura y tan cierta «La vida es una mierda» y solo dejaba ver las injusticias del mundo.

Disfrutadla como se merece, lloradla, amadla y odiadla. Para eso fue creada. Nada es perfecto en este libro, ni lo será nunca. Es lo que es, sin más. Porque la vida duele demasiadas veces, porque todos sufrimos, reímos y volvemos a empezar. Y si quieres, puedes creer en historias de fantasmas, no seré yo quien lo rebata, pues fantasmas del pasado acompañan a estos personajes perdidos en la oscuridad del dolor.

Antes de que empieces quiero que sepas que, cada palabra salió del corazón. Ellos no están, pero jamás se han ido. Y de esto parte y comienza el viaje al interior más profundo de cada ser.

Que disfrutes. Que te haga creer en lo que tu mente y corazón necesite creer.

I

JIMMY

La vida es una mierda y todo aquel que diga lo contrario solo se engaña a sí mismo. La gente suele engañarse continuamente, eso es un hecho. Puedes fingir que no duele, que no va a doler. Puedes mentir diciendo a los demás que siempre hay esperanza para los que resisten, para los que luchan día tras día, pero eso también es mentira. No hay un equilibrio en las cosas, solo en la naturaleza y eso es porque la naturaleza es sabia. Si nosotros, los humanos, también fuéramos sabios, sabríamos y aceptaríamos que las cosas suceden sin más, que no existe un propósito más grande que nosotros, que luchar no siempre significa ganar, de hecho, pocas veces se consigue la victoria tras una larga y dolorosa lucha. Yo lo he visto y sigo viéndolo día tras día, en todas partes, en todo el mundo. Porque la gente no es capaz de concebir la idea realmente importante, la idea que no solemos recordar ni valorar hasta que llegan días terribles; y esa es que, aunque la vida sea una mierda, aunque no sea demasiado larga y esté llena de luchas perdidas, es una vida y como tal simplemente hay que vivirla. Yo aprendí la lección tarde, más tarde de lo que a mi familia y a mí mismo me hubiera gustado.

El trabajo, las obligaciones, los problemas nos apartan continuamente de ella. Tenemos miedo, el miedo no es algo malo, no es algo que pueda desaparecer sin más. El miedo debería ser un estímulo que nos empuje a continuar y valorar lo que tenemos, pero a valorarlo todos los días; cada insignificante segundo del día. Puedes despertarte una mañana de tantas, vestirte, ponerte en marcha. Puedes caminar hacia el trabajo, del mismo

modo que puedes morir ese mismo día y no haber hecho realmente nada de provecho. Ese debería ser nuestro objetivo cuando abrimos los ojos por primera vez una mañana: «Hoy haré algo por mí». No hablo de trabajo o de cualquier otra obligación, no. Hablo de algo mucho más simple, sencillo, algo que pueda hacerte sonreír y sentir que realmente ha merecido la pena levantarse esa mañana.

Ella parece haberlo olvidado por completo. Hoy se ha levantado temprano, esa costumbre no parece haberla perdido, se ha vestido con lo primero que ha encontrado tirado por algún rincón de su cutre y pequeño apartamento donde vive desde hace casi cinco meses. La he visto marcharse de casa, la he visto perder el rumbo de su vida y aún puedo verla tan perdida como yo me sentí.

El teléfono comienza a sonar, pero soy incapaz de encontrarlo entre el montón de trastos de mi habitación. Ser un desastre es parte de mi encanto, siempre lo ha sido. Me guío por el sonido que emite y rebusco, primero, entre el montón de ropa sobre la silla, pero nada. Continúo la búsqueda con los ojos cerrados esperando que todos los demás sentidos se agudicen lo suficiente como para encontrarlo. Me he vestido con lo primero que he pillado esa mañana entre toda la ropa, unos vaqueros oscuros y la camiseta blanca del trabajo. ¡Lo encontré!

—¿Sí?

Intento apilar algo mejor algunos de los trastos con los que tropiezo antes de llegar al móvil. Hacerlo me trae viejos recuerdos a la mente.

—Abbie, soy yo —dice sin más, sabiendo que no necesito oír su nombre. Cece—. ¿Preparada para la noche de tu vida?

¿La noche de mi vida?

—Cece hoy trabajo hasta las seis. —No sé muy bien de qué me está hablando.

—¿Y? —La noto confundida, es increíble que solo la conozca desde hace unos tres meses y, sin embargo, sea capaz de verla venir de lejos—. ¿Lo has olvidado verdad?

—¿Olvidarme de...? —Evidentemente sí.

—¡Hoy es tu cumpleaños! ¡Y vamos a celebrarlo por todo lo alto! —Alza la voz eufórica. No entiendo cómo puede su lado positivo brillar con tanta fuerza siempre.

Es pura luz, pienso mientras sigo pegada al teléfono.

—Cierto. Claro, fiesta.

Nunca digo no a una buena fiesta.

—¡Perfecto! Pues quedamos en la puerta de Le Baron a las... —dice dubitativa. Puedo oír la televisión de fondo—. ¿Ocho y cuarto?

—Vale. —No he dejado de moverme ni un solo segundo desde que he comenzado a hablar—. Cece tengo que dejarte, me voy al curro.

—Vale, pero... —Su voz es aguda, demasiado aguda—. ¡Felicidades, Abbie!

—Gracias. Nos vemos esta noche. Adiós.

—¡Adiós, cumpleañera!

Odio el día de mi cumpleaños. No por esas chorradas de hacerse vieja, lo odio porque siempre lo asocio a dolor. *Pero deberías estar contenta, Abbie, estás viva.* A Cece no le he contado nada, lo cierto es que no le he contado nada de mi vida a nadie, al menos de mi vida antes de mudarme a Nueva York. No quiero, tal vez no puedo.

Mi paso es rápido, nunca llego tarde a ningún sitio y no soporto a la gente impuntual. Es un bonito día de mayo en la ciudad que nunca duerme. La calle rebosa de gente por todas partes, cada uno absorto en su propia vida, sin importarle lo más mínimo la vida de aquel que cruza por su lado. Fue lo que más me atrajo de esta ciudad, la distancia. La invisibilidad.

Me encuentro parada en la acera esperando que el semáforo nos permita cruzar a mí, y al grupo de personas trajeadas que aguardan a mi lado. No me importan sus vidas y me alegro que no les importe la mía. Se pone verde y la avalancha comienza a moverse al unísono hacia delante. Vivo tan solo a un par de calles de la cafetería donde trabajo todos los días de la semana, de nueve de la mañana a cinco de la tarde, aunque muchos días me toca quedarme alguna hora más. Abro la puerta de la cafetería, Chris ya está allí colocando algunas cosas; Félix se ocupa de la cafetera.

—Buenos días, Abbie —saluda amablemente.

Chris es la encargada, y la que más tiempo lleva allí trabajando. Una chica tranquila y muy simpática.

—Hola, Chris. —Me aproximo al mostrador y cruzo al otro lado, al lado de los empleados—. Sabes, Chris, tienes que ser la única persona en la Tierra que adore su trabajo como camarera. —No puedo evitar reírme. La miro de reojo y también tiene una sonrisa en su rostro.

—Si quiero pagarme la carrera, no me queda de otra —confiesa mientras observo sus delicados y bonitos rasgos faciales. Me resulta atrayente incluso a mí, y eso que nunca he cruzado de acera. Es una chica guapa, no puede negarse.

Cojo el delantal de trabajo, ese de color negro con el nombre de la cafetería escrito en él de color rosa fucsia: «Bom-Bam-Bum». La señora Peterson no tuvo que pensar demasiado para ocurrírsele un nombre como ese para su negocio. Noto una mano en mi trasero.

—¿Sabes que podemos repetir cuando quieras? —Félix y sus ojos miel se encuentran pegados a mi espalda.

¿Por qué me acostaría con él? Maldita sea.

—Solo fue una noche, Félix, deja de hacerte ilusiones. —Una maldita noche y estaba borracha.

Me aparto de él, me ato el delantal, sonrío y me dirijo al mostrador para comenzar mi trabajo. En cuestión de media hora, la cafetería rebosa de gente comiendo, charlando y... entonces lo veo entrar. Es un chico bastante raro.

—Ahí está. —Chris también se ha dado cuenta y me mira alzando las cejas.

Es tan extraño. Viene todos los días desde hace tres semanas y se sienta ahí, completamente solo y en silencio. En ocasiones se trae un libro y se queda allí leyendo tras pedir algún café, té o magdalena. Reconozco que me di cuenta en seguida de lo raro que resultaba, y pronto pensé en preguntarle, pero parece un tipo muy tímido, callado. He calculado que debe rondar un par de años más o menos que yo, no es demasiado feo, aunque tampoco es un sex-symbol. Parece un tipo bastante corriente a primera vista, pelo castaño revuelto, ojos azules, no muy alto... y aunque no está fuerte ni musculoso a veces puedo ver asomar algo de bíceps. No ha faltado ni un solo día desde hace tres semanas. Como he dicho, parece un chico bastante normal, si no fuera por lo extraño de la situación y por su sutil cojera, casi imperceptible si no te fijas en ella. Me pregunto cuál será su historia, de vez en cuando parece triste; y yo sé muy bien lo que es estar triste. Es como si estuviera esperando algo, algo que nunca llega a suceder. *Tú también esperas algo así Abbie, aunque ni siquiera lo sabes. Pregúntale, díselo. Quizá te sorprendas.* Me toca preparar la cafetera. Chris se ha ido atender a los clientes y Félix la ayuda, aunque no deja de mirarme de arriba abajo. Asqueroso perverso.

II

SAM

Y así sucede, sin más, dejas de respirar y mueres. Es rápido, sencillo. Morir es sencillo. Reconozco que creí que no moriría tan pronto, que mi cuerpo me haría caso por una vez y soportaría el dolor, la metástasis, la quimio, pero a la mierda. No lo soportó. Y la palmé, sin más. Es sencillo, dejas de respirar y tu corazón de latir. Me pasé más tiempo en aquel hospital que en mi propia casa. Mi familia aumentó de la noche a la mañana, a mis padres se le sumaron los médicos —el Doctor Winston y la Doctora Jhonson—, la increíble Theodora que cuidó de Bryan y de mí cuando el hospital les prohibía el paso a mis padres. Bill, George, Margaret... mi familia se hizo tan inmensa que perdí la cuenta. Bryan se convirtió en mi hermano pequeño, nadie mejor que él sabe lo que es pasar por eso, por todo eso.

Sé que él piensa que no puede, que no podrá nunca, pero se equivoca. Yo lo he visto. Solo tiene que echarle algo de valor y enfrentarse a ello. Supo luchar cuando nadie daba nada por él y sobrevivió contra todo tipo de expectativas, de pronósticos, de porcentajes absurdos. Yo no lo logré, pero él sí pudo y no creo que existiera nadie más en la Tierra que mereciera sobrevivir a una mierda como esa más que él. Y míralo, si quiera sabe que es un tío especial. Acude a esa cafetería todos los putos días porque sabe que allí podrá verla, pero no tiene los huevos necesarios para acercarse a ella y pedirle una cita. Ojalá estuviera allí para darle un buen empujón en la espalda y levantarlo de esa silla metálica de color naranja, pero la vida a decidido que no debía estar allí. Creemos que decidimos sobre nosotros

mismos, sobre nuestra vida, pero no decidimos una mierda. Yo estoy muerto y decidí no estarlo.

La puerta de cristal se abre y la veo entrar, radiante, mágica, pero Zoey siempre ha sido mágica, eso no me sorprende. Ya me lo pareció la primera vez que la vi en el hospital con aquel uniforme rosa y su larga melena rubia recogida en una coleta. «Hola, soy Zoey» y ya no pude quitármela de la cabeza. *Créeme Bryan, yo tampoco pude quitármela de la cabeza, colega.* Y aquí estoy, como ayer, como antes de ayer y como estaré mañana. Sé que es sencillo, solo tengo que acercarme y saludar, quizá aún me recuerde, aunque lo dudo mucho.

—¿Qué quieres tomar hoy? —No me he dado cuenta de que la camarera espera de pie junto a mi silla. La conozco, a ella y a los otros tres que trabajan en este lugar. Es bastante guapa, parece que espera mi respuesta impaciente.

—Un té rojo, por favor —respondo retraído.

Hoy he traído un libro para leer, estaré allí hasta que Zoey se vaya.

—¿Algo más? —insiste. Tiene unos ojos grises bastante espectaculares.

—No, gracias. —Devuelvo la mirada a la mesa, al libro.

Vuelvo a quedarme solo y levanto la mirada hacia la mesa de Zoey donde se encuentra sentada junto a otra chica. La veo reírse, tiene una sonrisa maravillosa. *Vamos tío, levántate, ¿a qué esperas?* Resoplo antes de abrir el libro y comenzar mi lectura, quizá algún día me atreva, quizá hoy...

No tarda demasiado en regresar la camarera de ojos grises. Viene con una bandeja, con dos tazas y una magdalena de chocolate. Se detiene frente a mi mesa y deja la taza de té rojo sobre ella. Todo en esta cafetería es de cristal, las mesas, los ventanales de suelo a techo, la puerta, el mostrador decorado con suculentos y apetecibles dulces. Junto a la taza deja también la magdalena.

—Disculpa, yo no he pedido esto. —Frunzo el ceño.

—Lo sé, cortesía de la casa. —No me había fijado en los hoyuelos que se

le forman en los mofletes cuando esboza una pequeña sonrisa. Son gracioso, son peculiares.

—¿Y un regalo por qué? —Ha captado toda mi atención.

—Por ser nuestro mejor cliente —capto cierta burla en su comentario. Debo haber dibujado una expresión de desagrado en mi rostro, ya que lo siguiente que dice es—: Bueno, vienes todos los días, así que te has convertido automáticamente en nuestro mejor cliente.

Escucho atento sus palabras, tengo la extraña sensación de que en el fondo solo quiere averiguar el por qué. Qué hago aquí todos los días.

—Suelo desayunar todos los días es... —vacilo, intentando sonar gracioso—. Una adicción de la que aún no me he desenganchado.

Parece asomar una sonrisa.

—Entiendo, las adicciones nunca son buenas, ni fáciles. —Comienza a darse la vuelta y alejarse de mi mesa.

Parece extrovertida. Si yo fuera un poco más... así, sería tan fácil. Ojalá estuviera Sam, él sabría qué decirme, aunque creo saber que sus palabras serían: «Levanta el puto culo de la silla y échale huevos, Bryan. ¿Qué es lo peor que podría pasar?». *Exacto, así que HAZLO*. Lo echo de menos, se convirtió en mi mejor amigo, en mi hermano. No me gusta recordarlo, ahora que soy libre recordarlo me hace recordar el hospital.

Mi teléfono vibra sobre la mesa y sé que he recibido un mensaje. Aparto el libro de nuevo y cojo el teléfono para leer mamá en la pantalla, desbloqueo y leo el mensaje:

«Bryan hazme el favor de traerme algo de fruta»

Se dibuja en mi rostro una sonrisa. Mi madre siempre ha llevado bastante bien mi enfermedad. Me diagnosticaron hace unos cinco años y desde entonces

hemos salido y entrado del hospital continuamente en breves periodos de tiempo. Mi padre, Alan, no pudo soportarlo y se marchó, nos dejó solos y, sin embargo, no la vi llorar, no la vi dudar. Quiero a mi madre más que a nadie en este mundo. No he podido tener muchos amigos, ya que la mayoría fueron desapareciendo de mi vida a medida que mi enfermedad se alargaba. Entré por un absurdo malestar en la pierna izquierda, mi madre no dejaba de repetir que seguramente se trataba de algo de la cadera, que tenía un lado más alto o algo así, pero lo cierto es que salí sin ella. Sin enfermedad, sí, pero también sin pierna.

Fue horrible, fue mucho más que horrible. *Y lo superaste, como superarás todo lo que te venga, amigo.* Y aquí estoy, con una prótesis que oculto bastante bien y esperando que ocurra un milagro que me empuje a pedirle una cita a Zoey. *¿No lo entiendes verdad? Tú eres un milagro andante.* Vuelvo a mirarla y vuelvo a quedar fascinado con su belleza.

III

LUCY

Y cosas así suceden cuando el miedo y el dolor se apoderan de todo. Se apoderan de tu vida y no te dejan respirar. Recuerdo la carretera mojada por la lluvia del día anterior, aún retengo la sensación en mis manos. Es increíble la calma que se respira justo antes de morir. A penas podía mover la cabeza, y aunque no sentía prácticamente ninguna de las partes de mi cuerpo, una calma me inundaba por completo. Me sentí confusa, mi cabeza estaba en el sofá del comedor viendo la televisión, con mi madre en la cocina y mi padre junto a ella. No entendía cómo había llegado del sofá verde de casa a la fría, húmeda y mojada carretera. Después vi el coche, vi los cristales, el metal frío, cortante. Mi vista se nublaba, pero podía ver a mi padre al volante con la cabeza hacia delante; el coche destrozado. Luego, respirar bien fue más complicado; luego, comencé a escuchar aquel sonido que tu nariz hace cuando intenta inspirar más aire, pero algo se lo impide, como en un resfriado con la nariz llena de mocos. Pero no era un resfriado.

También recuerdo la sangre, por todas partes. Antes de desmayarme el sonido de la ambulancia, después nada; absolutamente nada. Ya no desperté, ni siquiera sé si llegué con vida al hospital, si mi padre llegó con vida también. Pude ver a mamá en la sala de espera alterada, confusa y llorando, cinco años después aún no ha dejado de llorar. Su vida se vino abajo aquel día, pero debería recordar que ella sigue allí.

¡Claro que preferiría seguir viva! Poder escuchar el latido de mi corazón sería la cosa más increíble del mundo, sobre todo, porque hace

cinco años que dejó de latir. Supongo que a eso se refieren en esas películas de Hollywood en las que los protagonistas aprenden a aprovechar la vida, el amor de la gente que los quiere, antes de que sea muy tarde.

Yo nunca me he enamorado, ni podré hacerlo. Confieso que siempre pensé que lo haría, que también a mí me sucedería, aunque todo eso fue mucho antes del accidente. Recuerdo a Matt Feldman, mi primer amor con apenas doce años, recuerdo cómo pasó de mí y lo absurdo que me pareció todo cuando tuve la edad suficiente para comprender que un chico cuatro años mayor que yo, a esas edades, no iba a fijarse en una cría de doce. Fue una sabia lección. Es lo más parecido a un enamoramiento que he conocido.

Las tazas de café están perfectamente alineadas en la mesita frente al sofá. Todo está impecable y perfecto, como debe ser. He colocado un enorme jarrón de flores en el sitio donde antes tenía la televisión. Dejé de verla, así que simplemente la quité del medio. Demasiada suciedad. Puedo oír el sonido del plástico que envuelve el sofá verde del salón, es la mejor manera de evitar que se ensucie y tener que limpiarlo mil veces al día, aunque reconozco que lo limpio tantas veces como antes de poner el plástico. El timbre de la puerta suena, ya está aquí. Me levanto y me acerco a ella para abrir. Antes me miro en el espejo de la entrada y coloco un par de mechones que se han soltado del recogido. Abro.

—Buenos días, Alice.

Carol siempre sonrío. ¿Por qué?

—Buenos días, pasa, pasa. —Me echo hacia un lado para dejarle paso—. Tome la bolsa. —Ya las tengo preparadas en el cajón del mueble de la entrada.

—Alice ¿qué dijimos sobre esto? —La ha cogido, aunque aún la sujeta en la mano.

Úsela, se la he dado por algo.

—Es que he limpiado esta mañana y...

—Alice —dice a modo de regañina.

Respiro hondo antes de hacer algo de lo que me arrepentiré durante toda la hora de terapia. Ni siquiera necesito terapia.

—Claro. —Sonrío.

Miro de reajo sus pies, seguro que sus zapatos están sucísimos de la calle.

Carol sigue caminado hacia el salón, se detiene junto al sofá antes de sentarse en él. Ocupo el asiento de su lado. Puedo ver la suciedad de sus zapatos en mi moqueta. Tendré que volver a limpiarla otra vez cuando se vaya.

—¿Qué tal la semana? —Abre su libreta, donde anota todos los datos que cree pertinentes sobre mí.

—Bien. —Aproximo la cafetera a las tazas y lleno primero la mía—. ¿Quiere?

—Sí, gracias. —Anota algo—. ¿Entonces no ha tenido ningún ataque, nada significativo que contarme?

Sube una pierna y la cruza sobre la otra. Al menos uno de sus pies no puede seguir ensuciando mi suelo.

—Nada.

Intento ser amable, soy educada, pero preferiría que no estuviera aquí, estoy mejor sola.

—¿Segura? —Vuelve a sonreír. Yo asiento—. Y dígame, ¿ha decidido comenzar esta semana con el ejercicio de ir saliendo poco a poco de casa?

—Lo cierto es que he estado demasiado ocupada.

Tuve que limpiar toda la moqueta de la casa y limpiar de arriba abajo la cocina, no he tenido tiempo.

—¿En serio, Alice? ¿Con qué? —Me incomodan sus comentarios.

Baja la pierna de nuevo y su zapato sucio vuelve a mi suelo desinfectado.

«¿Tanto le hubiera costado ponerse las bolsas en los pies?» Me siento incómoda, así que me levanto del sofá.

—¿Quiere algún aperitivo? He hecho unas pastas dulces buenísimas que he sacado de un viejo libro de recetas. —Antes de que pueda contestarme me dirijo hacia la cocina.

Las tengo en un recipiente de cristal cubiertas. Quito la tapa, cojo un plato del mueble superior y coloco algunas de ellas. Siguen oliendo a recién-hechas. Vuelvo al salón con el plato en la mano. Relleno mi taza de café tras dejar las pastas en la mesa.

—Alice... —Sé que intenta decirme lo mismo de siempre, pero no quiero oírlo.

—Están realmente buenas, Pruébelas. —Acercó el plato a Carol, ella alargó la mano y cogió una. Mi mirada se desvió un segundo a sus pies, estoy empezando a ponerme nerviosa. Las piernas me tiemblan.

—Alice el mundo no es tan horrible allí fuera —dice su voz compasiva. Me contempla en silencio unos segundos, después deja la libreta marrón sobre mi sofá y se aproxima un poco más a mí—. Alice, sé que ha debido ser muy duro para usted, pero han pasado cinco años, sigo viniendo todos los viernes desde entonces y no parece mostrar interés alguno por... superarlo.

¿De qué me está hablando? Debería coger otra galleta. *Mamá escúchala.*

—Carol yo... —Me veo obligada a callar, no entiendo sus palabras.

Mamá las entiendes, sabes perfectamente de qué te habla. No te cierras en banda, no sigas haciéndolo.

—Alice, sabes a qué me estoy refiriendo ¿verdad? —Por primera vez noto cierta confusión en la mirada de Carol. No voy a mentirle.

—Lo cierto es que no sé de qué me estás hablando, Carol —respondo con sinceridad. Intento escucharla. *No es cierto.*

—Alice. —Carol devuelve la mirada a unos marcos de fotos que tengo en

el mueble tras el sofá—. ¿Dónde está Lucy? ¿Y su marido?

Que pregunta más absurda. *Mamá, muertos. Estamos muertos.*

—Lucy está en la universidad claro, es época de exámenes así que está muy liada. Jerry está trabajando, le han dicho que tenía que irse unos días a Los Ángeles por trabajo, pero volverá pronto. —Ni siquiera creo que le importe dónde está mi familia.

Su rostro se torna serio, callado.

—Alice, ellos... —Deja de hablar. ¿Ellos qué? No los conoce para nada —. Tendremos que volver a empezar.

¿Empezar qué? *Mamá, por favor.*

IV

JIMMY

Eres mucho más que eso, Abbie, mucho más de lo que sueles repetirte.
Casi es la hora de cerrar, la gente ya se ha marchado, solo Chris y yo seguimos allí recogiendo. Ella se ocupa de limpiar lo poco que queda por el mostrador, la cafetera, algunos vasos. Yo tengo la escoba entre mis manos y barro con bastante energía. En casa siempre tuvimos a una mujer que se encargaba de ese tipo de faenas, a mi madre jamás la he visto limpiar ni un solo rincón de la casa. Supongo que cuando puedes permitirte, lo haces y punto.

—¿Tienes plan hoy? —Chris sigue limpiando con delicadeza el mostrador.

—Pues, la verdad es que sí. —No debe saber que es mi cumpleaños, mejor así.

—Que envidia, ojalá pudiera tener plan yo también. —Sonríe. Hasta cansada y algo desaliñada por el trabajo sigue estando perfecta.

—Si quieres venirte —la invito.

Me cae bien, después de Cece, Chris es una de las pocas personas que conozco en Nueva York y que me soporta.

—Gracias, pero tengo que estudiar. ¡Exámenes! —Alza las cejas y borra la sonrisa al tiempo que termina de sacar brillo al cristal del mostrador—. Tú no estudiabas nada ¿verdad?

Que pregunten sobre mi vida, no es algo que me guste mucho. Siempre intento esquivar el tema, y casi siempre salgo bien airada, pero después de tanto tiempo es normal que quiera saber algo más sobre mí. Soy una chica de veintidós años que se ha ido de casa y mudado a otra ciudad.

—No, ya no —matizo, aunque debería haber dicho simplemente no.

—¿Ya no? —Desvía sus ojos para posarlos en mí, la puedo notar curiosa. No sabe nada de mi vida, es normal que le resulte curioso.

—Lo dejé —contesto a sabiendas de que podría tirar del hilo. Debo dejar de hablar cuanto antes.

Sí, lo dejó por miedo. Tomé mis decisiones.

—¿Qué estudiabas? —No solemos hablar de mi vida, no quiero hacerlo ahora.

—Arte. Pinto, hago esculturas. —Hacía. Suelto una palabra tras otra. Necesito cambiar de conversación cuanto antes—. ¿Y tú?

Y eras buena, eres buena, Abbie.

- Derecho —responde sin vacilar. Me sorprende, no parece una de esas chicas de Derecho—. Sabes, creí que jamás estudiaría algo así, ya sabes, mi padre es abogado, mi abuelo lo fue, mi tío...

—Familia de abogados.

—Sí, familia de abogados. Y creí que yo no acabaría igual, pero mírame, después de todo me encanta. —Puedo imaginármela en su vida perfecta.

Sonríe antes de desaparecer por el almacén, dejando un halo de energía positiva, algo que percibo bien, pero soy incapaz de desprender. Termino con las mesas del fondo, subo las sillas para poder fregar el suelo y salir de allí cuanto antes. Ha sido un día largo.

Ya en casa, recojo un poco los trastos, lo hago de vez en cuando. Tengo que arreglarme para estar puntual, sé que Cece no lo va a ser, también es uno de sus encantos. Me meto en la ducha y me quedo allí bajo el agua al menos diez minutos con los ojos cerrados. Me gusta sentir las gotas que caen de la alcachofa resbalando por mi piel, o quizá solo sea que me encanta el agua, siempre me ha gustado. *Ya mí.*

Tardo un poco en secarme el pelo, tengo una melena castaña larga y ondulada; después comienzo a maquillarme. Me gusta resaltar bien mis ojos

grises, grandes, es otro de mis puntos fuertes. Los labios rojos y las pestañas bien pintadas y estiradas. Abro mi armario y echo un vistazo a mi ropa, no es que tenga mucha, pero cualquier cosa servirá. Choco con un vestido negro corto de escote en uve con algo de manga, se ciñe perfectamente a mi cuerpo y resalta mis pechos. Por último, los tacones, negros, de plataforma, me los pongo antes de coger el bolso y salir de casa pitando. Cierro con llave, no es muy seguro mi edificio. Hace unos días robaron a la del cuarto B. Ya en la calle, cojo un taxi y me dirijo a Le Baron. Desde la ventanilla veo las calles de Nueva York, pero es tan distinto a lo que creí que sería. Quizá no sea Nueva York, quizá es que yo soy muy distinta a cuando soñé que vendría. *Pero estás ahí Abbie, en algún lugar de tu interior. Lo sé, solo necesitas saberlo tú.*

—Ya hemos llegado. —El taxista me sorprende, perdida en las calles de la ciudad a través de la ventanilla.

Pago y bajo del taxi, aún tengo que andar unos metros hacia dentro, pero ya escucho a la gente, la música. Si no fuera porque es el peor día del año, simplemente sería otra noche más y otra fiesta. Increíblemente, Cece solo tarda unos pocos minutos en aparecer, vestida de azul con su cabello oscuro recogido en una perfecta coleta lisa que cae por su espalda. Me abraza y felicita antes de entrar a la discoteca. Ha conseguido que nos cuelen, siempre conoce a las personas que debe conocer para este tipo de favores. Yo no pregunto, me limito a dejarme llevar hacia dentro. Comienzo con una copa, luego otra y después otra. La música impide que piense y me gusta la sensación de no pensar. Cece parece divertirse bastante y no deja de bailar y mover los brazos de arriba abajo.

—¿Cuántos haces? —Tiene que acercarse a mi oído para poder escucharla.

—Veintidós —chillo, pero aun así casi ni me oigo a mí misma.

Cece me agarra y me lleva con ella al centro de la pista de baile, donde aún más gente nos rodea y envuelve. Un tío se acerca a mí por la espalda y se une a mi baile. No me importa nada, hace mucho que nada me importa. *Abbie no*. Es guapo y fuerte. Cuando se acerca a mí para poner sus manos en mi trasero puedo ver un tatuaje asomar por el cuello, no parece ese tipo de tíos tatuados. Es bastante seductor y mi vestido parece haber cumplido su función. Miro a mi compañera de pista y parece bastante entretenida con un rubiales que la hace reír. Comienzo a sentir el alcohol en mi cabeza y simplemente me dejo llevar.

No estoy muy segura de cómo va sucediendo la noche. Recuerdo sujetar otra copa en mi mano; recuerdo a ese chico toda la noche pegado a mí; recuerdo mucha música. Recuerdo el coche, el viaje, también retengo imágenes en mi cabeza de una habitación. Desnudarme, besos, placer. Sexo. Cuando abro los ojos estoy desnuda en una habitación que no es la mía. Es bastante grande, con una decoración muy moderna, todo muy metálico y neutro, hay una ventana con la cortina medio echada que deja paso a la luz suave de la mañana. Me muevo y siento ganas de vomitar, aunque resisto.

Veó en el suelo, no muy lejos, mi vestido. Me incorporo y puedo ver al tipo de anoche, el guaperas con el tatuaje en el cuello. No puedo logro ver más que su perfil cubierto por una sábana, pero apostarí a que está desnudo bajo ella. Duerme de lado. Me froto la cara antes de levantarme de la cama. Cojo mi vestido, encuentro mi sujetador sobre la cómoda de la habitación, pero necesito saber dónde están mis bragas. Doy con ellas junto a la silla, en el suelo, también hoy tuvo que ser una noche movidita, aunque no lo recuerde demasiado bien. Necesito salir de allí ya.

Ya en el ascensor intento ponerme el zapato que me falta. Soy el ligue perfecto, sexo sin ningún tipo de compromiso. Nada. Soy yo la que huyo y no él. No necesito a nadie en mi vida, todos se van tarde o temprano, eso lo he

aprendido. *Claro, Abbie, porque es mucho mejor no sufrir nunca. Tampoco amar.* El ascensor se detiene, las puertas se abren. Una mujer mayor espera tras ellas con un perro muy peludo en brazos. Puedo imaginar lo que está pensando de mí, pero me da igual.

—Buenos días. —Sonrío débilmente.

—Hola —responde con los labios apretados, contemplándome de arriba abajo, debo de tener una pinta horrible. El maquillaje se habrá corrido por toda mi cara.

Sigo caminado hacia afuera al salir del edificio, después de que un tipo abriera la puerta para dejarme marchar. Es mayo, pero incluso en mayo en la ciudad que nunca duerme a las seis de la mañana refresca. Se ha levantado aire. Me acerco a la acera y levanto la mano intentando parar algún taxi, la calle no está muy transitada, así que no me resulta muy complicado parar uno para volver a casa. Me pregunto cómo habrá acabado Cece después de la fiesta de ayer. Saco el teléfono móvil de mi bolso y le escribo un mensaje:

«Hola Cece, me voy para casa, ya te contaré. ¿Qué tal ayer? Llámame y quedamos».

Vuelvo a meter el móvil en el bolso y me pego a la ventanilla, Nueva York es una de las ciudades más increíbles de la Tierra y me siento vacía.

V

SAM

No dejes que nadie te diga lo que supuestamente vales, Bryan, vales mucho más de lo que llegará a valer esa gente en toda su vida. La visión del espejo es dura, muy dura. Estoy sentado en la cama con el camal del pantalón izquierdo casi completamente subido y puedo ver la prótesis. Puedo verme allí sentado desde el espejo que tengo frente a mí. No me compadezco, nunca lo he hecho, pero tengo miedo. Miedo al rechazo. Todos hemos tenido miedo al rechazo alguna vez en nuestra vida.

—¿Bryan quieres tortitas para desayunar? —Oigo la voz de mamá chillándome desde la cocina.

—Claro. —Creo no haberlo dicho demasiado alto, pero no vuelvo a escucharla.

Ya basta Bryan. Me bajo el camal del pantalón y me pongo en pie. Hoy va a ser un gran día. Es sábado y he decidido ir al hospital para visitar a los chicos de la planta de oncología, hace ya seis meses que salí de allí y juré que no volvería hasta la próxima revisión, pero ha pasado tiempo y sé que es lo que debo hacer. A mamá no le pareció una idea demasiado acertada, pude verlo en sus ojos cuando se lo comenté, pero aceptó si aquello iba a ayudarme. Y creo que lo hará. Espero ver a Zoey allí, aunque no creo que vaya a tener tanta suerte. Me miro una vez más en el espejo antes de salir de la habitación e ir a la cocina. Puedo oler a tortitas desde el momento en que abro la puerta. Me recuerda a cuando era niño y mamá las hacía los domingos para desayunar. Recuerdo estar mamá, papá y yo en la mesa de la cocina comiendo sin parar, con la televisión de fondo. Parece mentira que hayan pasado tantos años de aquello. Mamá ha hecho una montaña de tortita que apila en un enorme plato

junto al fuego.

—Anda, siéntate y come algo. —Se acerca a la silla en cuanto me ve entrar en la cocina, para apartarla y que acepte su consejo.

—Menuda montaña de tortitas, mamá. —Sueno burlón, pero dudo que se haya dado cuenta de ello.

—¿Eh? A sí, sí. Es para llevarlas al hospital. —Vuelve a la sartén para continuar haciendo algunas cuantas más.

Me río, aunque intento disimularlo tapándome la boca con la mano. Es una mujer increíble. Seguro que lleva un montón de tiempo despierta preparándolo todo. Sé que sin ella no habría podido superarlo todo, llevarlo. Fue duro volver a casa con veintitrés años y sin una pierna. «Al menos solo ha sido una pierna», me habría dicho Sam si estuviera aquí. *Muy cierto, tío.* Él perdió mucho más que una pierna. Bromeaba diciendo que al menos conservaría... *el corazón y el pito. Eso también me lo llevé conmigo.* No puedo evitar sonreír cuando recuerdo expresiones de Sam de ese tipo. Lo echo de menos. *Y yo a ti, amigo.*

Todo está riquísimo, siempre ha sido una tremenda cocinera. Envuelve en papel de aluminio las tortitas y salimos de casa. Mamá conduce realmente despacio, pero no me importa, no tengo prisa. Me gusta viajar en coche, siempre me ha gustado.

—¿Estás listo, Bryan? —Sé que solo se preocupa por mí—. No tienes que hacer esto si no...

—Mamá, está bien —interrumpo.

—Bien, seguro que se alegran de verte. —Devuelve la vista a la carretera.

Creo que tengo miedo. Miedo a entrar y no volver salir de allí. *No tienes que tener miedo, Bryan, ya has salido.* Mamá aparca no muy lejos y caminamos juntos hacia el hospital. En cuanto entro, un olor inunda mi nariz y

mis recuerdos, huele a antiséptico, a desinfectante, a limpio. A enfermedad. Subimos al ascensor y siento que las manos me sudan. No puedo permitir que mi madre vea en mí el miedo que me invade de pies a cabeza, no puedo. Y el ascensor se abre en la planta de oncología y tardo unos segundos en reaccionar. Salgo junto a ella, pero siento que doy pasos en falso, que podría caerme en cualquier momento.

—¿Bryan? —Escucho mi nombre, pero no sé de quién se trata—. Ya te echábamos de menos por aquí. ¿Cómo estás?

Respiro profundamente y noto cómo mi cuerpo vuelve a la calma. Theodora se acerca a mí, ha sido como mi segunda madre en el hospital, también para Sam lo fue.

—Hemos venido de visita. —Mamá se me adelanta, se lo agradezco.

—Hola, Martha. ¿Qué tal todo? —Theodora se acerca a mi madre y ella le da un beso en la mejilla.

—Bien, gracias.

—Me alegro de verdad. —Es una mujer un poco mayor que mamá—. Vamos, pasar, seguro que hay muchos que se alegraran de verte.

Y así hacemos. Tengo que hacer unas cuantas visitas. Mamá me sigue, también ella ha trabado amistad con algunos padres, algunas enfermeras. Me acerco a la habitación de Chad y Frank, son unos años menores que yo, pero allí dentro no importa. Chad ha salido de una operación hace unos días, pero Frank pronto recibirá el alta. Es genial. Son tantas las personas a las que debo saludar.

Choco con el Doctor Winston y con alguna que otra enfermera, todos parecen contentos de que por fin esté fuera, en casa. Debo ir a ver a Steve, es el último de mi lista, porque es al que más cosas debo contarle. Steve tiene un año menos que yo y apenas entró a la planta de oncología unos meses antes de que... *dilo Bryan...* antes de que Sam nos dejara para siempre. Era un chico

bastante peculiar, se había pasado la vida viajando junto a sus padres de un sitio hacia otro. La India, Tokio, Berlín, España... cada día nos sorprendía con una historia nueva de sus viajes. Pasamos bastante tiempo con él aquí dentro, hasta que Sam murió y unos meses después yo salí de aquí.

Camino hacia la que fue nuestra habitación y noto un nudo en mi estómago. Estoy a punto de pasar la que fue mi casa durante mucho tiempo, la que fue nuestro hogar, de Sam y mío antes de curarme y salir de aquí. Me detengo en la ventana de la habitación, puedo ver su interior, puedo ver a un hombre dentro rodeado de familia, de amigos. Pero si cierro los ojos puedo ver a Sam sentado en la cama, y es como si nunca se hubiera ido. El corazón se me hace pequeño.

—Bryan, vaya. ¿Qué haces por aquí? —La Doctora Jhonson me sorprende.

—Hola, yo... —Debo recuperar la compostura—. Vengo de visita.

—Eso está muy bien. —Sonríe dulcemente. La Doctora siempre fue buena con nosotros, sincera, pero buena.

—Ahora iba a ver a Steve.

Creo recordar que ella no era su médico, pero quizá lo conozca.

—¿Steve? —Noto por la expresión en su rostro que no saber quién es.

¿Cómo era su apellido? Empezaba por M... *Miller, Steve Miller.*

—Steve Miller —suelto de pronto, habiendo venido el apellido de la nada. Como la letra de una canción.

—Oh. —¿Oh? No era lo que esperaba—. Sé quién es, pero me temo que no podrás visitarlo.

¿Ha salido? Bryan, quizá él también lo ha conseguido.

—¿Oh? ¿Está fuera?

—Verás, Bryan. Steve Miller nos dejó hace unas semanas —dice nerviosa.

—¿Dejó?

Espera... ¿dejó? *Joder Bryan, eso no suena nada bien.*

—Lo siento, no pudo superarlo —explica con oscuridad en sus palabras.

No sé qué decir. No sé qué debo hacer. En realidad, no debería sorprenderme tanto, estamos en la planta de oncología después de todo. Sé que espera que diga algo, pero no puedo. Necesito aire, necesito salir de aquí. Me doy la vuelta y comienzo a caminar deprisa, todo lo deprisa que esta maldita pierna ortopédica me deja. Antes del diagnóstico yo corría, me gustaba salir a correr cuando estaba demasiado estresado, agobiado; ahora no puedo. ¡Por Dios, si no puedo ni andar un poco más deprisa de lo que se podría considerar normal! Subo al ascensor y espero a que la otra persona que sube conmigo apriete el botón, no me importa la planta a la que vaya con tal de salir de allí. Necesito alejarme de aquello, de todo aquello. Solo veo a Sam, solo veo a Steve y al montón de personas que han entrado a pie allí y han salido en una caja.

Bryan amigo, tranquilízate. Respira hondo. No debería estar aquí, es evidente que no estoy preparado todavía, ni siquiera sé si llegaré a estarlo algún día. Y me odio por reconocerlo. Seguimos bajando hasta que se detiene en el segundo piso. La mujer que ha subido poco después que yo, baja, yo también salgo escopetado. Las manos vuelven a sudarme y necesito sentarme. Hay una sala de espera unos pasos más hacia delante, veo algunas sillas de metal pegadas a la pared desde allí. Camino a paso ligero y me detengo al llegar, casi me dejo caer bruscamente sobre una de ellas.

Yo debería estar con Sam y no en este mundo que ya no entiendo y en el que ya no encajo. *Bryan, vamos, eso no lo piensas, sé que no lo dices de verdad solo estas dolido, asustado.* Veo pasar una chica algo alterada que se detiene en el mostrador frente a las sillas. Lleva puestas unas zapatillas blancas y un vaquero.

—Hola, soy Abbie y estoy buscando a Cecilia Backer, me han dicho que está en esta planta, pero...

Levanto la mirada del suelo y me doy cuenta de que esa chica me es familiar. Es la camarera de la cafetería, la reconozco rápidamente, especialmente cuando logro ver sus ojos, grandes, grises. Se me queda mirando un segundo, creo que me ha reconocido.

—Señorita, habitación 234, a mano derecha.

—Gracias. —Vuelve a mirarme antes de desaparecer por el pasillo. Parece alterada, preocupada.

VI

LUCY

Ojalá pudieras verlo mamá, como lo veo yo, como lo ve el resto del mundo. Todo está en silencio, me gusta el silencio. Con Lucy en casa el silencio no existía. Correteaba por su habitación cuando no estaba en el comedor jugando, todo lleno de juguetes, de muñecas. *Lo recuerdo mamá.* Pero creció, como todos lo hacemos, y se marchó a la universidad y volví a quedarme sola. La echo de menos, ojalá pueda venir antes de navidad. *Mamá no, no te hagas esto.* He estado limpiando el salón, después de la visita de Carol y sus zapatos sucios ayer por la mañana, no me ha quedado de otra. Vuelvo a pasar un trapo sobre todos los marcos de fotos del comedor, están llenos de polvo. Cojo uno de ellos, el de las vacaciones a Orlando cuando Lucy tenía ocho años, se nos ve tan felices a los tres. Jerry sostiene a Lucy en brazos, es increíble lo mucho que se parecen los dos. Me di cuenta en cuanto la sostuve por primera vez en la sala de partos y abrió sus ojitos, esos ojos pardos de su padre. Dejo el marco en su sitio exacto y cojo el siguiente. El cumpleaños de mi pequeña y su tarda de astronauta.

Todavía recuerdo aquella etapa en la que volar a las estrellas era lo único que tenía siempre en la cabeza. Aquella noche, el trece de agosto, su padre le había preparado una sorpresa increíble. *Ni que lo digas, mamá.* Había estado durante semanas buscando decoraciones, lucecitas y todo lo que pudo encontrar en relación con el espacio y las estrellas, y había cambiado la habitación de Lucy mientras ella correteaba por el jardín con sus amigas. Recuerdo su carita anonadada cuando entró en su habitación por la noche, después de una buena ducha. No supo reaccionar los primeros segundos, pero

pronto, corrió hacia su cama y comenzó a saltar intentando alcanzar las estrellas iluminadas que decoraban su techo. No paraba de reír, como una niña feliz. *Puedes estar seguro de que lo era. Era la niña más feliz del universo.*

Algo dentro de mí se resquebraja, como un vaso de cristal cuando se resbala de las manos mojadas. Es una sensación que se ha instaurado en mí desde hace mucho tiempo; no sé cuándo ni cómo, pero me oprime el pecho. Llevo la mano a la mejilla para limpiar la lágrima. *Te quiero.*

Recupero la compostura. No tardaré en ponerme a preparar la comida, seguiré el libro de recetas. Hoy he madrugado más de lo habitual, de hecho, prácticamente no he podido dormir, la visita de Carol ayer me dejó algo nerviosa, intranquila. Termino con los marcos y me preparo para limpiar las ventanas del salón, después iré a las de la cocina, que se ensucian en seguida. Puedo ver la calle desde la ventana, algunos de los vecinos ya salen de casa para ir a trabajar, veo a los señores Philips en la puerta de su casa, Greg va a subir al coche mientras Ely se despide de él desde las escaleras. Sé que llevo mucho tiempo sin salir, por eso Carol viene a casa. Es una psicóloga que el Estado me ha asignado cuando descubrieron mi caso. Recuerdo la primera vez que tocó a mi puerta y abrí «Hola, soy Carol Klein ¿cómo se encuentra señora Ebert?» Me pareció una buena mujer. *Porque lo es mamá y puede ayudarte si la dejas.* De eso ha pasado un tiempo, pero sigue viniendo porque yo sigo sin salir a la calle.

Ya no hay muchos vecinos que vengan a visitarme, al comienzo recuerdo que la casa siempre estaba llena de gente, como si tuvieran miedo a dejarme sola allí. *Porque estabas sola mamá, porque nosotros ya no estábamos.* Todas las vecinas venían a casa día sí día también para traerme comida, a mí que soy un millón de veces mejor cocinera que todas ellas. Soy educada, así que les abría la puerta, charlábamos y de vez en cuando comíamos algunas de las cosas que traían. Llegó un momento en que no todo cabía en la nevera y

tuve que ir haciendo huecos por toda la cocina. Pero el tiempo pasó y solo algunas de ellas siguieron viniendo, y ahora prácticamente ni eso, solo la familia Scott se deja caer por casa de vez en cuando. Viven a unas casas de la mía en una pequeña y acogedora casita blanca, aunque no sé si ya han decidido pintarla o no. La mía es verde, con los marcos de las ventanas y la puerta de color blanco. La compramos cuando Jerry y yo nos casamos, hace ya más de veinte años y fuimos decorándola poco a poco hasta que ya estuvo completa.

He terminado, así que lo mejor será que me ponga en la cocina lo antes posible. Me acerco antes al mueble del comedor donde guardo los libros de recetas, en el estante inferior, y me pongo a leer los títulos para saber cuál elegir. Yo también comencé a escribir un libro de recetas hace ya algún tiempo, pero lo dejé apartado, tenía demasiadas cosas que hacer. El título: En la cocina con Alice. En realidad, fue más un proyecto que un intento real de acabar un libro de ese tipo. *Eso no es cierto mamá.* ¡Aquí está! Voy a preparar un Cordero con Chanfaina, ya lo he hecho alguna vez, pero hace tiempo que no lo repito. Leo:

CORDERO CON CHANFAINA

Chuletas grandes de lomo

1 cucharada de aceite

Media cebolla

150 g de tomate sin piel

Media berenjena

Medio calabacín

1 pimiento verde

1 diente de ajo picado

Albahaca, sal y pimienta negra

Bien, tengo todos los ingredientes. Cojo el libro y me marcho a la cocina para prepararlo todo. Lo dejo sobre la encimera, abierto por la página donde está la receta, normalmente sigo las instrucciones al pie de la letra, pero en ocasiones... *inventas*, y *el resultado es mucho mejor*. Hoy seguiré la receta tal

cual, hace tiempo que no lo hago así que puede que lo haya olvidado. *No es lo único que has olvidado, mamá.* Preparo la cazuela y los ingredientes, saco la madera y comienzo a cortar las verduras. A mi Lucy le encantaba el cala... le encanta, le encanta el calabacín. Quizá cuando vuelva después de exámenes le prepare este plato. *Excepto porque no voy a volver mamá, ni cuando acaben exámenes, ni en verano, ni en navidad...*

Continúo con la carne. He sacado un trozo bastante grande de cordero del congelador, con uno para mí tendré más que suficiente. Mientras espero a que hierva el tomate, la berenjena, el pimiento, los calabacines y la albahaca comienzo a poner la mesa. Saco los cubiertos del cajón, un vaso y las servilletas del mueble del comedor. Lo hago con bastante rapidez porque tengo que volver a la cocina. Al cabo de un rato es hora de freír la chuleta. *Cómo me gustaría poder probarlo, huele bien.* Antes de servir en el plato la comida, creo que es buena idea llamar a Lucy, me gusta llamarla antes de sentarme a comer, quiero saber si se alimenta bien allí en la universidad, si todo le va bien. *Mamá, no.* Cojo el teléfono móvil que Jerry me regaló hace unas cuantas navidades y que guardo en un cajón de la cocina, busco y marco. *Mamá no es cierto, no me llamas.*

—Hola mamá, verás, a papá se le ha olvidado coger los tomates así que tardaremos un poco más en llegar porque estamos dando la vuelta. Pero vamos para ya. —Siempre ha tenido una voz muy peculiar, melodiosa, por eso comenzó a cantar siendo aún muy pequeña, siempre con su guitarra encima. *Mamá deja de escuchar el mensaje una y otra vez, solo te hace daño.* Sonrío, como siempre que la escucho. Su voz tiene algo que me calma, no sabría decir el qué.

Mis ojos se desvían hacia los cojines tapizados de las sillas. Flores y más flores. Jerry suele bromear diciendo que en otra vida tuve que ser hada, volando y saltando de flor en flor.

—Claro, cielo —respondo segundos después—. Aquí os espero.
¿Por qué te haces esto?

VII

JIMMY

Lo has olvidado, pero eres una buena persona, eso no podrás ocultarlo siempre. Mi paso se acelera por el pasillo del hospital sin dejar de mirar los números de las habitaciones. Las 234 es la de Cece. No entiendo cómo ha podido pasar esto, cómo de una fiesta en una discoteca ha terminado en el hospital la mañana siguiente, pero si estaba bien. Llego a la habitación. La puerta está abierta y Cece está sobre la cama, con la pierna escayolada y en alto, sujeta por unas tiras que cuelgan del techo. Espera... ¿qué hace el rubiales de anoche aquí?

—¡Abbie! —Su voz se oye por encima de los demás ruidos de fondo. Mis ojos la contemplan, no parece demasiado asustada, creo que yo lo estoy mucho más—. Espero no haberte asustado mucho, pero...

—¿Asustarme mucho? —Interrumpo alzando la voz—. ¡Te mando un mensaje a las seis de la mañana y tres horas después recibo uno tuyo diciéndome que estás en el hospital!

Estoy alterada, soy consciente de ello.

—Ya, lo siento —dice apenada.

He conseguido que la situación de su pierna inmovilizada quede en segundo plano, y mi reacción desmesurada centre la atención en nuestra conversación. Me arrepiento segundos después.

—¿Qué ha pasado? —Le echo una mirada amenazadora al rubiales que espera callado cerca de la pared, alejado de la cama y de Cece.

—Me caí. —Ninguna explicación. Vuelve a poner esa cara de no haber roto un plato en su vida.

—Se ha roto la pierna. —Interviene el tercero en discordia. Es la primera vez que lo oigo hablar, tiene una voz bastante grave.

—¿Y tú quién eres?

No recuerdo haberte preguntado a ti. *Vamos, Abbie, no seas así.*

—Abbie, él es Alex ha estado toda la noche conmigo, incluso mientras me operaban —añade rápidamente mi amiga.

¿Por qué tiene una sonrisa dibujada en su cara? ¿Es qué no ve que está en el hospital con una pierna rota?

—Ya. —No me fío de él. *Ya bueno, no te fías de ningún tío, Abbie. De hecho, no te fías de nadie*—. ¿Y podría dejarnos un momento a solas el tipo que ha cuidado de Cece toda la noche? —Evidentemente intento sonar sarcástica.

—Claro. Cece si necesitas algo estaré ahí fuera. —Se aparta de la pared y comienza a caminar fuera de la habitación.

—Mira que eres borde. —Sé que lo dice en serio, pero la delata la media sonrisa dibujada en su cara.

—Ya. —*No siempre lo fuiste*—. ¿Y cómo ha pasado?

—Salíamos de la discoteca y me vine abajo por las escaleras.

Parece tan frágil en esa cama.

—Pero, Cece... ¿Es que no sabes subir y bajar escaleras? —Me echo a reír, ella también.

—Se preocupó un montón, después vino la ambulancia y... —Deja de hablar. ¿Por qué le brillan los ojos?—. Ha estado toda la noche conmigo, es un cielo. Y es guapo, ¿verdad?

Sonrío, aunque no contesto de inmediato. No podría negarlo.

—Ajá. —Es una forma de darle la razón. Se ríe.

—¿Y tú? Te fuiste con aquel chico, así qué...

Incluso en una circunstancia como esta, no puede evitar ser una cotilla.

—Sí, me fui con él —afirmo sin darle más importancia.

Si soy sincera, ni siquiera recuerdo su nombre. Lo cierto es que no sé si me lo dijo. *Jesse, se llamaba Jesse.*

Me acerco a la silla que hay junto a la cama, aún estoy resacosa. Me ha dado tiempo de llegar a casa, darme una ducha y tirarme en el sofá, pero la sensación ha sido agrisulce, pues poco después el mensaje de Cece ha entrado en mi móvil como una bomba explosiva.

—Quizá debería decirle que se marche a casa, querrá ducharse y eso. — Siento miedo en sus palabras, como si temiera que, si lo deja ir, no vaya a volver a verlo.

—Al final a resultado la noche de tu vida —bromeo, escapándose de mi boca una sonora carcajada—. Yo se lo diré.

Me levanto de la silla y me dirijo hacia afuera, es increíble, pero el rubiales sigue ahí plantado apoyado en la pared. Igual no es tan mal tipo. *Seguramente no lo sea.*

—Alex ¿verdad? —Me acerco a él.

—Ajá. ¿Necesita algo?

Vaya, que complaciente para haberla conocido tan solo hace unas horas.

—Que te vayas —suelto sin medir mis palabras. Pronto recapacito, igual he resultado un poco brusca. El chico frunce el ceño—. Quiero decir que vayas a casa a ducharte o lo que sea, yo me quedaré con ella.

—¡Oh! —Relaja la expresión de su rostro—. La verdad es que necesito una ducha, sí.

Ha sonreído. Asiente antes de dirigirse a la habitación de nuevo, imagino que a despedirse. Yo odio las despedidas. *¿Por eso simplemente desapareces?*

—Alex. —Detengo su paso. Debo saberlo, por Cece—. ¿Vas a volver?

Se detiene casi en el marco de la puerta, a punto de entrar.

—Sí, Abbie, voy a volver. —Suena sincero, hace tiempo que no conozco a nadie que suene sincero. Él lo parece.

Muevo la cabeza un par de veces antes de dejarle ir. Cece se ha convertido en mi familia, me ayudó cuando no conocía a nadie más. La conocí un día haciendo cola en el supermercado, una cola enorme, en cuanto descubrió que era nueva en la ciudad se ofreció a enseñármela y a quedar, y así fue sucediendo. Es una buena chica, una de las mejores personas que conozco.

Alex vuelve a salir de la habitación y se marcha. Lo veo alejarse por el pasillo, a paso lento. De repente, me doy cuenta de dónde estoy y una presión me oprime el pecho, no había vuelto a un hospital desde... *Abbie, tranquila, estoy aquí. Respira.* Debo pensar en otra cosa, distraerme con otra cosa. Vuelvo a la habitación todo lo rápido que puedo, Cece sigue allí con una sonrisa de oreja a oreja. Vuelvo a la silla donde estaba sentada antes. Tengo miedo que Cece note el temblor de mi pierna derecha y pregunte. No quiero que pregunte. *Pero algún día tendrás que contárselo Abbie, a ella y al mundo.*

—He visto al chico raro de la cafetería —digo de repente.

Ella sabe quién ese ese chico, ya le hablé de él.

—¿El chico que va todos los días? ¿En serio? ¿Dónde? —También parece servirle a ella de distracción.

—En la sala de espera, allí fuera. —Señalo con la cabeza, aunque soy consciente de que desde la habitación Cece no va a saber dónde se encuentra la sala de espera.

—¿Le has preguntado?

La verdad es que no, pero parecía abatido.

—No, todo ha sido muy rápido.

—¿Es guapo? —Cece y su interrogatorio.

—Bueno... —titubeo.

—¿Bueno sí? Seguro que sí. —Se echa a reír. Ella también me conoce.

—Es un tipo bastante normal —confieso.

—¿Y no le has preguntado por su historia? ¿Por qué va todos los días allí? —Su voz tiene una tonalidad diferente. Es una apasionada de los grandes romances.

—¿Cómo voy a preguntarle algo así? ¡Yo no soy tan cotilla! —Aparto mis ojos de ella.

—Pues te has dado cuenta que es distinto, si no, no te hubieras fijado en él.

Algo en sus palabras me hace recapacitar en ese hecho. Tiene razón, no lo había pensado.

—Viene todos los días, eso es raro. —Intento escudarme en algo.

—¡Venga ya Abbie! ¿Es qué la gente no puede ir todos los días a desayunar al mismo sitio sin un motivo? —Vuelve a tener razón. Mierda.

—Bueno, sí, pero... —Me quedo sin argumentos más pronto de lo previsto. Lo mejor será que me calle—. Es distinto.

Cambio de conversación, no me gusta por dónde se está encaminando. *Pues claro, no te gusta hablar de ti.* No sé cuándo pasará el médico, pero una enfermera le ha dicho que seguramente le toque pasar la noche en el hospital y que el domingo le darán el alta y podrá irse a casa. Me tocará quedarme con ella, su madre vive a las afueras y ya es bastante mayor para viajes. Cece no ha querido preocuparla, así que no le ha contado nada del accidente y de la operación. Me tocará hacer noche con ella y justamente en el lugar que más odio en el mundo. El hospital.

VIII

SAM

Quiero que lo consigas Bryan, por ti, pero también por mí. Comenzamos una semana nueva, es lunes finales de mayo. Cruzo la calle preparado para volver a la cafetería, hoy voy a llegar un poco más tarde de lo habitual, porque mamá me ha entretenido en casa y después me ha pedido que la acompañara a comprar, quería aprovechar que hoy tiene turno de tarde para hacer unos recados. La he acompañado, y al acabar me he puesto en marcha rumbo a la cafetería.

Hace un sol espléndido. Unos pasos más hacia delante está la cafetería, estoy a punto de llegar a los grandes ventanales y podré verla. Ya puedo ver algunos de los clientes entrando en el interior, me detengo en el cristal y observo a la gente que está dentro. Allí está, como siempre, Zoey. Hoy lleva puesto un vestido blanco y espera en la cola del mostrador para poder pedir, va sola. Su cabello cae libremente e ilumina todo el lugar. Respiro hondo. Sigo caminado hacia la puerta de cristal y entro sin dejar de mirarla. Hoy me he levantado con cierta molestia en mi pierna, bueno más bien donde antes tenía mi pierna. Tardé un tiempo en dejar de sentirla, aunque ya no estaba ahí. Camino hacia la mesa de siempre, pero está ocupada, es la primera vez que está ocupada, pero también es la primera vez que llego más tarde. Me gusta observar a las personas, sus vidas, cuando lo hago es como si el mundo siguiera funcionando por sí solo, siento que hay esperanza para todos. *Claro que sí, amigo.*

Miro hacia atrás y veo la mesa de cristal vacía junto al ventanal, está muy cerca de la mesa donde Zoey suele sentarse. Quizá hoy sea el día. Me siento y

agarro mi rodilla, lo que había sido mi rodilla, y pongo la mano en ella. Miro a través del cristal el exterior y me encanta la sensación de un buen día. El sol, la gente, los colores... Y entonces Zoey se va acercando a mí y siento como el suelo tiembla, como mi corazón se acelera. Está a unos pasos de distancia y sigue acercándose, pero no puedo, aún no. Agacho la cabeza instintivamente poco antes de volver a perder mi mirada por el ventanal, es posible que haya sido rápido y no me haya visto. *Vamos, Bryan, échale huevos de una vez.*

—Hola ¿qué te sirvo? —La camarera hace que vuelva a girar mi rostro hacia el interior de la cafetería. No es la misma del otro día, es la otra, la del cabello casi rubio.

—Un cappuccino, por favor —pido amablemente.

Parece simpática, aunque su sonrisa no me deja esa sensación de serenidad en mi interior, no cómo lo hace la otra chica.

—Muy bien. —Sin anotar nada, se da la vuelta y camina hacia el mostrador.

La sigo unos segundos con la mirada, y entonces topo con la otra camarera de ojos grises, la que vi el sábado en el hospital. Está tras el mostrador atendiendo a los clientes que esperan. Parece triste, yo sé que sensación es esa y puedo reconocerla sin problemas. Como si la llevara grabada en el pecho, en la cabeza, en cada una de las partes de mi cuerpo. La tristeza me acompañó durante un tiempo, el dolor duró más.

Me pregunto qué será lo que la ponga triste. Supongo que todos tenemos nuestros propios problemas. Aun así, con esa expresión de preocupación y tristeza en su rostro, sigue siendo una chica guapa, mucho. *Lo sería aún más si de vez en cuando sonriera, ¿no crees colega?* Muevo la cabeza muy despacio en busca de Zoey, pero no logro verla. No está, al menos no en mi campo de visión. Y entonces me muevo un poco más y busco con mayor énfasis entre las mesas de la cafetería, pero sigo sin encontrarla. No puede haber desaparecido.

Sigo mi búsqueda, aún es demasiado pronto para haberse ido. *Pero lo ha hecho*. Me lo tengo merecido, si no hubiera apartado la vista de ella cuando caminaba en mi dirección me habría dado cuenta. La camarera de cabello casi rubio se acerca a mi mesa con la taza de café. Parece feliz, no borra de su cara la sonrisa.

—Aquí tienes. —Cuando se inclina un poco más para dejar el café sobre la mesa, puedo ver su rostro más cerca y es fino y redondeado.

—Gracias.

Se marcha, y vuelvo a quedarme solo. Hubo un tiempo en el que estar solo era lo único que quería. Cuando todo comenzó, cuando sentí que todo acababa allí, entre enfermeras, doctores y sábanas blancas. Me gustaba salir de la habitación y bajar a la planta infantil de oncología, porque allí estaba Zoey con los niños. Era la enfermera más guapa que jamás había visto y parecía todo ternura. *Sí que lo parecía*. Se le daba muy bien los niños, demasiado bien. Soy un cobarde. *No digas eso Bryan, no eres un cobarde solo necesitas tener más confianza en ti mismo. Creer en ti, como yo lo hago, como tu madre lo hace*. Si tuviera valor, ni siquiera me hubiera esperado a salir del hospital para acercarme a ella y hablarle, lo hubiera hecho antes, mucho antes.

Hoy no he traído ningún libro, hoy estoy inspirado. Es un bonito día para escribir una canción. Saco de mi bolsillo el bolígrafo y la pequeña libreta de anotaciones, hace tiempo que no escribo una canción, antes solía hacerlo mucho más a menudo. Creo que esta hablará de esperanza, de estrellas, de lo lejos que puede quedar algo cuando lo deseas de verdad, con toda tu fuerza.

Comienzo y las palabras brotan solas de mi cabeza, bajan por mi cuello y continúan por mi brazo hasta mi mano que se encarga de escribirlo todo; dándole la forma perfecta. Sí, hoy es un buen día para escribir una buena canción.

Durante un tiempo abandoné la música, mi compañera de aventuras, mi guitarra. Estaba demasiado cansado, dolido, encerrado... como para volver a ella, pero volví. Supongo que siempre volveré a ella. Recuerdo una vez que me quedé encerrado en mi habitación todo el día componiendo, al final el resultado fue espantoso, pero eso no era lo que importaba. No fue lo que me hizo quedarme allí solo con la única compañía de mi guitarra. Supongo que no importa tanto el resultado, no tanto como el proceso. Levanto la mirada de mi libreta y topo con un ruido que ni siquiera había percibido hasta ahora: gente, mucha gente por todas partes. Dos mujeres charlan efusivamente en la mesa de al lado, hablan de una tercera mujer que deduzco no está allí con ellas.

—Tiene que dejarlo ya. —La de pelo oscuro y nariz desproporcionada parece tomar el control de la conversación.

—Si no lo hace acabará muy mal. —La otra mujer, la pelirroja, no deja de mover con fuerza la cucharilla dentro de su taza de café.

Es increíble la de cosas que puedes escuchar si prestas algo de atención. La conversación continúa y creo entender que hablan de una amiga en común que, por lo visto, siempre anda perdonando a su pareja todas sus infidelidades. *Hay que ver lo difícil que es el corazón a veces.* Eso también me ayuda a continuar mi canción, escuchar es bueno para un músico, también para un escritor. Sonrío y vuelvo a mi libreta. Ya no sé cuánto tiempo llevo allí sentado escribiendo, pero no me importa. He pasado tanto tiempo pensando en el tiempo... en el tiempo que me quedaba, que ahora ese concepto ha perdido todo tipo de valor en mi vida. Al fin y al cabo, tiempo solo es una medida más.

Ya casi he acabado, necesito un título. Devuelvo mis ojos al ventanal y contemplo la calle, es una buena forma de inspiración. Respiro profundamente y siento que algo se va formando en mi cabeza. Yo sin... Tú y... no. Siempre yo... Cuando estés... no. Tengo que pensar mucho mejor, mucho más profundo,

más sencillo que todo eso. Pienso en Zoey, pienso en Sam.

—¿Por qué? —interrumpen mis pensamientos.

—¿Cómo? —Giro mi rostro de nuevo al interior de la cafetería llevándome una grata sorpresa.

—¿Por qué vienes todos los días?

Lo primero que veo es el delantal negro con «Bom-Bam-Bum» escrito en él de color rosa fucsia. Voy subiendo la mirada lentamente.

De repente lo tengo, justo cuando encuentro su rostro. No sin ti. No sin ti es un buen título para una canción. *Me gusta Bryan.*

IX

JIMMY

Sabes que es distinto, lo has notado porque tú también eres distinta Abbie. Ni siquiera sé por qué lo he hecho, solo he decidido salir de detrás del mostrador y caminar hacia su mesa. La curiosidad me mataba, ya no podía aguantar más. Y aquí estoy, junto a su mesa esperando una respuesta que evidentemente ni debería importarme. Parece perplejo, yo también lo estaría después de todo. Quizá crea que soy una loca mete-me-en-todo, quizá lo sea. Pero lo he visto entrar y sentarse en una mesa distinta y estar allí sentado solo, con una libreta en la que anota algo, quizá sea una especie de diario, aunque no imagino a un tipo cómo él con un diario encima. De hecho, no conozco a ningún hombre que tenga un diario, eso es más de chicas, chicas como Chris o Cece, no como yo. Yo no he tenido nunca en mi vida un diario. Quizá debería disculparme, no meterme dónde no me llaman.

—Oye, lo siento es que te veo entrar todos los días, sentarte en el mismo sitio... siempre solo. —Intento arreglarlo sin mucho éxito.

Calla Abbie, tú también estás la mayor parte del tiempo sola. *Quizá así te des cuenta que no eres la única persona en el mundo que ha sufrido. Que sufre.*

Sigue sin decir nada y está empezando a ser un momento incómodo para ambos, puedo verlo en el reflejo de su rostro. En esa expresión dibujada de no entender nada. Intento sonreír, será mejor que me ponga en marcha. Recojo la taza de café vacía y me dispongo a darme la vuelta.

—No pasa nada. Yo también me preguntaría por qué —dice de pronto muy tranquilo.

—Ya.

Asiento antes de darme la vuelta y alejarme de él. ¿Pero qué diablos me pasa? No me gusta que me pregunten por mi vida y voy y me meto en las vidas ajenas. Chris me ha visto hacer el ridículo, la miro y tiene el ceño fruncido, intrigada. Félix hoy no ha venido a trabajar y menos mal, un día sin él es un regalo. Me dispongo a limpiar las tazas de café, hace un segundo la cafetería rebosaba de gente, pero se ha calmado la cosa un poco. Me arrepiento de haber hecho lo que he hecho, seré cotilla. Todo es culpa de Cece, si ella no me hubiera incitado en el hospital, lo habría dejado pasar sin más, con el tiempo él habría dejado de venir y yo seguiría como cualquier otro día.

—¿De qué habéis hablado? —Chris ya está tras de mí, casi susurrándome.

—¿Cómo? —Finjo no saber de qué me habla, aunque mucho me temo no servirá de nada.

—El misterioso chico de todos los días, te he visto hablando con él —confiesa intrigada.

—No —digo con rotundidad.

—Sí —añade ella confusa—. Te he visto.

—No —repito insistente.

Le diré que he ido a recoger su taza, nada más.

—Abbie, te he visto. ¿Qué te ha dicho? —Sonríe extrañada. Se ha pegado a mí con esos ojos de querer averiguarlo todo.

—Lo cierto es que no ha dicho nada. —Me veo obligada a confesar.

Chris mueve los hombros hacia arriba, resignada, antes de alejarse de mí despacio dispuesta a continuar con su faena. Al parecer debe haber creído mis palabras.

—Que curiosidad —murmura mientras se aleja. Se da la vuelta

deteniéndose frente al mostrador, donde un hombre de mediana edad espera a ser atendido. Su pelo es oscuro y viste de traje y corbata.

Yo sigo con mi faena sin poder quitármelo de la cabeza. Me siento avergonzada. *¿Avergonzada tú? Eso es imposible Abbie.* Intento distraerme la hora siguiente y evito tener que servir mesas, algo que dejo a Chris, que además resulta ser mucho más simpática para dicha tarea. De vez en cuando lo miro y sigue allí, sé que él también me lanza alguna mirada, puedo imaginar lo que estará pensando de mí. Espero que el día de hoy acabe pronto, o que no tarde mucho en irse, porque me siento incómoda.

Al cabo de un rato de trabajo, de ir de aquí para allá, consigo distraer mi mente y restarle importancia a lo ocurrido tiempo antes. Tengo tanta faena que no me permito parar a recordar mi repentino ataque verbal al joven silencioso. Mientras me ocupo de los servicios, Tina aparece en la cafetería. Tina es otra de las empleadas, aunque solo viene algunos días sueltos. Es mayor que yo y creo que la sobrina de la señora Peterson, o algo así me contó Chris. Ella ocupa del mostrador, mientras mi compañera y yo nos distraemos limpiando las mesas sucias. A veces me sorprendo con lo asquerosamente guarra que es la gente.

—Hola. —Escucho tras de mí y juraría que es... no puede ser. *Pero lo es.*

Detengo mis movimientos, decidiendo si debería o no darme la vuelta. Cuento unos segundos antes de girarme lentamente, encontrándolo justo detrás, de pie, con una pequeña sonrisa en su rostro. Me sorprendo al descubrir que es mucho más alto de lo que imaginé que sería.

—Hola —respondo más por inercia que por otra cosa. Me quedo transpuesta, sin saber muy bien cómo reaccionar ahora.

—Soy Bryan. —Se presenta.

—Abbie —digo educadamente. No puedo ser desagradable, no después

de haber sido yo la que ha perturbado su tranquilidad.

—Siento lo de antes —Sonríe débilmente—. Por no haberte contestado.

Abbie parece majo.

—Ya, bueno, yo no tenía que haberme metido en tu vida. Tú sabrás lo que haces. —Solo me doy cuenta de lo borde que ha sonado cuando ya es tarde.

—Es complicado —confiesa con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón. Parece algo incómodo. *¿Te extraña?*

—Soy la reina de lo complicado. —Le sigo el hilo. Él sonríe. Después pasa su mano por el cabello un segundo. Sí, está incómodo—. Oye, prometo no volver a preguntarte ni a meterme dónde no me llaman. Es que a veces me puede la lengua.

—Eso no siempre es malo. —Me sorprende.

—Lo es la mayor parte del tiempo.

Vuelve a sonreír ante mi comentario. Creo que ahora soy yo la que se siente incómoda. Veo de reojo a Chris, me mira desde una mesa no muy lejana, apuesto lo que sea a que ya ha pasado varias veces el trapo por ella, pero su nueva visión la mantiene muy distraída.

—Solo quería disculparme —repite de nuevo.

—Vale. —Echo un vistazo a todas partes, por algún motivo siento que tengo que salir de ahí, de la situación. Cálmate—. Tengo que volver al trabajo.

—Claro.

Bryan sonríe por última vez antes de darse la vuelta y alejarse de mí caminando hacia la puerta de la entrada. Me siento confusa, como si de repente hubiera perdido el poder de control, ese que siempre retengo para mí. Me quedo extraña.

Tardo unos segundos en moverme y continuar con mi trabajo. Sé que

pronto tendré a Chris encima preguntando por lo que acaba de suceder y no sé si podré soportarlo. Llegado mi tiempo de descanso, aprovecho rápidamente para telefonar a Cece, a la que ya han enviado a casa. Le dieron el alta ayer por la mañana, aunque lo cierto es que ni siquiera puede moverse. Alex volvió, tal y cómo dijo que haría. Yo me quedé con ella el sábado por la noche en el hospital y la llevé a casa el domingo, me ha pedido que me mude con ella, pero no creo que sea buena idea. No soy una persona con la que alguien quiera vivir, a veces ni yo misma quiero hacerlo, cómo condenar a Cece a eso. Le he dicho que por ahora no puedo, que firmé un contrato de tres meses de alquiler, así que aún me quedan dos meses más para poder irme. No es mentira... del todo.

Está bien, aburrida, pero bien. Alex la ha llamado y se pasará esta tarde, así que me obliga a que descanse y que me tome unas horas para hacer lo que tenga que hacer. No le he contado lo sucedido con el extraño chico solitario. Bryan, ahora al menos sé su nombre.

X

SAM

Martes, y estamos en el mismo punto que hace un mes. Bryan al final vas a conseguir que baje y te dé una buena colleja. Esto se me está yendo de las manos, lo sé. Un mes, hace un mes que vengo a la cafetería todos los días y aún no le he echado valor, si es que doy pena. Hoy Zoey no ha venido, desconozco el motivo, quizá tenga turno en el hospital. Resoplo, esto no va bien. Y ahí está la camarera de ojos grises mirándome con cierto disimulo desde el mostrador, no me extraña que le resulte extraño mi comportamiento. Quizá deberías hacer alguna locura. Parece lanzada, decidida. Me levanto de la silla y camino con decisión hacia el mostrador sin detenerme, sin pensarlo demasiado. Así colega, así.

—Hola ¿Abbie? —Creo recordar que su nombre es Abbie. *Sí, lo es.*

—Hola. —Parece sorprendida—. ¿No te han atendido en la mesa? — Echa un vistazo a su compañera que atiende otra mesa de la cafetería.

—¿Eh? Ah, sí, sí me han atendido —respondo rápido.

—¿Quieres algo más? —Alterna su mirada entre la caja registradora y mi persona. Ha levantado las cejas, aunque dudo que se haya dado cuenta.

—Pues la verdad... —Me voy a arrepentir de esto, lo sé. *Díselo ya*—. No. Sí, la verdad es que sí.

—Bien... ¿y? —Frunce el ceño. Creo que piensa que soy un tipo raro. En el fondo lo soy.

Echo un vistazo a la cafetería, después a mi espalda, nadie espera en la cola. Solo tengo que soltarlo.

—Vengo por una chica. —Lanzo como una bomba. Después me doy

cuenta de que ha sido más fácil de lo que creía. *Lo es Bryan*—. Se llama Zoey y soy incapaz de acercarme a ella, y mucho menos pedirle una cita.

Suena tan ridículo en voz alta.

—¡Ah! —Es lo único que logra decir.

—Por ella vengo todos los días, a verla —confieso. Aunque hay mucho más, supongo que en la respuesta a mi absurda reacción se sostiene mi vida, mis miedos.

Sé que ha provocado algo en ella, puedo verlo en su expresión de asombro, pero no dice nada. Ni siquiera sé cómo se me ha ocurrido la absurda idea de contarle algo así a una desconocida que me mira de esa manera tan...

—Te ayudaré. —Se ha borrado su expresión de asombro, ahora parece relajada, extrañamente relajada.

—¿Ayudarme? —Quedo confuso. No creo haberle pedido eso, solo necesitaba decirlo en alto. *Créeme Bryan, necesitas mucha ayuda.*

—Es evidente que necesitas ayuda, sino no te hubieras levantado para acercarte a una desconocida y soltarle un bombazo como ése —dice con naturalidad. Me sorprende—. Y sé lo que necesitas.

¿Cómo puede saber lo que necesito alguien que no me conoce en absoluto? No sé yo si esto es buena idea. *Lo es amigo, déjate llevar por una vez en tu vida.*

—De acuerdo ¿y qué necesito? —La descubro observándome detenidamente.

Tarda un poco en contestar.

—En primer lugar... —Vuelve a mirarme de arriba abajo—. ¿Estás libre esta tarde?

—Sí —contesto sin tiempo a pensar. Pero... qué tiene que ver con mi problema.

—Vale, nos vemos a las seis y media en Central Park. —Por la forma en

decirlo, no parece esperar una respuesta por mi parte.

—Pero... —*Calla Bryan*—. De acuerdo.

Parece satisfecha con mi respuesta. Sonríe, no suelo ver una sonrisa en ella, no es que me haya fijado, pero... *pero lo has hecho amigo*. A mamá no se lo cuento, le digo que voy a ir a dar una vuelta, que llegaré tarde a casa, esto es algo que tengo que llevar yo primero.

Reconozco que estoy asustado, no conozco a esa chica y no sé qué se supone que debo esperar de todo esto. Sé que voy a arrepentirme después, pero aquí estoy, he cogido el metro y espero llegar puntual. Nunca me ha gustado la gente impuntual, por eso pretendo siempre no serlo. No hay mucha gente en el metro y no dejo de mirar mi reloj. Esto es una auténtica estupidez. *Necesitas hacer estupideces, de eso se trata*.

No tardo mucho en llegar y comienzo a caminar, es increíble la de gente que hay en Central Park, aunque no debería sorprenderme es un buenísimo día para estar en un sitio como éste. Ya puedo verla desde lejos, está de pie, cerca de un banco vacío y no para de moverse de un lado a otro, inquieta. Es raro verla sin el uniforme, ya la vi en el hospital, pero todo fue tan rápido. Lleva puesta una camiseta a rayas blanca y azul marino y unos vaqueros. Lleva el pelo suelto, no la había visto nunca con el pelo suelto. De su hombro cuelga un pequeño bolso negro, tarda en darse cuenta de que he llegado. Ya me estoy arrepintiendo.

—Hola. —Aún sigo caminado hacia ella, pero pronto detengo mi paso.

—Hola Bryan. —No parece incómoda—. Vamos. —Me hace un gesto con la mano antes de ponerse en marcha—. Y no preguntes, ya lo verás.

La sigo, no me ha dejado muchas más opciones. A medida que avanzamos, comienzo a reconocer el lugar y solo espero que no tenga pensado detenernos allí mismo. Lo hacemos.

—¿Patinaje? —pregunto aterrado—. No.

¿Cómo va a ayudar el patinaje sobre una pista de cemento a mi problema con Zoey? No, definitivamente no.

—¿No? ¿Por qué? —Ya está preparada para coger el material, creo que esta chica no sabe escuchar—. Espera, ¿no sabes patinar? ¿Es eso?

Claro que sé patinar, pero no es buena idea. No me atrevo a contestarle, así que se limita a ignorar mis comentarios, hace un gesto extraño y se marcha a coger los patines. Cuando vuelve ya es demasiado tarde. Se sienta en el banco y comienza a quitarse las convers, no puedo decirle la verdad.

—Abbie no creo que esto sea buena idea —murmuro.

No quiero decirle que no he patinado después de perder la pierna, eso implicaría tener que contarle que no tengo pierna.

—Si el problema es que no sabes te enseñaré, no es tan difícil. —Ni siquiera me mira, está demasiado concentrada en sus pies.

—Es que... —Se asustará, me compadecerá, lo sé—. Es que no sé cómo esto se supone que va a ayudarme. No tiene sentido.

—¿Y eso lo dice el tipo que le suelta a una desconocida que lleva un mes siguiendo a una chica como un acosador porque no se atreve a pedirle una cita? Claro, eso tiene mucho más sentido —dice sarcásticamente.

Reconozco que no tiene pelos en la lengua. *Sí Bryan no tiene ningún tipo de filtros, pero es directa. Me gusta.*

Me siento en el banco y solo espero que no se dé cuenta. Está tan preocupada en atarse bien los patines que quizá así sea. Empiezo con la derecha sin problemas, pero poco después me toca la izquierda. Me quedo inmóvil con las manos agarrando con fuerza el camal de mi pantalón, no tengo el valor suficiente para hacerlo. No puedo. *Claro que puedes amigo.* Nadie, excepto los del hospital y mi madre lo han visto, lo saben, y prefiero que así sea. Esta maldita pierna ortopédica me hace sentir débil, no quiero parecer débil.

—Oye ¿Quieres que te ayude?

No levanto la mirada de mi pie izquierdo, solo respiro. Algún día tendré que hacerlo.

XI

JIMMY

Siempre impaciente, eso también lo conservas. Sigo allí sentada esperando a que ese chico logre ponerse los patines. Creo que no sabe hacerlo, pero ¿cómo no va a saber ponerse unos patines? En el fondo creo que no sabe patinar y no se atreve a decírmelo, pero creo que es buena idea, pide a gritos soltarse la melena. Lo noto tenso, agarrado al camal de su vaquero como si fuera a salir corriendo, quizá le ocurra algo. Voy a preguntarle, pero me detengo. Es de mentira, su pierna no es su pierna, y me siento culpable por haber sonado tan... ¿brusca? Ahora más que nunca me reconcome conocer su historia, pero no voy a hacerlo, no quiero que él también lo haga; también quiera conocer la mía.

En su expresión noto dolor, miedo y logro verme reflejada en ella perfectamente. Ha sido eso, todo el tiempo. Seguramente sea el motivo principal de su baja autoestima, de su inseguridad, de su miedo a acercarse a una chica.

Echo de menos sentir paz, ser capaz de afrontar mis temores solo para conseguir sentirme mejor. Quizá Bryan no tenga una pierna de verdad, pero yo hace mucho que perdí muchas más cosas. Estoy vacía, completamente vacía. *Pero eso no durará siempre Abbie, no debes permitirlo.*

Logra ponerse el patín sin levantar su mirada del suelo, creo que tiene miedo a mi reacción, a mis palabras. Recuerdo el día en que enterramos a Jimmy, no paró de aproximarse a mí gente que ni siquiera recordaba haber conocido alguna vez. Me decían que lo sentían, que todo iba a salir bien, que él estaría bien allí donde fuera, pero una mierda. Ni quería, ni necesitaba

compasión. *Abbie*. Jimmy estaba muerto y no iba a volver, ni nada seguiría bien. Levanta la mirada del suelo, ni siquiera me había dado cuenta de lo grandes y azules que son sus ojos.

—Por fin. Eres un lento, ¿lo sabías? —No importa, nada importa—. Vamos.

Se levanta del banco sin problemas, aunque parece tambalearse un poco. Le agarro la mano, siempre tuve un equilibrio estupendo. Me acerco a la valla por una de sus entradas, es hora de entrar a la pista. Él sigue sujeto a mi mano justo a mi lado.

—¿Y esto va a ayudarme por qué...? —Su mano es grande, fuerte, más de lo que creía.

—Porque no puedes traerla a patinar sin dominarlo tú antes, imagínate el ridículo que harías.

Lo he visto. He visto como chicos guapos, altos, fuertes han traído a sus chicas a patinar y han hecho el auténtico ridículo, es un buen comienzo para Bryan. Por algún lugar tiene que empezar.

Sonríe, aunque intenta ocultarlo.

—Ya, bueno, el equilibrio nunca ha sido lo mío. —Desvía sus ojos a su pierna izquierda.

—Por suerte eso también tiene arreglo.

Y entro. Y él me sigue, sigue sujeto a mi mano con fuerza, tiene miedo a caerse.

No hay mucha gente patinando, aunque no me extraña siendo mayo. Nunca he venido a patinar en invierno, quizá este próximo invierno venga hacerlo. Dicen que es hermoso.

—¿Sueles venir a patinar? —No para de mirarse los pies, como si eso fuera a servirle de algo. Lo noto nervioso.

—No, solo he venido una vez —contesto controlando el entorno por el

que nos movemos. Una niña de unos nueve años me adelanta por el interior, lleva una velocidad considerable.

—¿Y tú? Aunque es evidente que no. —Me echo a reír. Él parece tan preocupado en no caerse que ni siquiera se da cuenta.

—No he patinado desde que tenía unos... diez años. —Comienza a soltar un poco mi mano. Es increíble que con lo grande que parece a mi lado pueda notarlo tan pequeño—. ¿Eres de Nueva York?

No te metas en mi vida. *Abbie contesta, tampoco es algo tan personal.*

—No, vengo de Carolina del Sur —digo ente dientes.

—¿En serio? Aquello tiene que ser genial.

Al menos he conseguido que levante la mirada del suelo, tiene sus ojos azules puestos en mí.

—Nueva York es genial —contrarresto. *¿Por qué mientes? Te sientes igual de mal que cuando te marcharte.*

—¿Y estás sola? —Sigue el interrogatorio. No parece captar que no quiero hablar de esto.

—Dime algo de Zoey ¿Es guapa? —Cambio de conversación. En realidad, espero que al menos lo sea, Bryan parece un buen chico.

—Ella es, es... bueno Zoey es... —Se ha puesto nervioso.

—Madre mía, ahora lo entiendo todo. —Suelto una carcajada que no me molesto en ocultar. Es penoso.

Al cabo de un rato decidimos parar, a último momento ha logrado soltarme la mano y parecía echarle algo de valor. Necesita impulso y yo soy la reina de las locuras.

Nos quitamos los patines y vuelvo a ver su pierna ortopédica, vuelve a estar incómodo, se mueve con rapidez.

—¿Damos un paseo? —Me atrevo a proponer. Es extraño, pero no me incomoda su presencia.

—Vale. —Se levanta del banco. Pronto, ambos nos ponemos a caminar.

Es increíble ver atardecer en Central Park, me recuerda mucho a mi hogar. Me pone triste. Últimamente siempre estoy triste, su recuerdo sigue grabado a fuego y el dolor con él.

—¿Estás bien? —pregunta. Debe haberlo notado en mi cara, yo, que soy la reina de ocultar los sentimientos.

—Ajá. —Debo concentrarme en no mostrar nada, absolutamente nada.

No podrás conseguirlo todo el tiempo.

—Sabes, no sé si me ayudará en algo, pero ha estado bien. —Sonríe.

—Sí, ha estado bien.

Hacía mucho tiempo que no hacía cosas de ese estilo con un chico, mis relaciones con hombres se limitaban últimamente a sexo, punto.

—Me la quitaron hace un año.

—¿Cómo?

—La pierna izquierda. —Esboza una media sonrisa al tiempo que su mano se desliza a su rodilla.

—No tienes por qué contármelo, no voy a preguntar. —Es simple, no voy a preguntar porque no quiero que preguntes.

—Puedes hacerlo, está bien. Fue duro, pero está bien. La gente cree que voy a molestarte o algo así, pero llevo peor eso de que me compadezcan —se sincera.

¿Por qué yo no puedo estar bien? Es tan sincero.

—No te he preguntado porque vayas a creer que te compadezco, es que no suelo meterme en la vida de los demás. —Aparto la mirada de él.

Tampoco quiero que se metan en la mía. *Por supuesto.*

—Vaya, la tuya tiene que ser horrible. —Sostiene la mirada en mí un segundo.

—¿Cómo? —Me sorprende descubriendo que soy más transparente de lo

que pensaba.

—No preguntas porque no quieres que pregunten.

Abbie, este chico es bueno, muy bueno.

—Yo... —Ahora soy yo la que parece tonta, pronto tartamudearé. ¿Cómo lo ha sabido?

Me siento incómoda, me sudan las manos.

—Lo siento, no pretendía... es que... —He conseguido que se sienta incómodo de nuevo.

Hemos llegado, es hora de coger diferentes caminos. Puedo notar en su rostro que se siente culpable, como si hubiera causado la destrucción del mundo con una simple... *afirmación, porque sí, Abbie, este chico ha dado en el clavo.*

—Yo me marcho hacia allá, cogeré un taxi. —Señalo hacia el otro lado. Estoy cansada, ha sido un largo día—. Bueno...

Ya no estoy tan segura de que sea buena idea todo esto, también yo voy a descubrirme y no estoy lista. *Lo es, es la mejor idea que has tenido en mucho tiempo, es bueno para ti.*

—¿Quieres acompañarme mañana a un sitio? Es algo que tengo que hacer y quizá te apetezca... —Vuelve a hacer eso, pasar la mano por el pelo, inseguro, indeciso—. Será parte de tu propio entrenamiento.

—¿Mi entrenamiento? —Arrugo la frente. No recuerdo haber pedido nada de eso. *Escúchale.*

—Sí, bueno, tú me ayudas con Zoey y todo eso y yo te ayudo a ti. Como un trato. —En su cabeza parece tener sentido, en la mía...

¿Por qué sigue ahí de pie esperando? Porque es tan testarudo como tú.

—No recuerdo haberte pedido... no necesito entrenamiento de ningún tipo. —Sé que sueño firme, segura.

—Ni yo. —Ríe, al menos es gracioso—. Dame tu número, te mandaré la

dirección y la hora.

Ni siquiera sé muy bien porqué lo consiento, pero le he dado mi número y no me he negado rotundamente a lo de mañana. Estoy en el taxi volviendo a casa y me siento confusa. Extraña.

XII

LUCY

Puedo entenderlo, es mejor mentirse, engañarse que reconocer la verdad. Mamá necesito que vuelvas. Había terminado de recoger la cocina después de comer y ahora me sentaba en el sofá del salón a leer un rato. Me gustan las historias de grandes romances, de increíbles aventuras. A Lucy también le gustan. Cuando era pequeña le gustaba que me quedara a su lado cuando se acostaba, y se dormía mientras yo le leía algún cuento. La extraño. *Y yo a ti mamá. Mucho.* El timbre suena, pero no espero a nadie. Hoy no es viernes, Carol solo viene los viernes. Me levanto del sofá y me acerco a la puerta, quizá sea el cartero. Abro.

—Buenas tardes señora Ebert —saluda amablemente.

Es Bryan Scott, no esperaba su visita.

—Bryan, buenas tardes. —Sonrío.

No viene sólo, lo acompaña una chica bastante guapa.

—Espero que no le moleste, pero me acompaña una amiga.

Bryan es un buen chico, me gusta que venga a visitarme de vez en cuando.

Abro el cajón y saco unas cuantas bolsas de plástico.

—Claro que no Bryan, pasad. —Él parece entenderlo, no duda en coger las bolsas de mis manos para ponérselas en sus pies, le da las otras dos a su amiga.

Es una suerte que hoy haya preparado un jugoso bizcocho de chocolate, a Bryan le encanta el chocolate. Al poco, Bryan pasa al vestíbulo y entra en el salón, su amiga le sigue, parece una chica muy callada.

—Alice esta es Abbie —me presenta. Siguen de pie junto al marco de la

puerta, abierta, que da paso a mi salón.

—Hola señora Ebert —saluda. Parece tímida.

—Bienvenida a mi casa. Pero pasad y sentaros, sacaré algún dulce. —
Comienzo a moverme hacia la cocina—. ¿Queréis algo de beber? Café, Té...

No puedo verlos, siguen en el salón.

—Té, señora Ebert —responde él.

—¿Los dos? —Alzo la voz. Me encuentro en la cocina con la tetera puesta en el fuego.

—Sí. —Bryan de nuevo.

Tardo un poco en volver al salón, el tiempo que el agua de la tetera tarda en calentarse y chirriar. Cojo una de las bandejas y pongo en ella las tazas y la tetera. Saco unas galletas con trocitos de chocolate también para acompañar, y regreso con mis invitados. Siguen ahí, sin decir palabra, ella lo contempla todo con detenimiento.

Comienzo a servir el té, mis dos invitados están sentados en el sofá verde esperándome. Bryan siempre tiene una bonita sonrisa en su cara, es un buen chico, después de todo lo que ha pasado y, aun así, sigue teniendo tiempo para venir a verme.

—¿Y qué tal todo? —Ocupo un asiento junto a Bryan.

—Muy bien señora Ebert. ¿Y usted? —Es tan educado, sería un chico estupendo para mi Lucy.

—Bien, bien también —respondo. *Eso no es cierto mamá*—. ¿Y de qué os conocéis?

Desvío mis ojos hacia la chica desconocida que ocupa un hueco en mi sofá. Tiene el pelo castaño, melena larga, y unos ojos grandes y grises bastante impresionantes. Tiene las manos agarradas, sobre sus piernas.

—De muchos desayunos —la chica me contesta, creo que eso debe significar algo para ellos.

Veo en el rostro de Bryan, una media sonrisa se dibuja en él. Sin duda, ese comentario debe significar algo, aunque lo desconozco.

—Nos hemos hecho, recientemente, amigos —confiesa él mientras alterna su mirada entre la chica y yo—. Quería que la conociera, y como hace unos cuantos días que no venía a visitarla pensé que sería buena idea que Abbie me acompañara.

Es increíble lo maduro que parece para su edad, supongo que será por todo lo que ha tenido que vivir. *Y superar mamá, también todo lo que habrá tenido que superar como tú deberías hacer.*

—Bryan es un sol —digo a modo de evidencia irrefutable. Si lo conoce como yo lo conozco sabrá que no miento.

—Señora Ebert eso no es cierto. —Parece sonrojarse por momentos.

Cojo mi taza de té y sorbo un poco, aún está demasiado caliente. Noto como mi lengua se quema. Observo a la chica, se siente incómoda, no deja de mirar el salón de un lado a otro. Se detiene en las fotografías de detrás del sofá.

—¿Es su familia? Es una chica muy guapa. —Se atreve a decir al fin.

Consigue también yo fije mis ojos en los marcos de fotos. Sí que lo es. *Era.*

—Se llama Lucy y tiene veintitrés años, está en la universidad. —*Estoy muerta.*

Se precede unos minutos de silencio. *Normal, mamá, Bryan lo sabe y cuando ella lo sepa también...*

—¿Vino la doctora Klein el viernes? —Bryan siempre parece muy atento, siempre lo ha sido por eso le conté lo de la psicóloga.

—Sí vino, aunque no se quedó mucho.

Abbie coge la taza y bebe.

—¿Y cómo lo lleva? —El chico atento continúa con las preguntas.

Mamá se refiere a lo mío, a lo de papá. Algún día tendrás que verlo.

—¿El qué? —pregunto confusa. Noto como me mira de esa manera extraña.

—Pues lo de... —El muchacho Scott se detiene como si estuviera pensando las palabras correctas—. Lo de salir de casa, claro.

—¡Ah! Bueno, poco a poco. —Vuelvo a hacerme con mi taza. No me gusta hablar de eso.

—Tiene que ser duro no poder salir nunca. —La chica interviene, captando la atención de Bryan, también la mía.

—Sí, bueno, aquí tengo todo lo que necesito. —Sonrío.

—¿Y sabe por qué? En fin, tuvo que haber algún motivo para que simplemente...

—¿Quieres una galleta? Llevan trozos de chocolate. —*Mamá escúchala, es mucho más directa que todos los que te visitan.*

La he interrumpido, sé que no ha estado bien, pero no creo que le importe. Cojo el plato de las galletas y se lo acerco. Abbie mira a Bryan antes de coger una y llevársela a la boca. Él aprovecha y también coge otra. Hay algo en ella que no me gusta, que no me convence. Sé que no soy justa, que solo la conozco desde hace unos minutos, pero es esa actitud lanzada la que me incomoda. *Que... pueda decir algo que no te gustaría escuchar. Bueno, mamá es normal, ella sería capaz de soltarlo sin problemas, de decirte lo que te has negado a creer estos últimos cinco años.* Volvemos a quedarnos en silencio.

—Está muy buena, señora Ebert. —Es un chico agradecido.

—Gracias, las hice ayer. ¿Queréis más té? —Sostengo la tetera en la mano esperando sus respuestas, los dos me contestan con la cabeza: no—. ¿Y cómo está tu madre Bryan?

Conozco a Martha Scott, nunca tuvimos un trato demasiado cercano, pero es una mujer muy simpática. De vez en cuando también ella se deja caer por

mi casa, pero es Bryan el que más viene a visitarme. A veces, incluso, me ha hecho algún recado si lo he necesitado.

—Mamá está bien. —Sonríe.

—Me alegro. —Acercó la taza a mi boca cuando... ¡El bizcocho! Se me había olvidado que lo tenía hecho—. Esta mañana he hecho un bizcocho de chocolate, iba a sacarlo antes, pero se me ha olvidado por completo. —Me levanto del sofá, recojo las tazas vacías para dejarlas sobre la bandeja—. Traeré un trozo.

No les doy tiempo a responder, ya me he puesto en pie y camino hacia la cocina con la bandeja entre las manos. Sé que le gustará el bizcocho a Bryan y espero que a su amiga también, les pondré un trozo en papel de aluminio para que puedan llevárselo. Es una lástima que Jerry no esté aquí, siempre le cayó realmente bien el joven Scott, pobre chico, todo lo que habrá sufrido por culpa de su enfermedad, él y su familia. *Tú también sufres mamá, mucho. Todos los días.*

XIII

JIMMY

Abbie ¿recuerdas cuando éramos pequeños y nos encerrábamos con Susan en la cocina para hacer galletas? Siempre se te dio realmente mal, aunque a mí también. Esto está siendo muy extraño, todo esto. Bryan parece relajado, pero a esta mujer le falta un par de tornillos en la cabeza. ¿Bolsas en los zapatos? ¿En serio? ¿Y eso del plástico en los sofás? Oigo el sonido chirriante que hace cada vez que me muevo, por poco que sea. Me siento como si estuviera en casa de una asesina, en cualquier momento saldrá con el cuchillo y acabará con nosotros. Abbie, mira que eres bestia.

—Oye, Bryan, todo esto es muy raro —susurro, no quiero que reaparezca de pronto esa loca y pueda escucharme.

El que me ha traído a la trampa se acerca a mí con el propósito de poder escucharme mejor. Ya me ha contado el problema de esta mujer, agorafobia, miedo a los espacios grandes y abiertos, lo que se reduce en su caso a un miedo atroz a salir de casa. Yo me moriría si no pudiera salir de mi casa nunca.

—Abbie. —Se detiene para dirigir sus ojos a la puerta de la cocina, después aproxima sus labios a mi oído—. Ella no sufre únicamente agorafobia —explica.

Me contempla de cerca. Sus ojos son hoy más claros y azules que ayer. ¿Cómo es posible? Me hipnotizan, aunque intento que él no se percate de ello.

—No, evidentemente. Le falta unos cuantos veranos —respondo. No quiero sonar brusca, pero... *no puedes evitarlo.*

—Abbie, Lucy no está en la universidad, ni su marido trabajando. —El

tono aún es mucho más bajo que antes—. Ellos murieron en un accidente de coche hace cinco años, pero ella... ella se niega a reconocerlo, así que siempre repite la misma historia. De ahí todos sus demás problemas.

Dios mío. He sido una idiota. *Pero no lo sabías, Abbie.* No debería haberla juzgado antes de tiempo, ahora entiendo muchas cosas. Y Bryan. Bryan es...

—Os he puesto un trozo a cada uno para que podáis llevároslo.

La anfitriona regresa de nuevo, pero mis ojos ya no la ven del mismo modo. La perspectiva ha cambiado de repente. Perder a ambos, y perderlos al mismo tiempo... debe sentirse tan... *¿sola? Tú también.*

Vaya, supongo que cada persona lleva su propio sufrimiento de una manera distinta. Mira a la señora Ebert, ha perdido el juicio, mírame a mí. *Abbie no.* Me alejo de todo y todos para asegurarme de no volver a sentirlo, porque no lo soportaría, otra vez no. *Pero tienes que hacerlo Abbie, es la única forma de que vivas.* Parece feliz con su mentira, yo no lo soy con la mía.

Ya se ha sentado en el sofá de nuevo, Bryan está hablando con ella, pero no puedo escuchar nada. Mi mirada vuelve a los marcos de fotos y los veo allí, a ella, a su marido a su hija y parecen tan felices. Toda una vida de recuerdos que hacen daño, como los míos. Puedo entenderlo, puedo comprenderlo, puedo sentir el dolor en el pecho. Yo no quise perderlo tampoco y, aun así, lo perdí. *No podrías haber hecho nada Abbie, ni tú ni nadie.* Me falta el aire, me ahogo.

—¿Abbie?

Pronto me percató de la forma en que Bryan me mira, sabe que algo ha pasado, debe haberlo percibido en mi expresión. En mi rostro pálido. Los dos me contemplan en silencio esperando una respuesta que no tengo intención de dar. No puedo. *Abbie tranquilízate, respira. Piensa en el agua, siempre te ayudó.*

—¿Estás bien? ¿Quieres un poco de agua? Estás pálida. —La señora Ebert parece preocupada, no tarda en levantarse de nuevo y volver a la cocina.

No creo que pueda aguantar mucho más, siento cómo me falta el aire, cómo mis pulmones se cierran y mi corazón se hace pequeño. Yo me deshice de todas sus fotografías precisamente por eso. Olvidar. *No has olvidado, no te engañes, solo lo has ignorado, como si no existiera. Como si nunca hubiera ocurrido.*

—Tengo que irme —digo de pronto. Me alzo, puedo oír el sonido del plástico tan molesto como antes—. Bryan yo... yo no...

—Toma, muchacha y bebe un poco. —Vuelve bastante acelerada, con un vaso de agua entre sus manos.

Bryan me mira, no espero que lo entienda.

—Nos vamos Alice. —Él toma la delantera—. Ella aún tiene que volver a casa y se hará tarde.

Sí, es eso lo que necesito. Irme.

—De acuerdo. —La señora Ebert sonrío—. Espero vuestra visita pronto.

Salimos de allí todo lo rápido que podemos. Ya fuera nos quitamos las bolsas de los zapatos y me alejo de la casa a la velocidad del rayo. Bryan me sigue, solo necesito caminar. *Necesitas mucho más que caminar.* Está anocheciendo.

—¿Estás bien? —Insiste de nuevo. Ha quedado detrás, a varios metros de distancia de mí. Esto no ha sido buena idea, todo esto. No puedo detenerme—. ¡Abbie para!

Lo hago sin controlar mis acciones. ¿Y por qué lo hago? *Por lo mismo por lo que supiste que él era distinto.*

—Lo siento —se disculpa sin tener que hacerlo. Es un buen chico, es un chico estupendo—. Tal vez tenía que habértelo dicho antes. Lo de su hija y su marido, pero quería que la conocieras antes de saber que...

—No es eso, pero sí, debiste habérmelo dicho. Me he sentido como una estúpida.

Abbie los dos sabemos que no es eso lo que te ha obligado a salir corriendo.

—Pero no es eso ¿verdad?

¿Cómo puede saberlo? *No lo sé Abbie, pero está bien.* No voy a contestarle. Mi cuerpo vuelve a la calma. Me giro y lo tengo cara a cara, no debería meterse donde no le importa.

—¿Por qué la visitas? —Ahora soy yo la que pregunta. Necesito saberlo, quizá si lo supiera entendería porqué él es así.

—Porque no tiene a nadie más. —Inspira profundamente—. Porque nadie debería estar solo en el mundo.

Pues tú lo estás Abbie, y lo estás porque así lo has decidido tú. No sé cómo lo hace. Me hace sentirme tan vulnerable, y al mismo tiempo consigue que un halo de esperanza aparezca de repente.

—¿Cómo perdiste la pierna? —Lanzo sin más. En mi interior siento que ha sido a modo de venganza, por el popurrí de sentimientos que ha provocado en un segundo.

Nunca me lo ha contado y quiero saberlo.

—Quizá te lo relate algún día, cuando tú me cuentes a mí por qué huyes de todo siempre —ataca astutamente, aunque de un modo sereno, tranquilo. Sonríe. Aparta la mirada de mí—. ¿Tienes hambre?

¿En serio? Comida, ahora.

—Supongo.

—Vamos, sígueme. —Me adelanta y yo lo sigo con la mirada primero—. Y no preguntes hasta que lleguemos.

No puedo evitar sonreír, fue lo mismo que yo le dije antes de la pista de patinaje. Camino. No es que me fie de él, pero me siento extrañamente a gusto

con Bryan, tranquila. Lo sigo en silencio. Caminamos por una gran avenida con casitas de colores a ambos lados de la calle, todas iluminadas, con porches blancos y cuidados jardines verdes. Unas cuantas farolas iluminan la calle y cada vez es más tarde, más de noche. Levanto la mirada al cielo y puedo ver algunas estrellas en él. Sonrío, me siento mucho más tranquila que hace un rato. Andamos en paralelo, aunque no sé dónde se supone que me lleva, pero él me ha dicho «no preguntes» y no lo hago.

XIV

SAM

Bryan, amigo, esta chica está como una auténtica cabra, pero quién no lo está. Me gusta. No sé si estoy haciendo bien, pero a mi madre le gustará conocerla. Es mucho más que evidente que sufre *y bastante*, pero eso no me asusta. Sé lo que es sufrir y sé lo que es que ese sufrimiento no te deje respirar, no te deje continuar; pero también sé que se puede superar. Lo hice y la vida es mucho mejor ahora. Abbie necesita hacerlo, del mismo modo que yo necesito superar mi cobardía frente a Zoey. Cada uno de nosotros necesitamos superar algo y al parecer nosotros mismos somos también nuestro instrumento para conseguirlo. Puedo ayudarla, quiero ayudarla, y creo que eso fue lo que nos atrajo irremediabilmente en aquella cafetería: la necesidad de ayudarnos mutuamente. Ha sido muy fácil percibirlo en ella, es como si toda ella intentara chillarlo continuamente. No sé cuál habrá sido su historia, pero ni siquiera ese es el problema. Cada uno arrastramos la nuestra.

Sigue a mi lado y parece mucho más tranquila. Reconozco que quizá no ha sido tan buena idea presentarle a Alice Ebert, pero quería que viera el resultado de mantener una mentira durante tanto tiempo. De arrastrar tanto dolor en silencio.

—¿Dónde vamos? —pregunta con la frente arrugada.

Es impaciente, inquieta y le puede la lengua. Es...*un desastre, amigo...* diferente.

—Creía que el trato era no preguntar. —Sonrío entre dientes. No creo que pueda conseguir que deje de preguntar, pero ya estamos cerca—. A cenar.

Me detengo, hemos llegado. En su cara se dibuja una expresión confusa

con el ceño fruncido. Desvió mi mirada hacia mi casa y solo espero que lo entienda. Es la única casa de color blanco de la zona. Siempre quise pintarla de azul, mi madre me dijo que lo hiciera, pero nunca pasamos demasiado tiempo en casa en estos últimos cinco años como para hacerlo y acabarla.

—¿Vives aquí? —Se pega a la valla de la entrada antes de quedarse en silencio.

—Sé que es raro que sea blanca, siempre quise pintarla de azul, pero... no he tenido mucho tiempo últimamente. —La miro y sigue embelesada mirando la fachada.

—Es muy bonita.

La veo sonreír, y nuevamente veo marcado en sus mofletes, muy cerca de la comisura de sus labios, esos hoyuelos tan graciosos.

—Vamos. —Abro la verja y cruzo yo primero, ella me sigue.

Giro la manivela de la puerta abriendo, mamá está en casa. Entro y espero junto a la puerta para que Abbie pueda entrar tras de mí.

—¿Bryan, ya estás aquí? —Es mamá desde la cocina.

—Sí. —Cierro la puerta cuando mi invitada ya está dentro—. Espero que no te asustes, mi madre puede resultar a veces bastante...

—Bien, porque ya tengo la cena hecha y... —Mamá aparece por el arco del comedor. Se detiene al ver a Abbie—. Vaya, Bryan, no me habías dicho que traías visita.

Abbie sonríe, aunque sigue inmóvil junto a mí.

—Mamá esta es Abbie...

No sé su apellido.

—Harrison —añade rápidamente.

—Abbie Harrison es... una amiga. —Simplifico. Sería muy largo de explicar, mi madre no sabe nada de Zoey.

—Encantada Abbie. —Ella le ofrece la mano—. Yo soy Martha Scott, la

madre de Bryan.

—Encantada señora. —Abbie acepta la mano.

—¡Oh, no, por favor! Llámame Martha. Pero pasad, vamos, pondremos un plato más. Donde comen dos... comen tres. —Sonríe sorprendida por la visita. Espera de pie incitándonos a movernos con los brazos extendidos en dirección a la cocina.

Dejo pasar a Abbie primero, pero la sigo para poder indicarle el camino correcto. Lo cierto es que tengo hambre y el olor que desprende la comida me abre más el apetito. Abbie y yo acabamos poniendo la mesa mientras mamá termina de hacer la cena.

—Huele muy bien. —Abbie parece relajada. Está colocando los cubiertos en la mesa de la cocina.

—Mamá es buena cocinera.

—Eso es que tenéis hambre, nada más. Bryan puedes venir un momento. —La cocina no es demasiado grande, pero lo suficiente para tener espacios diferenciados.

Dejo a la invitada sola terminando de poner algunas cosas y me acerco a mi madre que está en los fogones. Se aproxima a mí, la conozco lo suficiente como para saber que pretende decir algo sobre ella.

—Solo es una amiga, mamá. —Me adelanto a decir. Puedo intuir lo que ocupa su mente.

—Es realmente guapa —murmura.

—Mamá no es lo que piensas, te equivocas.

Y no sabe cuánto.

—Solo digo que es guapa. —Alza las cejas. *Tiene razón Bryan.* Tampoco puedo negárselo.

Vuelvo a la mesa, pero ya está puesta. La cena ya está lista. Nos sentamos los tres con la mesa llena de comida. Mamá comienza sirviendo unos pocos de

guisantes a nuestra invitada. Después me echa unos pocos a mí y finalmente llena su plato. Mamá comienza un interrogatorio del que Abbie logra salir sin problemas, parece entrenada y sabe perfectamente cómo responder sin tener que contar demasiado. Ni siquiera debería sorprenderme, parece una chica dura. *Dura, pero frágil*. Al cabo de un rato ya no puedo más y tengo que dejar de comer si no quiero explotar, Abbie hace un rato que ha terminado. Mamá siempre pone unas raciones demasiado grandes, lo ha hecho desde que yo era un crío y lo sigue haciendo. Nos levantamos de las sillas y comenzamos a recoger, somos tres así que no tardaremos demasiado.

—Chicos, dejadlo, yo terminaré de recoger. —Mamá se adelanta y quita el plato que Abbie sostiene entre sus manos—. ¿Por qué no le enseñas tu habitación?

¿Mi habitación? ¿Qué tengo ocho años? *Ya sabes como es tu madre*.

—Lo cierto es que se ha hecho tarde y debería irme, aún tengo que coger el metro y...

—Por eso no te preocupes, Abbie, Bryan te puede llevar a casa en coche ¿verdad? —Mamá sigue allí de pie con el plato en las manos.

—Claro.

—Ves. Anda ir. —Me ignora. La quiero, pero a veces... *lo sé colega*.

Miro a Abbie y parece convencida, así que desisto.

—Ven —le pido. Comienzo a caminar fuera de la cocina, mi cuarto está en la planta baja, mamá lo cambió de sitio después de la operación.

Abbie me sigue en silencio. Abro la puerta, menos mal que está todo ordenado. Siempre he sido muy organizado, pero con las prisas temía que hubiera quedado hecho un desastre. Mi cuarto es mi habitación preferida de la casa, es mi pequeño mundo, la mejor iluminada de toda la casa después de la cocina. Desde aquí puedo acceder al jardín trasero de la casa, ya que antes de convertirla en mi habitación, el espacio lo ocupaba un pequeño despacho. Un

ventanal deja paso al jardín, y las cortinas están corridas, así que puede verse perfectamente. Abbie observa todo con detalle, callada. Es la primera vez que alguien entra en mi habitación desde... desde hace mucho tiempo. Siento cierta incomodez, como si estuviera enseñándole a una desconocida una parte importante de mi vida. Allí tengo casi todo lo que soy y quiero ser, mi guitarra, mis libros... ¿Qué estará pensando?

XV

JIMMY

¿Puedes sentirlo verdad Abbie? Es como volver a casa. Huele a hogar.
No me extraña que sea como es. Su madre es fantástica y la habitación es... *tú también tienes esto, Abbie.* Es extremadamente organizado, si viera mi cuarto, mi apartamento, se caería de culo al instante. Me paseo por la habitación para poder verlo todo. Tiene un escritorio en la pared de la derecha y una cama doble en la de la izquierda; una estantería de techo a suelo llena de libros junto a la cama. Es verde el color de sus paredes. Sigo mirando y es genial que tenga una salida directa al jardín, puedo verlo desde aquí.

—No está mal. —Sonrío, él también—. ¡Qué organización!

Tiene una foto sobre el escritorio que llama mi atención. Es él, algo más joven, aunque no demasiado. Está junto a otro chico a su lado que lo agarra por los hombros. Es un poco más alto que él, están en un parque, o al menos eso parece. El otro chico tiene el pelo extremadamente corto, pero los dos sonrían. Tuvo que ser un día genial. Oigo que Bryan se acerca a mí y aparto la mirada del marco de fotos.

—Se llamaba Sam —dice de repente. ¿Llamaba? Devuelvo mis ojos a la fotografía—. Murió hace un año.

Se ha puesto triste, serio.

—Lo siento.

—Ya, bueno, al final resultó inevitable. —Agacha la mirada. ¿El que resultó inevitable? ¿Morirse? Evito preguntar—. Y tú ¿tienes amigos aquí?

Quiere saber más de mí. *Es comprensible.*

—Sí, Cece. —Sigo revisando la habitación—. Y mis compañeros de la

cafetería —añado antes de que pueda decir algo, aunque Félix no cuenta, solo intenta acostarse conmigo, otra vez. Me dan escalofríos cada vez que lo recuerdo. Y mi mirada encuentra una guitarra—. ¿Tocas?

Jimmy también tocaba.

—Sí. —Sonríe y se acerca a ella para cogerla—. ¿Quieres oír algo?

No sé si debería, desde lo de Jimmy no he vuelto a escuchar a nadie tocar la guitarra. *Quizá sea un buen momento para volver hacerlo.* Asiento, y Bryan coloca la guitarra entre sus manos y se sienta sobre la cama. Comienza a tocar, es lento, dulce, suave. Habla de estrellas, habla de miedo, habla especialmente de esperanza. Tiene una voz realmente preciosa, lo cierto es que es una escena bastante tierna. Habla de estar con alguien, de dejar de sentirse solo... siento una presión fuerte en el pecho, cierro los ojos y puedo verlo. Jimmy. Está junto a los caballos, ha sacado a Trueno de las caballerizas y va a prepararlo para llevarlo a dar un paseo. Sonríe. Brilla. Me ve y me pide que me acerque a él. *Abbie odio que me eches tanto de menos. Yo también te extraño.* Abro los ojos y Bryan sigue allí sentado envolviendo su guitarra. Quiero llorar, tengo la necesidad de llorar. *Hazlo, Abbie, llora.* No puedo. *Claro que puedes, tienes que hacerlo, tienes que hacerlo si así vas a sentirte mejor.* Y caen. Siento caer las lágrimas por las mejillas, me siento frágil, me siento perdida, vacía. Inmóvil.

—Abbie —susurra deteniéndose. No comprendo cómo un extraño puede causar todo esto en mí.

—Perdí a mi hermano hace algo más de un año —confieso por primera vez. Sé que mi tono de voz es bajo, casi parece un susurro. Pero ya no puedo más.

Sé cómo me mira, sé lo que piensa y ni siquiera sé cómo se supone que puedo saberlo. Tengo que irme.

—Tengo que irme, Bryan.

Seco las lágrimas con mis manos. Tampoco yo quiero que se compadezca de mí.

—Claro, te llevo —se limita a responder.

Deja la guitarra sobre la cama y juntos salimos de la habitación. Antes de irme paso por el salón para despedirme de Martha, después salimos de allí y puedo notar la brisa. Su coche está aparcado en el garaje, fuera, así que subimos y nos ponemos en marcha. Bryan enciende la radio, yo me limito a contemplar por la ventanilla. Llevamos unos minutos en el coche en silencio.

—Sam era mi mejor amigo, de hecho, el único que tenía. —No esperaba que dijera nada, pero alivia el silencio—. No es que no tuviera amigos, es que... los fui perdiendo.

Él puede sincerarse, pero para mí no es tan fácil. En realidad, nunca lo ha sido. Sigo con la mirada perdida por la ventanilla del coche, ni siquiera quiero seguir hablando de ello, hablar de la pérdida.

—Lo siento, Bryan.

—Yo también siento lo de tu hermano. —Añade sin más. Aún no sé cómo he podido contárselo. *Y, sin embargo, lo has hecho.*

—¿Cómo se llama la canción?

Aún puedo recordar algún fragmento de ella que baila en mi cabeza de forma pegadiza.

—¿Qué canción? ¿La que suena? —Echa un vistazo fugaz a la radio encendida.

—No, la de antes. La que has cantado. Era tuya ¿verdad? —Dibujo una media sonrisa en mi inexpresivo rostro.

—¡Ah! Sí, era mía. —Sigue con la mirada puesta en la carretera—. Es provisional, pero No sin ti. Aún tengo que darle algunas vueltas, pero...

—No lo hagas —interrumpo—. Es genial, muy acorde con la letra. Eres bueno. Es una buena canción y a Zoey le encantará.

No puedo olvidar que todo esto es por eso, por un fin llamado Zoey.
Abbie ¿y cuál es tu fin?

—Abbie no suelo cantar en público, no se me da bien eso de llamar demasiado la atención.

—Pues deberías —sentencio. Compruebo que estamos muy cerca de casa—. Además, a las chicas les encanta que le canten y Zoey no será una excepción.

Yo sí lo soy. Bryan se ríe, pero no dice nada. La verdad es que ha sido un día interesante, intenso. Solo quedan unas pocas calles para llegar a mi edificio, un viejo y estrecho edificio sobre una vieja tienda de ropa de segunda mano, propiedad de una mujer llamada Anabelle Wickens que además también resulta ser vecina mía.

—Puedes parar por aquí —le pido—. No hacía falta que me trajeses, podía haber venido en metro.

—No pasa nada, no me importa. —No deja de mirarme.

—Buenas noches y gracias. —Tomo la iniciativa. Abro la puerta del coche.

—Buenas noches, Abbie. —Sonríe dulcemente.

Salgo del vehículo, solo tengo que girar la esquina y caminar unos metros más, pero no estoy lejos. Saco las llaves del bolso y acelero el paso, no me gusta mi barrio de noche. *Ni a mí tampoco*. Llego al patio y abro la puerta, vivo en el segundo piso y tengo que subir por las escaleras porque el ascensor se ha estropeado, en realidad lleva casi un mes sin funcionar. Y mientras subo, pienso en la tarde que he pasado, en la señora Ebert, en Martha Scott, en Bryan... pero también pienso en Jimmy.

Abro la puerta y entro en el apartamento. Estoy bastante cansada como para hacer nada, así que simplemente cierro la puerta con llave y me marcho a mi pequeña y desastrosa habitación. Me dejo caer sobre la cama, y lo cierto es

que no tardo mucho en cerrar los ojos, sin darme cuenta comienzo a quedarme dormida. *Lo has hechos bien Abbie, muy bien.*

XVI

SAM

Ha sido un gran día amigo, un muy buen día. Aún sigo dándole vueltas cuando llego a casa y aparco el coche. Es tan impulsiva, cómo alguien puede decir simplemente lo primero que se le pasa por la cabeza. Creo que a mamá le ha gustado y eso me preocupa. Apago el motor y salgo del coche, no suelo cogerlo demasiado pero no quise perder la práctica ni cogerle miedo tras la operación, así que de vez en cuando soy yo el que lo lleva. Estoy cansado, de hecho, muy cansado, así que me iré directo a la cama cuando entre en casa.

Abro la puerta y me dirijo hacia mi habitación, imagino que mamá ya se habrá acostado porque entre una cosa y otra se ha hecho bastante tarde. Tengo que pasar por la cocina para poder llegar a mi habitación, pero en cuanto me aproximo logro ver una luz encendida. Será mejor que la apague. Intento no hacer demasiado ruido, es la pequeña lámpara de pie de la esquina, comienzo a frotarme los ojos.

—¿Ya la has dejado en casa?

—¡Mamá! —No puedo evitar sobresaltarme—. No sabía que estabas ahí, me has dado un susto de muerte.

Está sentada en una de las sillas, con los codos sobre la mesa y sosteniendo se cabeza. También ella parece cansada.

—Lo siento cariño, pensé que me habías visto. —La luz ilumina justo la mitad de su rostro—. ¿Ya la has dejado?

—Sí, ya está en casa.

Lo cierto es que habría tardado mucho más en llegar si hubiera tenido que volver en metro, al menos una hora.

—Ven, siéntate un rato conmigo. —Señala la otra silla. No puedo negarle muchas cosas al que ha sido mi gran apoyo, así que no lo hago. Me siento—. ¿Y bien? ¿Vas a contarme de dónde ha salido esa tal Abbie?

—Mamá no hay mucho que contar, solo es una amiga —contesto con total sinceridad.

—Me gusta que vuelvas a tener amigos —dice con media sonrisa. Está frente a mí, alarga el brazo y me acaricia la mejilla—. Sabes que te quiero ¿verdad?

Sonrío, claro que lo sé. Yo también la quiero. Ella siempre ha estado y sé que seguirá estándolo. Tengo suerte de tenerla.

—Lo sé mamá, yo también te quiero. —Pongo mi mano sobre la suya, está suave y cálida.

—Sé que has tenido que soportar mucho, Bryan, y yo... —Se detiene y agacha la mirada. Mis ojos azules son sus mismos ojos azules.

—Mamá está bien. Lo hemos superado —interrumpo. Ella ha sido parte de todo esto.

—Sí, lo has hecho. —Vuelve a levantar la mirada, es dulce, es mi hogar—. Bryan eres un chico muy valiente.

Sé que va a llorar y no puedo verla llorar, la he visto llorar demasiadas veces. He asociado las lágrimas al sufrimiento y no quiero volver hacerlo. Abbie ha llorado y he vuelto a sentirlo.

—Tú también lo eres mamá —halago.

Ella también lo ha sido, ha sido valiente conmigo.

—Sabes que puedes hacer lo que quieras ahora ¿verdad? —Vuelve a sonreír, eso está mucho mejor—. Habrás pensado en estos meses qué quieres hacer ¿no?

Lo cierto es que no, no lo he pensado. He pasado tanto tiempo en ese hospital que ni siquiera he podido pensar que sería de mi vida cuando saliera

de allí, quizá creyera que no iba hacerlo. *Pero lo has hecho Bryan, así que puedes hacer lo que quieras, absolutamente cualquier cosa.*

No lo sé. Quizá sea buen momento para pensar en ello, pero si pienso qué podría hacer el resto de mi vida solo puedo pensar en una cosa: Música. La música me ha ayudado, la música ha hecho desahogarse a Abbie y la música puede conseguir casi cualquier cosa. *Y eres bueno.*

—Lo cierto es que no lo he pensado aún. —No me atrevo a compartir con ella mi nueva inquietud. Ser músico no sé si es lo que ella quiere para mí. *Te quiere, cualquier cosa que elijas le parece perfecto.*

—Pero algo ocupa esa cabecita tuya. —Sonríe de forma contagiosa.

—La música ha vuelto a despertar una parte de mí que...

—Pues hazlo —interrumpe sin más. Sin darme tiempo a contarle todo.

La contemplo, asombrado y orgulloso de ella, vuelve a tener ese brillo en los ojos, hacía tiempo que no lo veía en ellos.

Asiento. Lo haré. No sé cuál será la elección, ni siquiera sé si será la mejor opción, pero tengo que intentarlo, porque voy a vivir. *Y aún te queda mucho, amigo mío.* Ya es hora de irme a la cama, de descansar un poco.

—Mamá me voy a la cama, es tarde y...

—Sí cariño, ves. Yo también estoy cansada. —Se levanta de la silla y yo tras ella.

—Buenas noches. —Me acerco a la puerta a punto de cruzarla.

—Buenas noches, mi niño. —Ella sigue allí de pie junto a la mesa de la cocina. Sonríe y me gusta verla sonreír.

Llego a mi habitación y cierro la puerta. Aún me parece increíble que Abbie haya estado aquí hace un rato, aún no puedo creerme que le haya mostrado mi música, mi mundo. Me acerco al escritorio y cojo el marco de fotos con la fotografía de Sam y yo en aquel día en el parque que hay tras el hospital. Lo recuerdo perfectamente. *Yo también Bryan.* Acababan de decirle

que no se podía hacer nada, que su lucha había terminado y no lloró.

Pidió que lo dejaran solo una hora y allí estuvo en la cama del hospital en silencio con la mirada entre esas cuatro paredes. Me pidió que me quedara allí, con él, y lo hice. Creo que necesitaba entenderlo, comprender que todo *había acabado, sí. No quería irme Bryan, no tan pronto. Tenía tantas cosas que hacer, tanto que ver aún. Era el fin de una vida que ni siquiera había vivido, por eso eres mi esperanza, siempre fuiste mi esperanza.* Después de aquello me miró y me dijo que necesitaba aire y Theodora consiguió que nos dejaran salir, no pudimos llegar mucho más allá del pequeño parque, pero no me importó y creo que a Sam tampoco pareció importarle en absoluto. *Tienes razón amigo, me sentí libre y era lo único que necesitaba.* Dos semanas después nos dejó para siempre y pedí a mi madre que revelara aquella fotografía y me la trajera a mi habitación del hospital. Me ha acompañado desde entonces. Solo espero, Sam, que sí realmente has acabado en algún sitio y no has, simplemente, desaparecido, sepas que te recuerdo y que lo haré siempre. *Lo sé Bryan.*

Vuelvo a dejar la fotografía en su sitio, recordarlo me ha puesto triste y necesito dormir, dormir mucho. La guitarra sigue sobre la cama, la cojo, me hace recordar las lágrimas de Abbie, también las mías. Es mejor que vuelva a ponerla donde siempre y me cambie para poder acostarme.

Me gusta mi habitación, seguramente por lo mucho que la echaba de menos durante mi estancia en el hospital. Cojo el pijama de debajo de la almohada. Ha sido un gran día y reconozco que también echaba de menos la sensación de tener un amigo, aunque en este caso se trate de una más bien. Sonríe. Poco después estoy en la cama, no suelo cubrirme en verano así que solo estoy echado sobre ella. Miro el techo y me quedo mirándolo unos minutos más antes de cerrar los ojos. La cara de Zoey viene a mi mente y vuelvo a sonreír.

XVII

JIMMY

Es un milagro Abbie, un milagro. Me gusta el apartamento de Cece, es grande y muy luminoso, nada que ver con el lugar donde ahora vivo, oscuro, viejo y desastroso. Quizá no sea tan mala idea venirme a vivir con ella, me ahorraría dinero y no estaría tan sola. *Abbie está ocurriendo y ni siquiera te das cuenta.*

—¿Qué estás haciendo? —Cece está en el sofá sentada con la pierna rota apoyada sobre dos cojines.

Hasta hace un segundo estaba demasiado entretenida con su teléfono móvil como para darse cuenta de que la dibujo. Cierro la libreta rápidamente, quizá haya vuelto a pintar, pero no estoy preparada para que nadie vea mis creaciones.

—Nada. —Quiero distraerla, sé que no va a ser fácil—. ¿Qué tal con el rubiales?

Estoy sentada en el sillón de al lado del sofá, detrás de mí las ventanas y la luz del mediodía. Hoy he ido a trabajar a la cafetería, pero no he visto a Bryan y creo que es mejor así, de hecho, he estado pensando en ello y creo que lo mejor será que no aparezca por la cafetería hasta que su fase de entrenamiento, o de superación de su miedo, termine. Sí, voy a decirse exactamente eso.

—Alex es genial. —Sonríe, hoy está especialmente guapa, incluso con la escayola y todo eso—. Sé que no te gusta.

—Yo no he dicho que no me guste. —Tampoco lo contrario—. Solamente digo que deberías ir viendo cómo avanza... todo eso.

—Vale. —Asiente. Sabe que lo digo por ella, que no quiero que le hagan daño—. ¿Y tú qué?

—¿Yo qué? ¿De qué? —Me recoloco en el sillón, es algo incómodo.

—Abbie has estado algo desaparecida desde el... el martes. —Levanta las cejas, va a comenzar su interrogatorio.

—No he estado desaparecida. Vine a verte ayer al mediodía. —Le recuerdo. Fue breve y fugaz, pero vine.

—Y saliste escopetada. —También ella me recuerda el momento. Se mueve un poco para estar más cómoda y yo hago la intención de levantarme—. Tranquila puedo sola.

—Tenía cosas que hacer. —Miento. Todavía no le he contado nada de mi trato con el chico de la cafetería, con Bryan.

—Pero no vas a decirme qué cosas ¿verdad? —Añade. Me sorprende que me conozca más de lo que pensaba.

Me levanto del sillón y me acerco a la silla de ruedas que hay junto al sofá. Una parte de mí quiere sincerarse y contarle todo lo que me está pasando, pero mi parte prudente, *¿pero tú tienes de eso?* retiene la información.

—Sabes, es increíble que el rubiales haya conseguido traerte una.

Me he sentado sobre la silla de ruedas y juego con ella haciendo movimientos hacia delante y hacia atrás.

—Tienes que dejar de cambiar de conversación cuando no quieres contarme algo, no tienes que hacerlo. Si no quieres contármelo, no lo hagas y ya está —responde mientras me contempla haciendo el tonto. No negaré haberme sorprendido. *¿En serio Abbie? Llevas haciéndolo desde que la conoces era evidente que acabaría dándose cuenta.*

—No es eso Cece es que... —Me escucha, siempre lo hace—. Quedé con el chico de la cafetería ayer. Bryan, se llama Bryan.

—¿Cómo? ¿Pero cuándo ha sucedi...

—No es lo que crees, solo lo estoy ayudando —interrumpo.

—¿Ayudando con qué? —Se inclina hacia delante un poco.

—Eso no puedo contártelo. —Arrugo la frente dubitativa. No sé si a Bryan le parecerá bien que lo haga.

—Vale, pero ¿qué tal?

Demasiado intenso sería la respuesta.

—Bien, extraño, pero bien. —Ya no me muevo, aunque sigo en la silla de ruedas sentada, ahora quieta como un pasmarote—. Cece, es un chico tan... distinto. Ha tenido que sufrir mucho, lo sé, y sin embargo... no deja de creer que siempre hay algo bueno, no deja de ayudar a todo el mundo.

—Suen a superchico. —Bromea. Se le dibuja una media sonrisa.

—Sí, algo así. —Sonríó con ella. Me levanto de la silla y me siento a su lado—. Sabes, ahora que tu rubiales ha conseguido una silla, puedes salir de aquí. —Levanto una ceja y se me dibuja en la cara una expresión de rebeldía. *Siempre me gustó esa expresión tuya, podía saber lo que ibas a hacer antes de hacerlo.*

Con cierta dificultad logro colocarla en la silla de ruedas y la empujo fuera de la casa. Alex tiene que ser un chico mucho más fuerte de lo que parece a simple vista si ha podido cargar con Cece de un sitio para otro cuando se queda con ella. Lo cierto es que ha sido un buen gesto eso de conseguirle un medio para poder moverse. Creo que a Cece le gusta mucho y solo espero que a él también le guste mucho ella.

Esperamos al ascensor y bajamos al patio acompañadas por una de las vecinas de Cece, una mujer que, por cómo le pregunta a Cece, parece simpática. Salimos, no muy lejos del edificio construyeron un parque hace unos años, o eso me contó Cece. Hace un día maravilloso en la calle. En unos días entraremos en junio. Me gusta el verano, mucho. *Ya mí.* Cece parece feliz

y no me extraña, no había salido de casa desde el día en que la trajimos. Nos detenemos en el parque, en uno de los bancos. Hay un montón de niños jugando en él y junto a ellos sus madres. Después de mucho, siento que es un bonito día.

—Es genial verte con una sonrisa en tu cara, especialmente si dura más de dos segundos —dice chistosa.

—Sabes, Cece, yo vivía en un lugar lleno de árboles, de verde, de agua. —Soy consciente de que nunca le he hablado de ello. De mi vida anterior a ella, a Nueva York.

Su cara ha cambiado, es como si esperara más y al mismo tiempo estuviera asombrada. Nunca me ha preguntado y lo preferí, pero... *todo está cambiando.*

—¿Y cómo era? —Sonríe y me mira sentada en esa silla.

—Vivía en una casa preciosa de color amarillo con un jardín enorme y caballos. Cerca de un lago. —Y lo mucho que me gustaba ese lago. *Y a mí, hermanita.*

Las imágenes se suceden en mi cabeza, también los recuerdos. Los buenos y los malos. Las veces que corrimos Jimmy y yo por aquel terreno, desde la casa hasta las cuadras. Los largos paseos a caballo.

—Parece un buen lugar para vivir —murmura. Siento su mano sobre la mía, apoyada en mi rodilla.

—Lo fue —confieso.

Lo fue hasta que Jimmy ya no estuvo en ella. *Abbie sigue siéndolo y lo será siempre.*

Me levanto del banco y fijo mis ojos en los niños que suben y bajan de los columpios, de los barrotes, de la casa de juegos... es tan fácil ser un niño.

—Abbie, el martes que viene hay una especie de rastrillo de segunda mano, o algo así me ha contado Alex, si quieres podemos ir. ¿Te apuntas? —

Sigue detrás de mí.

Respiro hondo.

—Claro. Será genial.

—Bien, así podrás conocer mejor a Alex y bueno... no sé. —Vuelve a sonreír—. De hecho, si quieres puede decirle al chico de la cafetería que venga, si le apetece.

—¿A Bryan? No sé yo, Cece.

Aunque es cierto que debería pensar en el siguiente paso. Su entrenamiento solo acaba de empezar, necesito pensar en otra cosa que ese chico no se atrevería hacer, otra cosa que pueda resultarle...

—¿Qué pasa? —Interrumpe mis pensamientos. Olvidaba que me observaba.

—Oye, Cece, ¿aún conoces al tipo ese del río Hudson? —La hago partícipe de mi idea.

Eso sería más que increíble para alguien como Bryan.

—Él que monta esa actividad para turistas con...

—Sí, sí, ese.

Cece me llevó allí la segunda semana de conocerla. Me lo pasé genial, la experiencia valió la pena.

—Claro, sabes que mis contactos son...

—Genial, porque voy a necesitarlos. Necesito que me des su número. —Noto en la cara de Cece confusión, quizá se lo explique, pero lo haré más hacia delante.

XVIII

SAM

¿Bryan y el bañador amigo? Abbie fue bastante clara «Nos vemos el viernes a las 11 de la mañana en el Muelle 40 (72nd Street) Tráete el bañador» y siento decirte que no lo has cogido. Espero que el causante no sea tu pierna izquierda. He llegado antes de la hora que me dijo, lo sé. Estaba nervioso y sigo estándolo. Con Abbie puede ser absolutamente cualquier cosa y eso me preocupa bastante. Relájate y disfruta, para variar. Me dijo que estuviera a las once en el muelle y aquí estoy. También me dijo que no volviera a acercarme a la cafetería hasta que todo esto —imagino que todo lo que tiene pensado— hubiera acabado; solo entonces estaría preparado para pedirle una cita a Zoey, pero yo no estoy tan seguro. Me sudan las manos. Ahí está. Me saluda con la mano desde lejos y yo la imito. Viene con un pantalón corto de color blanco y una camiseta verde, parece tranquila y eso me preocupa mucho más. Vamos, Bryan ¿Qué es lo peor que podría pasar?

—¿Preparado? —Sonríe, no va a ser una buena idea.

—Ni siquiera sé para qué debo estar preparado —confieso. Siguen sudándome las manos.

Abbie mira hacia atrás, como si buscara algo. *O a alguien.* Después vuelve a mirarme y veo que sus ojos grises se pierden tras de mí. Me giro, y un hombre bastante fuerte y moreno saluda a Abbie. ¿De qué va esto?

—Vamos —dice con total confianza.

Ella comienza a caminar hacia él y yo la sigo de cerca sin saber si debo o no preguntar.

—¿De qué va todo esto Abbie? —Ando a su lado.

—Ahora verás. —Me mira, estamos muy cerca del tipo extrañamente musculoso.

—Abbie ¿verdad? —Le extiende la mano a modo de saludo.

Está muy fuerte, muy moreno y muy curiosamente vestido. Parece un culturista, con las venas marcadas en sus brazos. Abbie acepta su mano y asiente.

—Bryan este es Hahn —me presenta.

—Hola. —Asiento—. Y qué se supone que vamos a hacer con Hahn.

Los dos se ríen y siento que yo también debería, pero no puedo, no hasta saber qué está pasando aquí.

—Vamos, seguidme.

No debe haberme entendido, porque comienza a caminar hacia delante y Abbie le sigue sin decir nada. Me uno a ellos.

Caminamos un poco más, puedo ver el río Hudson frente a mí y parece inmenso. Giramos una especie de caseta de metal antes de detenernos.

—No puede ser. —Sale de mí, pero tan bajo que ni Abbie llega a escucharme.

—Kayaks —susurra ella sin dejar de sonreír.

Vale, me ha sorprendido. *Ya mí. Me gusta esta chica.*

Cojo a Abbie del brazo y la acerco a mí, el tipo musculoso parece entretenido con el material, tres Kayaks enormes allí mismo, a unos pasos de distancia de mí.

—Abbie no voy a poder. —Bajo el tono de mi voz. Ni siquiera he traído bañador. *Porque no has querido.* Me sujeto la rodilla izquierda, ella sabe que no puedo.

—Bryan, tampoco podías patinar ¿no? —No parece querer escucharme—. Claro que puedes, además ya le dije que éramos espantosos y que necesitaríamos el kayak más seguro de todos. —Su rostro parece suplicar.

No. *Sí*. No. *Sí Bryan, hazlo*. No. Vuelvo a mirar los Kayaks y al tipo ese, Hahn, parece tenerlo todo bajo control.

—Abbie no me he traído bañador. —No es una excusa, pero... *sí*.

—Te dije que lo trajeras ¿por qué no me has... —Calla, dándose ella misma un manotazo en la frente—. Vale, no pasa nada.

—Podéis dejar las bolsas o trastos o lo que queráis en esa caseta, tengo las llaves así que la cerraré —interviene de pronto el hombre que nos acompaña. Sonríe todo el tiempo, sus dientes son blancos y relucientes, me produce escalofríos.

—Vale —le responde ella.

La loca que se le ha ocurrido la idea comienza a desvestirse pillándose desprevenido. No puedo apartar la vista de ella. *No me extraña colega*. Ni siquiera parece sentirse incómoda. *¿Por qué iba a sentirse incómoda? Está de toma pan y...* Hahn tampoco aparta la vista de ella, debe tener más de quince años que Abbie. *¿Es qué no tiene vergüenza? Pervertido*.

—Bueno, vamos —insisto, con el oscuro propósito de que el tipo ese se mueva y deje de contemplarla de esa manera. No me gusta ni un pelo.

—Claro, claro —responde él recobrando la compostura. Consigo mi objetivo y deja de mirarla.

Arrastramos los Kayaks hacia el agua, el tipo ese está fuerte, así que lo arrastra sin problemas. Yo también puedo con él mío, pero Abbie... Suelto de golpe el mío y me uno a ella para ayudarla, tiene una sonrisa radiante.

—Estás loca, yo no habría hecho esto sino...

—De eso se trata Bryan. —Sus mofletes están rojos del esfuerzo, está muy graciosa—. De hacer cosas que no harías.

Todo está listo, todo menos yo. *Todo irá bien Bryan. Ojalá estuviera allí para hacerlo*.

—Solo tendréis que seguirme y remar, hacer lo que haga yo. —Prepara

los remos—. Son muy seguros y el agua está muy tranquila, así que todo irá bien. ¿De acuerdo?

—Ajá. —Abbie contesta por los dos.

Al menos hace buen día para esto. Subimos y me tambaleo un poco, pero Hahn me ayuda. Reconozco que la sensación es increíble, estar tan cerca del agua sin llegar a tocarla. Después Hahn ayuda a Abbie a subir al suyo. El mío es de color amarillo, él de ella rojo y verde él del monitor. Comenzamos a movernos y me quedo sin palabras, es genial, me da miedo, pero es genial. Puedo ver el Puente de George Washington y es increíble la vista desde aquí abajo. Parecemos tan pequeños.

Continúo remando siguiendo las instrucciones de él. Hahn se encuentra delante de mí, aunque de vez en cuando gira la cabeza para asegurarse de que Abbie y yo seguimos tras él. Ella se ha quedado rezagada, así que dejo de remar un segundo para que pueda alcanzarme, y lo hace. Aún no puedo creerme que esté aquí y ahora. Abbie está algo sofocada, no llevamos mucho y ya puedo notarla cansada.

—¡Vas a tener que aguantar hasta el final! Al fin y al cabo, ha sido tu idea. —Alzo la voz sin dejar de reírme. A ella no parece hacerle gracia, pero no evita que deje de hacerlo.

—¡Soy muy dura, aguantaré! —contesta.

Lo sé, de eso ya me he dado cuenta.

—¿Cómo has dado con... ese elemento? —Echo la vista hacia atrás, después señalo al extraño hombre que rema delante nuestra.

Se ríe, pero Abbie no deja de remar con fuerza. Antes de conseguir la prótesis tuve que acostumbrarme a la silla de ruedas y a las muletas, siempre preferí usar las muletas. Mis brazos se fortalecieron y ahora por fin me sirve para algo.

—Por Cece, tiene contactos. —Se supone que eso debe significar algo

para ella, ríe. Tiene una sonrisa preciosa—. Oye, Bryan... te echo una carrera.

Abbie comienza a remar cada vez con más fuerza y yo me uno a ella. No quiero sacarle demasiada ventaja, así que freno la remada. Me resulta entrañable y gracioso verla esforzándose tanto.

—Ya estamos llegando, chicos, un poco más. —Hahn alza la voz, nos lleva bastante distancia, aunque todavía podemos verlo a lo lejos.

—¡Vamos Abbie, así no vas a ganar nunca! —La reto sabiendo que su reacción será desmesurada. Es tan impulsiva.

Y remo con fuerza, al menos un rato, luego bajo la velocidad y miro hacia atrás varias veces con el propósito de asegurarme de que Abbie sigue allí; y allí sigue. *Y creo que seguirá Bryan, no parece una de esas chicas que se rinden con facilidad. Vamos, déjala ganar.*

XIX

JIMMY

¿De verdad no lo has pensado? ¿Por qué lo haces Abbie? Sigo remando, pero creo que nunca llegaré a alcanzarlo, desconocía que Bryan tuviera tanta fuerza en los brazos, aunque no debería extrañarme, es un chico fuerte. Preferiría caer al agua y que me arrastrara antes de seguir remando. Sé que ha frenado, y en otras circunstancias seguramente le hubiera dicho que no hiciera trampas, pero está tan lejos de mí ya. Resoplo antes de volver a hacer fuerza con los brazos, Hahn ya ha llegado y nos espera aún en el Kayak. Las vistas desde aquí son espectaculares, ha valido la pena esto, verlo a él ahí tranquilo y sonriendo también ha valido la pena. Hahn se acerca a nosotros, puedo verlo. Bryan no deja de mirar hacia atrás y de provocarme, tiene que saber que no tengo ninguna intención de parar, que no me rindo tan fácilmente. *Creo que lo sabe.*

—¡Tú eres más fuerte! —Grito para que Bryan me oiga. Se detiene.

Hahn le dice algo desde lejos, yo no puedo oírlos. Después, nuestro monitor me mira y se vuelve a ir hacia la orilla, la distancia ya no es tanta. Me acerco a Bryan cada vez más y más. Ya no siento los brazos.

—Esta carrera no es justa, así no vas a poder ganarme nunca. —Se echa a reír y eso me todavía provocaba más.

No paro cuando lo alcanzo y comienzo a remar fuerte y rápido, como si me fuera la vida en ello. Estoy alcanzando la orilla, bien. *Abbie, solo te está dejando ganar. Me cae bien.* Ni siquiera me detengo a mirarlo, solo remo y remo, cada vez estoy más cerca de la orilla.

—¡Vamos Bryan! ¡Voy a ganarte!

Hahn está allí esperando. Y llego. Me detengo, es hora de ver cuanta distancia le saco a Bryan y lo cierto es que no mucha. Ahí está, más cerca de lo que creí que estaba, pero se detiene. ¿Qué ocurre?

—¡Creo que voy a quedarme aquí para siempre! —Ha tenido que subir el volumen de su voz con el objetivo de poder escucharlo mejor.

Sonrío, me parece bien si eso es lo que quiere. Lo poco que lo conozco me ha servido para saber que es uno de esos chicos que siempre hace lo correcto, lo que se debe hacer. De esos que evita el conflicto. Yo, por el contrario, parece que lo atraigo irremediabilmente.

La inspiración viene a mí de repente. No soy estúpida, sé que él tiene algo que ver con esta nueva sensación que me empuja a expresarme de nuevo a través del dibujo, pero quizá no sea eso, y solamente sea yo. La Abbie olvidada. *Pero también él.*

—Yo me salgo ya —digo de bote pronto.

—¿Segura? —pregunta Hahn. Es un tipo demasiado grande para un Kayak como ese.

Asiento en silencio. Salgo del agua como humanamente puedo, mientras ellos siguen allí, muy cerca de la orilla, inmóviles, tranquilos. Es genial. *Abbie ¿es qué no lo ves?* Pronto cojo mi libreta y me pongo a dibujarlo. Es una escena increíble para retratar. Y allí estoy, sentada en la orilla observando y dibujando todo lo rápido que puedo, sé que se moverá tarde o temprano y tengo que poder recoger todo. Cada detalle, por insignificante que sea.

Es increíble la vista del Puente George Washington desde aquí. *Me gusta que hayas vuelto a pintar. Por fin recuperas una parte de ti, de esa chica alocada que recuerdo.* Comienza a moverse, creo que va a salir del agua en cualquier momento, y Hahn parece preparado para ayudarlo. Sigo dibujando. No recordaba lo que significaba pintar para mí. Bryan se aproxima a mí.

—¿Qué haces? —Camina despacio, Hahn se ha quedado detrás con los

Kayaks.

—Nada. —Cierro mi libreta de un manotazo y la guardo en la mochila—. Creí que no ibas a salir del agua nunca.

—Ha sido una experiencia alucinante —dice con sinceridad. Por su rostro sé que no miente, que no intenta ser amable.

Sigo sentada allí, a unos pasos de él absorbiendo el calor de la mañana.

—Bueno, chicos, ya está. Espero que hayáis pasado una buena mañana. —Hahn coloca su mano sobre el hombro de Bryan, que lo mira con esa expresión de no gustarle nada.

—Muy bien, gracias —contesto. Me parece increíble que Cece conozca a tipos como él.

Contemplo a Bryan.

—Pues si quieres, puedes llamarme otro día, cuando quieras, solo...

Espera... ¿está ligando conmigo? *Eso parece Abbie.*

Bryan me mira, ha levantado las cejas, incrédulo. No sé si reírme o echarme a llorar, debe tener casi cuarenta años y, por supuesto, no es mi tipo.

—Bueno, Hahn, yo...

—¿En serio? —Interviene mi acompañante, algo alucinado—. Pues va a ser que no.

Lo mira con desagrado. ¿A qué ha venido eso? Decido yo. *¿En serio vas a quejarte? Hace un segundo estabas aborreciendo la idea de que estuviera ligando contigo ese elemento.* Hahn asiente, aparta la mano del hombro de Bryan, se despide y se aleja de nosotros. Todo esto ha sido muy raro.

—Bueno —me levanto del suelo y me sacudo el trasero—. Otro reto más superado, cada vez te queda menos para tener las agallas para invitar a esa tal Zoey.

De eso se trata ¿no?

—¿Has comido alguna vez los perritos calientes del Señor Peperony's?

—pregunta de pronto.

No me había dado cuenta de lo bien que le queda el color azul de su camiseta, a juego con sus ojos.

—No —niego. Ni siquiera sé dónde se encuentra eso.

—Pues hoy lo harás —sentencia. Me coge la mano sin esperarlo—. Vamos, te llevo.

Y tira de mí. Subimos a su coche y comienza a conducir. Bajo la ventanilla, observo el paisaje y me encanta. *De pequeña también lo hacías.* Siempre me han gustado los viajes en coche.

—¿Y cómo lo has hecho para no ir a trabajar hoy? —Sigue con la vista al frente.

—Mentí —confieso sabiendo que él no me juzgará—. Llamé a Chris y le dije que me había levantado con dolores de cabeza.

Veo dibujarse en su cara una sonrisa, yo también sonrío. No lo he hecho nunca, pero era imposible quedar con Hahn otro día, porque los fines de semana está ocupadísimo con turistas y neoyorkinos que quieren recorrer el río Hudson en Kayak.

El trayecto en coche se me hace corto, en realidad solo estamos yendo en dirección paralela a Hudson River Park, así que imagino que ese será realmente nuestro destino. Y así es. Bryan detiene el coche y comenzamos a caminar bajo el brillante sol de Manhattan. El parque está completamente lleno de gente paseando a pesar de ser viernes. Me limito a seguir a Bryan en silencio, parece muy seguro del camino. Nos adelanta una chica joven corriendo y poco después otra. Puedo ver a nuestro lado el río Hudson de nuevo, aunque la perspectiva es muy diferente a la que hemos disfrutado hace un rato. Hudson River Park es el segundo parque más grande de Nueva York, extendiéndose durante varios kilómetros a lo largo de la orilla del río Hudson. El césped está verde y algunas parejas o grupos de amigos charlan

tranquilamente sentados en él. Miro el rostro de Bryan y parece sereno, calmado.

—¿Y dónde está ese Señor Peperony's? —Coloco mi mano sobre la panza. Comienzo a tener hambre.

—Un poco más hacia delante. —Me mira y los rayos del sol se reflejan en su rostro—. Es un puesto de comida, en realidad una caravana, pero está realmente buena su comida.

No suelo venir demasiado por esta zona, así que tendré que fiarme de él, que al menos parece muy seguro de sus palabras. Mi mirada desciende un poco y vuelvo a darme cuenta de su pequeña cojera. Me parece increíble que en realidad el motivo sea que su pierna es ortopédica. Antes de saberlo siquiera lo hubiera creído, siquiera fue una opción cuando pensé en ello. Pero parece contento, extrañamente feliz. *Porque sigue vivo Abbie y tú también deberías sentirte un poco más así.* Poco después levanta el brazo y señala frente a nosotros, yo sigo con mi mirada la trayectoria y ahí está la caravana. Hay bastante gente haciendo cola y montones de carteles colgados por todas partes del vehículo con las comidas que ofrecen. Veo los perritos calientes en uno de ellos. De color amarillo chillón y azul un letrero en la parte superior de la caravana donde puedo leer sin problemas «MR. PEPERONY'S» y sonrío, es un nombre curioso para un puesto de comida rápida.

XX

SAM

Sabes, Bryan, estás cerca, mucho más cerca de lo que tú piensas. Sigue así, amigo, sigue así. Puedo sentir el calor del sol en mi cara, en mis brazos e incluso en mi cuerpo. Abbie se ha tumbado en el césped y observa el cielo, parece relajada. Lo cierto es que es una visión bastante bonita en un bonito día. Frente a nosotros el río Hudson y la inmensidad del agua. Todavía no puedo crearme que hace unas horas estuviera navegándolo en un Kayak amarillo, creo que están sucediendo demasiadas cosas en muy pocos días. Mi vida se ha revolucionado desde el día en que una desconocida camarera decidió preguntarme «¿Por qué?» en una mañana cualquiera. *Y así es la vida, amigo mío, de la noche a la mañana sucede.* Y aquí estoy ahora, sentado en el césped del Hudson River Park junto a esa misma camarera de ojos grises.

—¿En qué piensas? —La observo. Lleva demasiado tiempo callada, tengo curiosidad por conocer el motivo.

Abbie tarda un poco en reaccionar. Abre los ojos y gira su rostro hacia mí, que la contemplo intrigado. Su pelo se extiende y difumina con el verdor del suelo donde nos encontramos.

—¿Cómo perdiste la pierna? —Se lanza sin a preguntar sin pudor alguno.

Sonrío, no me puedo creer que siga dándole vueltas a ello. Si voy a contárselo todo, tendré que hacerlo poco a poco. Deberé hablarle de Sam y de mi enfermedad, en realidad de la enfermedad que he superado. Pongo la mano sobre la rodilla izquierda, sabía que tendría que acabar contándoselo todo algún día, solo era cuestión de tiempo.

—¿Me hablarás de tu hermano después?

Ese fue el trato. Necesita hacerlo, creo que la raíz de todo es él. *Eso parece Bryan.*

Abbie vuelve apartar la mirada de mí y la fija unos segundos en el cielo azul, después se incorpora un poco hasta quedarse sentada junto a mí.

—De acuerdo. —Asiente.

—¿Recuerdas al chico de la fotografía de mi escritorio? —Comienzo. Necesito que lo conozca a él para conocerme a mí.

—Sam. —Sus ojos grises se fijan en mí.

—Sí, Sam. —Mi compañero, mi amigo, mi hermano—. Aquel día le dijeron que no le quedaba mucho tiempo de vida, que todo había acabado.

Necesito cerrar los ojos unos segundos antes de continuar, lo echo tanto de menos. *Y yo a ti.* Respiro profundamente. La miro y parece afectada, mucho más de lo que pretendía que le afectase. A pesar de lo dura que se muestra todo el tiempo, es una chica sensible.

—¿Estaba enfermo? —Su voz es suave, dulce.

—Lo estaba. —Y yo también—. Dos semanas después él... murió.

Necesito apartar la mirada de sus ojos grises, miro el agua del río, aún sentado en el césped conteniendo las lágrimas. Siempre será duro recordar sus últimos días, sus últimas horas. Ni siquiera parecía él, supongo ya no lo era.

—Lo siento, Bryan, mucho. —Noto su mano sobre la mía, apoyada en la hierba—. ¿Qué tenía?

—Cáncer. —Soy consciente de su reacción, su cuerpo se ha tensado—. Por todas partes, y yo también lo tuve.

—Tu pierna. —Desvía sus enormes ojos a mi pierna izquierda estirada sobre la hierba. Asiento.

—Ahora estoy bien, según los médicos estaba muy localizado mi tumor así que fue finalmente sencillo. Amputar. —Me paso la mano por el pelo.

Sencillo. ¿Cómo sí que te quiten una pierna fuera sencillo? Se me escapa

una irónica sonrisa. Recuerdo cuando me lo dijeron, solo quería desaparecer. Durante un segundo preferí morir a tener que seguir viviendo sin una pierna, menuda idiotez.

—No me parece algo sencillo. —Se dibuja en su rostro una sonrisa compasiva—. Imagino que antes de llegar a eso recibirías tratamiento ¿no?

Me tranquiliza su calma. No es una conversación que haya tenido con mucha gente, de hecho, con nadie. Pero la manera en la que me escucha sin hacerme sentir frágil me gusta, lo hace todo más fácil.

—Estuve durante cinco años entrando y saliendo del hospital. Cuando creían que se había detenido siempre se reproducía y así hasta que me aseguraron que la solución era despedirme de mi pierna izquierda y... le dije adiós.

Ahora me río, ahora me doy cuenta de lo realmente sencillo que era, ahora que ya la he perdido. *Pero lo hiciste bien, sigues vivo ¿no?* Abbie me mira sin decir nada, no sé si es compasión, pena o cierta incomodez lo que percibo en ella, quizá sea un conjunto de todo.

—¿Y cómo lo hiciste? ¿Cómo superas algo así? —Está triste, está confusa y aparta la mirada de mí.

—No lo sé, Abbie, solo lo haces —confieso. Y es cierto. Siempre va a doler, la pérdida siempre dolerá, pero sigues, descubres que la vida sigue. *Porque es verdad, la vida sigue.*

La miro y sé que necesita algún tipo de consuelo, un consuelo que aún no ha encontrado.

—Fue sin más, de repente. Un día estaba y al siguiente no. —Comienza ella. Puedo ver cómo sus ojos brillan, como duele todavía—. Se llamaba Jimmy y lo hacíamos prácticamente todo juntos. Le gustaba montar a caballo, tocar la guitarra, nadar todas las mañanas en el lago... —Se detiene, pero puedo ver cierta alegría en ella, como si recordarlo a pedazos le diera fuerzas.

—Parece un buen chico. —Doblo mi pierna derecha para poder inclinarme un poco más y mirarla a la cara.

—Lo era, el mejor. —Vuelve a mirarme. No me había dado cuenta del lunar de su cuello, bajo su oreja izquierda—. Fue un derrame cerebral y se fue, para siempre. Éramos mellizos ¿sabes? Y no nos parecíamos en nada. — Sonríe y llora. *Es una combinación perfecta, créeme.*

Yo también sonrío. Acerca la mano a sus dos ojos grises y se quita rápidamente de ellos las pequeñas lágrimas amargas. Amargas por no haber tenido una despedida. Amargas por no haberlo superado, por arrastrarlo como la marea y sentir que el dolor es más fuerte que cualquier otra cosa.

—Lo siento, tuvo que ser duro.

¿Cómo dar consuelo a alguien acostumbrada a no recibirlo? A no quererlo. Acerco mi mano a su mejilla, algo colorada por el sofoco que evidentemente está intentando retener.

—Sigue siéndolo —confiesa al fin. Poco después, se alza del césped poniéndose de pie.

Es evidente que para ella sigue siéndolo. Sé que sensación es esa, la sensación de sentir que falta algo en tu vida. De vacío. *Lo supiste, Bryan, pero lo superaste.* Yo también me levanto, aunque con cierta dificultad. Abbie se ha aproximado a la barandilla de hierro del paseo desde dónde puede verse New Jersey a lo lejos. Es una vista espectacular. Comienzo a caminar hacia ella, una bicicleta me hace detenerme un segundo, interrumpiendo mi trayectoria.

XXI

JIMMY

Sé que duele Abbie, pero ya ha pasado, ya ha pasado. Es increíble la vista de New Jersey desde aquí. Apoyo mis manos en la baranda y está caliente y suave. Resulta más fácil de lo que creía sincerarme con Bryan, es distinto. Veo su mano apoyada en la baranda de hierro, y está tan cerca de la mía que podría tocarla si la desplazara unos centímetros más. Levanto los ojos de ella y ahí está, a mi lado, como lo ha estado estos últimos días. Me abruma. Apoya el trasero en la valla y dirige sus ojos azules al césped, a los árboles y a los demás viandantes. Lo miro y reconozco que parece más fuerte de lo que me pareció la primera vez.

—¿Sabes que te habría dicho Sam si estuviera aquí? —dice de pronto.

Puedo ver la sonrisa en su rostro. Él también sabe lo que es sentirse así. Soy una egoísta. *Abbie no eres una egoísta, solo necesitas tiempo.*

—¿Qué? —No puedo dejar de mirarlo.

—Que estás viva Abbie, así que, ¡vive! —Gira su cara y vuelve a mirarme antes de sonreír—. Y sí, eso te lo dice un tipo que no se atreve a pedirle una cita a la chica de su vida.

¿La chica de su vida? *Abbie de eso se ha tratado desde el principio ¿lo recuerdas?*

—Lo harás, cuando acabe contigo podrás hacerlo.

—Me has llevado a patinar, a nada en un Kayak... ¿Qué será lo siguiente? *¿Bungy jumping?* —Se ríe y yo no puedo evitarlo, me río con él.

—Quizá sí. —Me doy la vuelta y me coloco en la misma posición en la que él está.

Puedo ver a dos chicas sentadas en el césped, a unos metros, parecen estar pasándose realmente bien porque no dejan de reírse y charlar. Una de ellas tiene un enorme mechón de pelo de color rosa chicle que cae perfectamente delineado.

—Voy a estudiar música —confiesa de repente—. En la universidad de Nueva York, en el Brookly Collage. No está muy lejos de mi casa y creo que ya es hora de que haga algo con mi vida.

—¿Algo más que acosar a Zoey en una cafetería? —Bromeo. Ni siquiera puedo contenerme, es tan fácil con Bryan.

—Sí, algo más que eso. —Se echa a reír, debe haberle hecho gracia.

—Es genial —digo usando un tono de voz suave y pausado, algo poco propio de mí. *Ni qué lo digas*—. ¿Y Juilliard? Dicen que es buena.

Me río. Sé perfectamente que no es sencillo entrar en la escuela de Juilliard —o eso tengo entendido—, pero Bryan es bueno y quizá debería intentarlo.

—Ya, bueno, es bastante más complicado poder entrar en un sitio así.

Se subestima de nuevo, como si fuera parte de su forma de ser, una parte demasiado grande y sonora. Es simpático, educado, listo, amable y con un don con la guitarra... no debería hacer eso, solo se hace daño. *Tú eres experta en hacerte daño, así que lo sabes bien.*

—Por intentarlo. —Me aparto de la baranda y vuelvo hacia el césped donde está mi bolso y las demás cosas.

—¿Y qué me dices de ti? —Tiene que levantar un poco la voz por la distancia, pero también se aparta de la baranda y comienza a caminar hacia donde me encuentro—. Igual también va siendo hora de que hagas algo con tu vida.

Muy bien dicho Bryan. Siento que debería sentirme ofendida, pero no puedo. Razón no le falta. *Exacto.*

—¿Y cómo sabes que no estoy haciendo nada con ella? Trabajo sabes, en una cafetería. —Me inclino hacia delante para coger el bolso.

—¿Y ese es el sueño de tu vida? —Lanza como una bomba explosiva que me hace sentir incómoda. Cuando me doy cuenta se encuentra nuevamente detrás, observando.

—Quizá sí —respondo con cierta chulería.

Vamos, Abbie, eso no es lo que siempre has querido hacer.

—No me lo creo —dice sin vacilar—. No pareces una de esas chicas que se conforme con algo así. Además, tu simpatía no es lo que más destaca de ti.

Aunque podría haber sonado ofensivo, no lo siento así. Su sonrisa curiosa reaparece en su rostro a modo de burla. Nunca me he caracterizado por ser una persona simpática, a quién voy a engañar. Se echa a reír contagiándomelo a mí también, así que le propino un pequeño golpe con el bolso en el brazo. No voy a quitarle la razón, *porque la tiene*, pero...

—Arte, estudiaba Arte en la universidad de Charleston. —No pienso contarle que he vuelto a dibujar, ni que llevo un retrato suyo montado en el Kayak dentro de mi bolso.

—¿Arte? Es genial. —Parece realmente sorprendido—. ¿Y lo dejaste?

Asiento. Lo acabé dejando en realidad. *Pero puedes retomar lo Abbie, de hecho, ya lo has hecho.* Me gusta la sensación de dibujar, de retratar momentos exactos que jamás volverán a repetirse. Siento que cuando lo hago queda para siempre, la sensación, el lugar, las emociones... las personas que estaban y ya no están. Un nudo se forma en mi garganta, pero me contengo.

—Me mudé a Nueva York, así que tuve que dejarlo.

Vamos Abbie al menos reconócelo, no fue por tu huida, fue por mí.

—¿Es qué en Nueva York no se puede estudiar Arte? —Levanta una ceja y dibuja una media sonrisa en su cara—. Qué lástima.

Bryan se da la vuelta y comienza a caminar despacio en dirección

contraria por el paseo. No entiendo cómo ha podido coger la confianza necesaria para relatarme sus peores años y no pueda pedirle una cita a una chica. Es tan absurdo. *Siempre hay personas con las que es mucho más sencillo, tú también lo has hecho con él y ni siquiera quieres verlo.*

—Deberías intentar en Juilliard —digo mientras avanzo hacia él, quien ha decidido esperarme.

—Ya veremos —responde como si estuviera loca—. Anda vamos, te llevaré a casa.

Me acerco a él y juntos volvemos a retomar el camino. Andamos despacio, muy despacio, sin prisa. Me he colgado el bolso cruzado para que me moleste menos, pero cada vez que doy un paso rebota en mi cadera inevitablemente. Me pone nerviosa, así que no dejo de mirarlo cada vez que me golpea hasta que alargo mi mano con la que termino parando el movimiento.

—¿Qué se supone que haces? —Arruga el entrecejo, confuso.

—El bolso, me rebota en la cadera cada vez que doy un paso y me está poniendo nerviosa —contesto con cierta furia, aunque solo obtengo como respuesta el sonido de una débil risa.

—Pues cuélgatelo en un hombro. —Me mira con cierta burla en sus ojos.

—¡Ni que así fuera más cómodo! —Aparto mis ojos de él. cómo se nota que nunca ha llevado bolsos.

No me lo quito y sigo dejando que me golpee sutilmente cada vez que me muevo. Escucho el sonido de mi teléfono sonando dentro del él minutos después. Abro la cremallera e intento encontrarlo lo más rápido que puedo, pero resulta más complicado de lo que parece. ¡Lo tengo! Tarde. Bryan me mira de reojo y sonrío, creo que le hace gracia mi naturaleza desastre. *Bueno, es uno de tus encantos ¿recuerdas?* Recibo un mensaje, es Cece: «Abbie, fiesta esta noche» Nunca se le ha dado bien esto de los mensajes, a veces

incluso no puedo responderle porque he sido incapaz de entender ni una sola palabra de la que me ha escrito. Escribo «¿Fiesta? ¿Cece tengo que recordarte que tienes una pierna rota?» Es absurdo que lo haya olvidado. Vuelve a sonar mi móvil dos segundos después. «Es en casa de unos amigos de Alex. Nos invitan. Alex me ha dicho que me llevará y le he dicho que vienes» ¿Qué voy? ¿Es qué no tengo ni voz ni voto? Vuelvo a recibir otro, leo «Vente a mi apartamento a las nueve» Hoy no tengo muchas ganas de fiesta, y me sorprende, porque yo siempre tengo ganas de fiesta.

—¿Pasa algo?

¡Bryan! Olvidaba que sigue caminando a mi lado. Parece confuso. Espera, eso también es buena idea.

—¿Hace cuánto no vas a una fiesta? —Por desgracia creo saber la respuesta.

—Mucho —confiesa con la mirada confusa.

—Bien, pues esta noche vas a ir a una. —Sonrío, no le dejo opción a negarse.

Escribo «Vale, pero viene Bryan» Bloqueo el teléfono y lo meto en el bolso de nuevo. Conozco lo suficiente a Cece como para saber que pronto recibiré un sinfín de mensajes de todo tipo y la mayoría de ellos con varios signos de exclamación, y todos ellos sobre Bryan y mi invitación. Prefiero leerlos luego, cuando él no pueda verlos de reojo.

XXII

SAM

Bryan relájate y disfruta. Hemos llegado. Estoy un poco nervioso, hace mucho tiempo que no voy a una fiesta y me siento algo cohibido con tanta gente desconocida. Abbie me mandó la dirección del apartamento de Cece, desde allí los cuatros subimos al coche de Alex y vinimos. La puerta del apartamento la abre un chico de cabello extremadamente rizado, sujeta una cerveza en su mano y saluda efusivamente a Alex, quien parece también bastante contento de verlo. Abbie está agarrada a la silla de ruedas de Cece y le lanza una mirada curiosa. Lo cierto es que las dos amigas son bastante llamativas, aunque muy diferentes.

Cece parece una chica muy simpática, siempre con una sonrisa en la cara, Abbie, bueno Abbie no siempre tiene una de esas. *Ni que lo digas amigo.* Abbie ya me ha contado el motivo por el cual su amiga se encuentra en una silla de ruedas, cómo se rompió la pierna hace una semana. Lo cierto es que Cece no es exactamente como yo me la imaginaba. Tiene el cabello negro y largo, de piel morena y ojos rasgados y oscuros. Una mirada muy profunda.

Alex es su novio... o algo así, y también parece un tipo bastante alegre. Se ha puesto una camisa negra, algo que me alivia un poco, ya que yo no sabía qué ponerme. Estuve durante un buen rato decidiendo, probando una cosa y otra y sintiéndome extraño, hasta que terminé con una camisa blanca bastante elegante y que, creo, nunca me había puesto antes. No quería ir demasiado arreglado, pero hacía tanto tiempo que no iba a una fiesta que estaba bastante nervioso. *Estás genial Bryan, tranquilo.* Me he pasado todo el trayecto hasta el apartamento de Cece controlando los nervios, pero reconozco que se han

esfumado en cuanto he visto Abbie en el patio del edificio.

—Hola, yo soy Jason, pasad, vamos. —El tipo de pelo rizado se aparta de la puerta para dejarnos paso.

Alex le dice algo muy cerca del oído, después pasa y sostiene la puerta para que Abbie pueda entrar empujando la silla de Cece. Es un apartamento enorme y muy moderno. Creo reconocer la voz de Rihanna sonando por todas partes, aunque quizá esté confundido, pues no suelo escuchar música de este estilo.

—Este sitio es enorme. —Cece parece tan sorprendida como yo.

—¿En qué has dicho que trabaja este chico, rubiales? —Abbie no puede borrar de su rostro el asombro.

Alex ríe, pero no contesta.

—¿Queréis unas cervezas? —De repente siento más cómodo a Alex en este entorno.

—Claro. —Cece le sonrío. Tiene una sonrisa bonita.

—Pues, ahora vuelvo. —Se agacha y se inclina para besar a la chica de la pierna rota—. ¿Bryan me acompaña?

—Sí. —Alzo la voz más de lo que debería. Reconozco que aún me resulta incómoda la situación.

Es normal, hace mucho que no sales y mucho más que no sales con amigos, tranquilo, parece buena gente.

Miro a Abbie, que ha dibujado una media sonrisa en su rostro, aunque pronto desaparece. Sigue agarrada a la silla de Cece como si tuviera miedo a que pudiera salir corriendo en el momento menos esperado. Alex se pone en marcha y yo lo sigo. Hay bastante gente, algunos bebiendo, otros bailando entre los sofás, había olvidado lo que es una fiesta.

—¿Y de qué conoces a Abbie? —Tiene que girar su rostro y alzar la voz para poder entenderlo, todo sin dejar de colarse entre la gente.

—De la cafetería.

No sé lo que Abbie les habrá contado, aunque prefiero que no haya sido demasiado. EL dato de Zoey y mi cobardía no es algo que quiera que todo el mundo sepa. *No te preocupes, no lo ha hecho.*

Alex sonrío antes de devolver su rostro al frente. Nos detenemos unos metros hacia delante y descubro, cuando logro esquivar al gran montón de gente que se sitúa frente a nosotros, que se trata de la cocina. Una espaciosa cocina moderna de color negro. Me acerco a Alex que espera junto al tipo que nos ha abierto la puerta y que ahora rellena unos cuantos vasos rojos de plástico con cerveza. Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que bebí cerveza. Me detengo al lado del tipo de pelo muy rizado, Jason.

—Pues me gusta mucho, amigo. —No sé de qué están hablando, pero no importa, en cuanto me paro a su lado Alex parece querer cambiar de conversación rápidamente.

—Jason este es Bryan. —Alex es el primero en pegar un sorbo de su vaso rojo.

—Encantado. —Jason me extiende la mano, parece un tipo fuerte. La acepto.

—Es un apartamento increíble —intento entablar una conversación.

—Gracias, sí lo es. —Él también bebe.

Alex me ofrece uno de los vasos y me lo da, yo lo acepto y pego un buen sorbo. Había olvidado el sabor de la cerveza. *Yo sí que lo he olvidado Bryan.* Miro a mi alrededor y todo el mundo parece pasárselo genial, comienzo a relajarme.

—Bueno, Jason, nos vamos. Las chicas estarán esperándolo. —Alex levanta el vaso rojo de cerveza. Jason ríe.

—Claro, luego os busco para ver qué tal vais.

Ambos se vuelven a chocar las manos de una forma muy peculiar. Jason

hace un alzamiento de cabeza como signo de despedida hacia mí.

Volvemos marcha atrás, de vuelta a Cece y Abbie, a las que ya puedo ver desde lejos, todavía allí plantadas. Al llegar, Alex le da uno de los vasos a Cece, yo se lo doy a Abbie. La verdad es que está bastante espectacular esta noche, a pesar de haber escogido un simple pantalón negro ajustado y una camiseta de tirantes con estampado floreado sigue siendo el centro de atención. *Bueno, Bryan, no vas a reconocerlo, pero es una chica bastante espectacular todo el tiempo.* Las chicas hacen algún que otro comentario, pero pasamos la mayor parte del tiempo callados observando. Me sorprende ver a Abbie en silencio tanto tiempo.

—Alex, podrías presentarme algunos de tus amigos. —Cece es la primera en hablar después de un buen rato.

—Vale, sí. —Él le sonrío.

El chico rubio rodea la silla para poder agarrarla y empujar, Abbie hace un rato que la ha soltado, aunque sigue pegada a su amiga.

—Ahora venimos. —Cece mueve su brazo para coger la mano de Abbie que sigue de pie a su lado.

—Ajá. —Asiente y bebe.

Alex comienza a empujar la silla de Cece y los vemos alejarse con bastante rapidez. Muchos acaban apartándose del camino de la chica con la pierna rota.

—¿Sueles salir mucho de fiesta?

Parece bastante cómoda en este ambiente.

—De vez en cuando —responde de modo que no sé muy bien si eso es un sí o un no.

Sonrío y aparto la mirada de ella. Vuelvo a beber cerveza. El vaso es enorme y ya he vaciado algo más de la mitad. Estoy bebiendo demasiado rápido, debería calmarme y disfrutar un poco más. *Sí, deberías.*

—Cece y Alex son muy majos. —Sigo. Estoy de pie a su lado, ambos con la vista perdida entre los invitados.

—Sí, más majos que yo. —Bromea sin poder evitar reírse. Vuelve a beber—. De acuerdo, Bryan, aquí va tu siguiente prueba —dice de pronto. No sabía que tuviera que pasar una prueba esta noche, pensé que el hecho de estar aquí ya era una—. ¿Ves a esa chica rubia de allí?

Claro, es bastante guapa y no está muy lejos de nosotros. *¿Guapa Bryan? Está como un tren.* Lleva puesta una falda extremadamente corta y una camiseta bastante ajustada. Ajustada y corta, puedo verle el ombligo.

—Sí.

Mucho me temo que sé lo que pretende. *Me encanta.*

—Pues ves y habla con ella —sentencia.

Me mira y se dibuja en sus ojos esa rebelde mirada grisácea. No me gusta lo que está pensando y mucho menos lo que acaba de proponer.

—No puedo hacer eso, Abbie.

Necesito pegar otro sorbo a mi cerveza. Vaya, se ha terminado.

—Primera norma, Bryan, no vuelvas a decir que no puedes hacerlo, porque lo harás, aunque tenga que obligarte a ello. —Ha levantado una ceja y me observa—. Ves y habla con ella. Solo tienes que presentarte, preguntarle de qué conoce al anfitrión... no sé, lo que se te ocurra. Eres un tipo majo. No será difícil.

Quizá para ella no lo sea. Me mira y sé que no tengo escapatoria. *Vamos Bryan solo hazlo, puedes.* Dejo el vaso sobre una pequeña mesita de cristal que se encuentra junto a Abbie, cojo su vaso de cerveza y bebo, después se lo devuelvo y me doy la vuelta para comenzar a caminar hacia la rubia despampánate. Esto es una locura. Comienzo a caminar con la mayor seguridad posible, estoy acojonado, pero voy a hacerlo. *Bryan es genial, pero ¿en serio? ¿Y con Zoey no?* Estoy muy cerca, puedo escuchar la conversación

que la rubia mantiene con la otra chica y estoy a punto de intervenir. Vuelvo a mirar a Abbie una vez más, antes de hacer lo que no me hubiera atrevido hacer hace unas semanas. Antes de Abbie. Antes de esta locura.

XXIII

JIMMY

¿Abbie qué clase de métodos estás utilizando con él? Estás loca, pero lo conseguirás, como siempre. Y ahí está, lleva un rato charlando con la rubia provocativa. Ha conseguido que la amiga con la que la acompañaba se marche, quedándose solos ellos dos, charlando. Ella sonríe y Bryan se encuentra extrañamente cómodo, relajado. Creo que estoy creando un monstruo. Me río. No puedo creer que ese tipo de ahí acabe de hacerlo y aún no tenga valor para hablarle a esa tal Zoey, debe ser una diosa porque, sino no logro explicármelo. Lo observo desde lejos y reconozco que si fuera un tío más en una fiesta cualquiera es posible que me fijara en él. *Ya lo hiciste Abbie, en una cafetería.* Lleva puesta una camisa blanca remangada a media altura y un vaquero oscuro, ni siquiera se nota su cojera. Es un buen chico y espero que esa tal Zoey también logre verlo.

—Hola preciosa —me hablan al oído. Un chico se halla detrás de mí.

Giro la cabeza lentamente para descubrir su rostro. Es el tipo de pelo rizado y dientes blancos que nos ha abierto la puerta. ¿Preciosa? ¿En serio?

—¿Yo? —Frunzo el ceño de la manera más desagradable que puedo. Sé que puede ver la expresión de mi rostro, y es lo que pretendo.

—Por supuesto. —Se mueve rápido, colocándose delante de mí, aunque tengo que desplazarme un poco hacia mi izquierda si pretendo tenerlo delante, a la vista—. Desde que te he visto entrar no he podido apartar mis ojos de ti, aunque estaba esperando que te quedaras sola para...

—¿Para llamarme preciosa? —Corto su presuntuosa oración. No aguanto a este tipo de tíos. *Eso será algo nuevo Abbie, porque te has ido a la cama*

con unos cuantos como este.

—Creía que ese era tu novio, pero veo que no. —Señala con su mirada a Bryan, que sigue con la rubia explosiva—. ¿Te apetece que te enseñe la casa?

Directo a la yugular. Los que mejor se me dan. *Eres imposible, hermanita.*

Levanta las cejas y espera callado una respuesta. ¡Claro que no me apetece! Se acerca unos pasos a mí, y yo me veo obligada a apartar la cara de él hacia atrás, esquivando.

—¿Qué te hace creer que quiero que me enseñes el apartamento? — Quiero sonar borde y lo consigo.

Se echa a reír como si acabara de contar un chiste. ¿De qué coño se ríe? Se echa unos pasos hacia atrás y bebe de su vaso. Deben gustarle las cosas difíciles, eso me ha quedado claro.

—Me gustan las chicas con carácter.

Acerté de pleno. De pronto, noto como su mano se coloca en mi cintura.

—Bueno, a mí también me gustan las chicas con carácter.

Demasiado impulsiva, pero juego con él. Mi expresión se mantiene seria, distante, sé que si rio dejará de creer en la posibilidad de que me gusten las chicas, tal y como acabo de confesarle. No quiero nada con él, así le quedará bien claro. *Poco sutil, pero me parece bien.*

Vuelve a reírse y me descoloca. ¿Habrá creído mi mentira? Prefiero no le sigo el juego. Levanto el vaso y bebo, casi ya no me queda, Bryan le ha pegado un buen sorbo antes de irse a superar su prueba.

—Vaya no me lo esperaba, pero... —Vuelve a aproximarse a mí invadiendo mi espacio. ¿Es idiota o algo así? Debe serlo—. No me importa demasiado, podemos buscar a otra chica y montarnos un...

—¿Sabes lo que puedes hacer? —Lo interrumpo, ni siquiera quiero seguir con esta conversación—. Irte a la mierda. ¿Qué te parece?

Sonríó y me siento ganadora. El tipo de pelo rizado aparta la mano de mi cintura y se aleja de mí. Bebe de nuevo, sé que está pensando con que atacarme, pero no me preocupa lo más mínimo, sé contener a este tipo de tíos, de hecho, a cualquier tipo de tíos. *Por suerte*. Baja el vaso y se prepara para volver a decir alguna otra gilipollez.

—¡Abbie tiene una terraza increíble! —Cece aparece tras él empujada por Alex.

—Jason ¿qué hacíais? ¿Interrumpimos algo? —El rubiales detiene la silla de Cece al lado del idiota.

Sigo en silencio observando al ricitos que hace un segundo pretendía montar un trío conmigo, al menos, parece haberse contenido con la presencia de su amigo y Cece.

—Alex ¿podrías traerme otro vaso? —Cece lo mira con ternura. Las coge al vuelo—. Y a Abbie otro.

—Claro. —Alex parece entender las palabras de Cece tan bien como yo lo hago—. Jason vente, dejemos a las chicas solas.

—Sí, ves.

O es posible que te derrame por encima la cerveza que me queda. Y lo haría con gusto.

Asiente y ambos se alejan. Me alegra que Cece sea siempre tan inoportuna.

—¿Todo bien? —Alarga su mano para coger la mía. No necesita saber lo que acaba de pasar, aunque creo saber que lo intuye.

—Bien. —Asiento.

—¿Y Bryan?

—Allí. —Señalo con la cabeza la dirección.

—¡Oh! Vaya, Abbie lo siento, creía que...

—¿El qué sientes? —digo confusa.

—Bueno, Bryan está ligando con otra —dice siendo demasiado obvio. Una extraña expresión se dibuja en su rostro y entonces comienzo a comprender.

Suelto una carcajada que pronto detengo cuando me doy cuenta de que ella no sigue el mismo hilo de los acontecimientos. Debe pensar que me gusta ese chico y que él acaba de pasar de mí. No podría estar más equivocada. *¿Estás segura?*

—Cece ya te he dicho que solo somos amigos, que lo ayudo. —Intento calmar su confusión—. Ni siquiera está ligando, créeme.

¿Bryan ligando? No puede estar más errada.

—Ah —responde aún confusa.

—Cece él... —Quizá debería contarle algo, algo no demasiado significativo—. Él está enamorado de otra chica. Somos solo amigos.

Espero haber calmado parte de su curiosidad, pero sigue callada observándome. Algo ronda su cabeza, aunque no sé el qué.

—¿Y tú?

¿Yo qué? No entiendo.

—¿Yo?

Sostengo la mirada en ella, pero no logro averiguar por dónde va. *¿Qué pinto yo en este asunto? Ella aparta sus ojos de mí y los clava en Bryan.*

—Abbie desde que te conozco nunca te había visto ahuyentar a un tío, y hoy lo has hecho sin vacilar.

¿Cómo sabe eso? Debe haber captado la tensión cuando han llegado. En realidad, solo me faltaba mandarlo a la mierda literalmente.

—¿De quién hablas? —Me hago la loca y finjo no saberlo.

—De Jason —contesta sabiendo que me he hecho la tonta—. No había que ser un genio para saber lo que estaba pasando cuando he llegado, además escuché algo cuando nos acercábamos.

—Que oído más fino tienes. —Bromeo echándome a reír.

—Abbie —dice casi con cierta melodía—. Voy a serte sincera, porque necesitas que lo sea. Creo que ese chico te está haciendo bien, más bien de lo que tú crees. ¿Qué tú le ayudas? —Y vuelve a dibujar una sonrisa en su rostro.

¿Qué se supone que significa eso? *Vamos, Abbie, ella tiene razón.* Respiro hondo, no soy idiota, sé que desde que lo conozco he hablado de mi casa, de mi hermano, sé que algo está cambiando, pero... *tienes miedo a reconocerlo, tranquila, lo sé.* La chica rubia bebe y Bryan aprovecha para echarme una mirada desde lejos y sonreír. Le veo levantar el pulgar de su mano a la altura de su cadera, ocultándolo para que ella no lo vea. Sonrío. ¿Qué me está pasando?

XXIV

SAM

Menuda fiesta la de anoche, amigo. Así me gusta, que disfrutes, que vivas. Me duele todo el cuerpo. Siento mi cabeza tan pesada que prefiero no moverla demasiado. Puedo notar que estoy sobre la cama, noto la colcha y la almohada, sé que aún llevo puestas mis zapatillas y noto... espera ¿Tengo alguien encima de mí? Sí, lo tienes. Noto peso en mi pecho y alguien aplasta mi brazo derecho. Temo abrir los ojos, porque temo lo que pueda encontrar. Tranquilo Bryan, no es tan malo amigo, y créeme no me importaría estar en tu lugar ahora mismo. Intento hacer memoria antes de abrir los ojos. Recuerdo la fiesta en aquel apartamento magnífico, recuerdo conocer a Cece y Alex, recuerdo cerveza y... mierda, recuerdo perfectamente una rubia despampanante, y hablar con ella durante un buen rato. Voy a matar a Abbie, lo haré. Vamos, amigo, abre los ojos. Se supone que tenía que ayudarme con Zoey, no a esto, a esto no.

Voy a intentar moverme despacio, muy despacio. Comienzo a mover mi brazo para poder sacarlo de debajo de... bueno, de quién sea que esté ahí tumbada. Es complicado, no puedo. *Bryan abre los ojos.* Quizá si me muevo despacio hacia mi izquierda gane unos centímetros de distancia y tenga espacio para volver a intentarlo.

Comienzo a moverme lentamente hacia mi izquierda y noto el peso que hay sobre mi pecho alejarse poco a poco hacia mi otro lado. *Bryan abre los ojos, hazlo.* Creo que lo estoy logrando, aunque me está costando bastante. Ya casi está, ya casi puedo sacar mi brazo derecho de debajo del peso, pero me detengo. Se mueve y vuelvo a notar que su cuerpo se pega al mío con más

fuerza, como si de repente me hubiera convertido en la almohada más blandita del mundo. El cuerpo de la chica vuelve a estar sobre mí pecho. *¡Joder, Bryan, quieres abrir los ojos!*

Abro los ojos, el dolor de cabeza hace que una fina niebla lo cubra todo. Parpadeo varias veces y noto que poco a poco se va desvaneciendo, pero aún no veo con demasiada claridad. Giro mi rostro hacia la izquierda y puedo ver que estoy en una habitación en la que no he estado nunca y que, además, es un auténtico desastre. Veo una mesita de noche, una silla llena de ropa; mi mirada se va moviendo despacio hacia la derecha; una cómoda alargada de madera, y más ropa y más trastos, otra silla. Veo una cabeza, y no es rubia. No puedo ver su cara, pero descubro que es ella la que impide que pueda salir de esta cama. Duerme con la cabeza y su brazo derecho sobre mi pecho, pegada a mí. Ella aprisiona mi brazo. No sé quién es, pero debo irme cuanto antes. Vuelvo a mover mi brazo atrapado y provocho que ella también se mueva y... *¿Abbie? ¿Qué hago en una cama con Abbie? Mierda, mierda, mierda... Bryan tío, tranquilo, solo está dormida.* Supongo que esta debe ser la habitación de Abbie, su casa. Mierda. Tengo que irme, esto no puede estar pasando.

Abbie emite una especie de gruñido y comienza a moverse. Me paralizó y espero. Se da la vuelta y me deja libre. *¿Libre para qué Bryan?* Libre para salir corriendo. *Pues menudo plan.* Me incorporo lentamente hasta que me quedo sentado en la cama. Debo haberme pasado con la cerveza, al menos sigo vestido. La miro y ella... uf también. La verdad es que parece muy serena, muy frágil ahí tumbada. *¿Con qué estará soñando?* Vuelvo a mirar la habitación y vuelve a parecerme un desastre. No sabía que Abbie era un desastre.

—¿Bryan? —Se ha despertado. Puedo oírla y sentir cómo se mueve, aunque prefiero no mirar—. *¿Mejor?*

La veo de reojo, por encima de mi hombro, se ha incorporado, está

sentada a mi lado.

—¿Mejor?

¿Por qué debería encontrarme mejor? Es evidente que no recuerdo muchas cosas de anoche. Pienso durante unos segundos.

Sus ojos grises se asoman por encima de mi hombro, parece relajada. Ni siquiera quiero pensar en la de chicos que habrá traído a su casa, prefiero no hacerlo. Noto una punzada en mi cabeza.

—Ayer te emborrachaste de lo lindo. —Me recuerda.

La veo sonreír y no puedo evitar mirarla. ¿Cómo puede seguir estando radiante después de alcohol y fiesta? Tiene el pelo revuelto, enredado, pero esa mirada gris suya sigue brillando como cualquier otro día.

—¿Por eso estoy aquí? —Sostengo mi cabeza con las dos manos, comienza a ser más intenso el dolor.

—Ajá. —Coloca su mano en mi hombro—. Pensé que no querrías que tu madre te viera en ese estado, así que le pedí a Alex que te dejara aquí. ¿Te duele la cabeza?

—Mucho. —Asiento. Y cada vez más.

—Bien. Desayunemos —dice de pronto como si nada. Sonríe, se aparta de mí y se levanta de la cama casi de un salto—. En cuanto a este...

—¿Desastre?

La noto incómoda, por primera vez.

—Sí, desastre. Verás yo no soy tan mega organizada como tú —confiesa como si yo no hubiera sido capaz de darme cuenta de ello. Capto cierta burla en sus palabras.

Río. Duele. Vuelvo a sujetarme la cabeza con las manos.

—Prepararé algo para desayunar. —Abbie sigue de pie, frente a mí, frente a la cama—. Ahí tienes el baño si necesitas refrescarte o lo que sea. — Con su mano señala la pared de detrás de ella.

Se mueve con cierta duda y desaparece de la habitación. Una habitación sin puertas y con una sola pared para separarla del resto del apartamento: la pared de mi izquierda. Hay una ventana bastante grande a mi derecha que ilumina la habitación. Me acerco al borde de la cama y me levanto despacio.

—¿Bryan quieres café? —Siento las palabras de Abbie clavadas en mi cabeza y me duele, me duele mucho.

—No estoy seguro —respondo con voz baja—. Vale.

Camino hacia el espacio abierto de la habitación, desde donde puedo ver un sofá rojo y la puerta del piso a lo lejos. Salgo despacio y Abbie está de espaldas en la cocina, se mueve con soltura y cierta gracia. Es un espacio abierto y pequeño, una cocina con barra y taburetes que Abbie ha convertido en la mesa y las sillas, un sofá rojo frente a la televisión y un mueble grande y alto junto a la puerta de la entrada. Todo con un estilo muy moderno y eclíptico al mismo tiempo, muy ella, supongo. Abbie se da la vuelta.

—¿Ya te has levantado? —Tiene una sonrisa muy bonita dibujada en su rostro.

—Creo que necesito ir al servicio —doy como respuesta. No me encuentro demasiado bien.

—Claro, está ahí. —Señala una puerta blanca cerrada situada a su lado izquierdo.

Asiento, comenzando a caminar hacia ella. La abro y entro. Es viejo y realmente pequeño. Me acerco al grifo para abrirlo, meto las manos bajo el agua y las juntos para poder coger la mayor cantidad posible, después, con rapidez me las llevo a la cara y cierro los ojos. Está fría, pero es genial. Me quedo allí dentro unos minutos más antes de volver a salir, pero acabo haciéndolo. Abbie ha colocado la comida sobre la barra de la cocina y espera sentada en el taburete, mientras me mira en silencio.

—Vamos ven, come algo. —Empieza echando café en dos tazas blancas.

Avanzo hacia ella sentándome en el taburete cuando lo alcanzo. No recuerdo nada de anoche a partir de la chica rubia con la que pensé que estaría en la cama hace unos minutos. Abbie parece tranquila y bastante normal, así que no habrá pasado nada demasiado extraño. *Ya te gustaría que hubiera pasado algo, colega.*

—Tuve que beber mucho anoche. —Abro la veda con una afirmación irrefutable. Si no recuerdo nada, debe haberlo hecho. Mantengo la calma.

—No recuerdas nada ¿verdad? —Mordisquea una tostada con bastante ansia. ¿Debería recordar algo?

—Yo, yo, no sé... recuerdo a una rubia... —Me pongo nervioso.

Abbie deja la tostada sobre el plato y coge la taza de café. No sé interpretar sus gestos, sus expresiones.

—¿Qué va a ocurrir Bryan? Te pasaste con la cerveza y no paraste de contar chistes malos sin parar. —Sonríe—. Matizo, muy malos.

—Yo nunca cuento chistes. —Me avergüenzo.

—Pues anoche fuiste el humorista del grupo. —Y vuelve a reír.

Siento mis mejillas algo sonrojadas, pero me distraigo untando mi tostada. No es una situación que prefiera recordar, pero tampoco me descontrolé demasiado y eso me tranquiliza bastante. Olvido lo que acabo de escuchar, devorando el desayuno.

XXV

JIMMY

Abbie ¿por qué mientes? ¿De qué tienes tanto miedo? Sé que es lo que quiere escuchar y es lo que le digo. Yo también había bebido y también dije cosas que no habría dicho en cualquier otra circunstancia. Él está enamorado locamente de esa tal Zoey y yo solo debo ayudarlo, nada más. Así que... ¿simplemente fingirás que no ha ocurrido? Parece mucho más tranquilo ahora, come la tostada y me mira de vez en cuando.

—Hacía mucho que no bebía y se me fue de las manos.

Ni se ha dado cuenta de que ya no lleva puesta su camisa, tampoco recordará que anoche le dejé esa camiseta verde de alguno de los tíos que se han dejado caer por aquí los últimos meses.

—Ya, me di cuenta. —Bebo café. *Abbie deberías decirselo.*

Yo también tengo algunas lagunas en mi memoria, pero recuerdo la mayor parte de las cosas que sucedieron anoche. Necesito despejar mi cabeza.

—Debería llamar a mi madre, estará preocupada.

Deja la tostada sobre el plato, noto preocupación en su rostro. Madre mía, es un chico demasiado bueno, demasiado para juntarse con alguien como yo. *No digas eso.*

—Ya le avisé que estabas bien. —Tampoco eso parece recordarlo.

—¿Avisaste? —Ha levantado las cejas, está asombrado, también asustado.

—En realidad, tú me lo pediste.

No lo recuerda, pero insistió bastante después de intentar sin éxito escribir un mensaje cuyas palabras se entrelazaban y separaban de una manera

muy extraña.

—Vale y... ¿Qué se supone que te dije que le escribieras? —Intenta sonar tranquilo, pero sé que está apurado por lo que su madre puede haber interpretado.

—Que se había hecho tarde y que el coche no te arrancaba.

Lo último fue idea mía.

Asiente satisfecho. Seguimos comiendo. Entre una cosa y otra se hacen las once de la mañana.

—Espero no haberte dado problemas y eso. —Sigue preocupado y no debería, incluso borracho, Bryan sigue siendo un buen tío.

—¡Qué va Bryan! —Sonríe levemente—. De hecho, quería felicitarte, pasaste la prueba.

—¿La prueba? —Frunce el ceño.

—La rubia ¿la recuerdas?

Para entonces aún no había bebido tanto, debe acordarse de al menos esa parte.

—La rubia, sí, la recuerdo. —Relaja sus hombros.

—Te acercaste a ella y le hablaste. Quizá estés listo.

Lo cierto es que me sorprendió verlo tan extrañamente natural.

—¿Crees que debería probar?

—Sí, podrías —afirmo con rotundidad. *¿Qué estás haciendo Abbie?*

Y podría. Comienza a sonar una música que desconozco, pero que altera a Bryan y que, además, hace que se levante rápidamente del taburete y comience a buscar algo por mi enano comedor. Por la expresión de su cara y el sonido que llega a mis oídos, juraría que es su teléfono móvil lo que busca con tanta desesperación. Finalmente, lo encuentra sobre la mesa bajita junto al sofá.

—Mi madre —dice en un tono bajito de voz, pero puedo escucharlo sin problemas.

Coge el teléfono y se aleja de mí entrando de nuevo en la habitación, aunque no es que eso suponga demasiada diferencia teniendo en cuenta que aún puedo oírlo. Me levanto del taburete y comienzo a recoger algunos de los trastos que he sacado para el desayuno. Ya me he acabado el café y Bryan también. Llevo puesto unos pantalones cortos de pijama azul marino y una camiseta de manga corta gris, aproveché en cuanto Bryan se quedó dormido boca abajo en mi cama para cambiarme sin problemas.

Abro la nevera, la verdad es que pasa más tiempo vacía que llena. Guardo la leche. Ya no queda mucho sobre la encimera, cojo las tazas y las meto en el fregadero.

—Tengo que irme, Abbie —dice de repente. Se encuentra de pie a unos cuantos metros. *¿En serio vas a dejar que se marche sin contárselo?*

—Claro. —Me dejo caer suavemente sobre la encimera sin dejar de observarlo.

—Voy a cambiarme, cogeré mis cosas y bueno... —Tira de la camiseta que lleva puesta, ya debe haberse dado cuenta que no es suya.

—Vale, debe estar todo por la habitación.

Por mi desastrosa habitación.

Asiente y vuelve al cuarto. Puedo oírlo trastear. *¿Abbie vas a fingir que no significó nada? Quizá tú estés confusa, pero te aseguro que ese chico también lo está. No dejes que se vaya sin más, tienes que contárselo.* Comienzo a fregar las dos tazas y algún que otro cacharro del día anterior. Claro que tiene que irse, es evidente que tendría que irse. *¿Y por qué no quiero que lo haga? Porque no quieres, Abbie.* Vuelvo a oírlo tras de mí, lo que provoca que mi cuerpo entero se mueva para poder verlo. Está nuevamente de pie, aunque más cerca del sofá y de la puerta. Se ha vuelto a poner la camisa, esa camisa arrugada que tuve que ayudarlo a quitarse hace unas horas.

—Bueno, pues me marchó. —Siento que espera algo. No sé el qué.

—Bien, Bryan, adiós. —Comienzo a sentir una presión en el pecho. *Abbie, reconócelo, no quieres que se marche*—. Nos vemos el lunes en la cafetería.

—Sí, el lunes. —Lo siento nervioso, sus ojos azules bailan por todo mi pequeño comedor—. Gracias por lo de anoche, y por no dejarme tirado por ahí. —Bromea.

—Los amigos están para eso.

Sé que lo he dicho, aunque no sé el motivo de la elección de unas palabras como esas. ¿Amigos? ¿Realmente somos amigos? *Yo juraría que hay mucho más. Díselo.*

Sonríe dulcemente antes de avanzar hacia la puerta de la entrada, de pronto, la presión en el pecho crece. No sé qué es, no sé por qué me siento así. *Porque esto se te ha ido de las manos.* La puerta se abre y se cierra tan rápido que siento que nunca se ha abierto. Vuelvo a quedarme sola y es extraño, porque he pasado casi seis meses aquí sola y ni siquiera me había sentido así hasta ahora.

Me meto en la ducha y dejo que el agua caiga sobre mí sin hacer nada, con los ojos cerrados y la cabeza alzada. Recuerdo cuando Jimmy y yo éramos pequeños y nos bañábamos y nadábamos en el lago junto a la casa. Él siempre estuvo conmigo. *Y sigo estándolo, Abbie, sigo aquí contigo, aunque no puedas verme.* Él era mi cabeza, también mi corazón.

Recuerdo la discusión con mis padres cuando supieron que estudiaría Arte y como Jimmy estuvo allí, apoyándome siempre, defendiéndome. Paso las manos por mi rostro y ascienden hasta mi cabello mojado. Ojalá él estuviera aquí conmigo. Jimmy sabría qué hacer. Estoy tan rota que no creo que pueda recomponer los pedazos algún día. *Abbie no estás tan rota y los pedazos son grandes, muy grandes como para no encontrarlos y volver.* Y ahora Bryan.

¿Y ahora Bryan qué? Había vuelto a sentir cierta calma, cierta paz. Cierro el grifo, he tenido suficiente.

Cuando salgo de la ducha el espejo del baño está completamente empañado, paso la mano sobre él para poder verme. Estoy ahí, aún empapada de agua. Paso los dedos por mis labios y creo sentir aún los labios de Bryan... me estremezco. *¿Quizá solo ha sido un sueño? No lo ha sido, Abbie.* Pero si ha sido un sueño... ¿por qué aún los siento, calientes, suaves, húmedos? Aparto la mirada del espejo. Necesito olvidarme de ayer, de anoche, olvidarme de Bryan. Al final ha ocurrido lo que sabía que acabaría ocurriendo: se acabó y se ha marchado, punto. *Pero tú lo has permitido.*

Me visto, unos vaqueros y una camiseta negra, aún tengo que secarme el pelo, después iré al supermercado a comprar algunas cosas que me hacen falta. Abro la puerta para que la humedad concentrada en mi diminuto baño se disipe, y lo consigo. He dejado el teléfono móvil sobre la encimera de la cocina y lo veo vibrar. Acabo de recibir un mensaje. Me acerco a él y leo «Buenos días, Abbie. ¿Qué tal ayer? ¿Sigue Bryan en tú casa? ;) ¡Cuéntamelo TODO!» Es Cece, no me sorprende, de hecho, me sorprende mucho más que haya tardado tanto en indagar y preguntar sobre anoche teniendo en cuenta que sabía que Bryan había dormido en mi apartamento. Escribo «Para saber más, deberás contarme tú también noticias. ¿Qué tal con el rubiales? ¿Hubo sexo salvaje?» Me río, sé que a eso no va a contestar.

XXVI

SAM

Bryan hay algo que no sabes, que Abbie no te ha contado. Me sorprende que mi madre no me haya pedido muchas más explicaciones. Parecía algo enfadada cuando he llegado, y sí, me he llevado una pequeña bronca a pesar de haberla avisado anoche de que no vendría, pero eso no ha parecido calmarla demasiado. A veces olvida que ya no soy un niño pequeño e indefenso. Sin embargo, y en el fondo, creo que después de toda la regañina, la he notado alegre, contenta por echarme la bronca, algo que se debe, sin duda, al hecho de que nunca ha podido regañarme por algo así.

Entro en mi habitación y me tiro sobre la cama con cierta brusquedad, aún me dolía la cabeza cuando he salido del apartamento de Abbie y aún me sigue doliendo. Mi cama es tan blandita. Me encuentro boca abajo con la cabeza hundida en la almohada, podría dormirme y no despertar hasta dentro de una semana. Quizá no sea tan mala idea. A medida que pasan los minutos comienzo a ser consciente de la conversación con Abbie, y empiezo a darme cuenta de que se ha acabado. Esta absurda travesía de afrontar los miedos ha terminado. *Amigo, deberías intentar hacer memoria de anoche.* ¿Se supone que no volveré a verla ahora? Eso no me hace sentirme mejor. Saco la cabeza de la almohada y me doy la vuelta aún en la cama. ¿Se supone que ya estoy preparado para pedirle una cita a Zoey? ¿Y por qué aún se me revuelve el estómago solo de pensarlo? *Porque aún no estás preparado y porque creo que te equivocas Bryan, creo que las cosas han cambiado.* Necesito cerrar los ojos y pensar en ello. Necesito dormir un poco.

No hay mucha gente en la cafetería y eso que los lunes siempre se llena a

primera hora de la mañana. Puede que tenga algo que ver con ello las nubes que amenazan con estropear el que parece ser un bonito y soleado día de primeros de junio. Abbie está tras el mostrador atendiendo a la gente, aunque he podido ver en sus ojos grises en cuanto he entrado que algo le reconcome la cabeza. Es tan fácil saber lo que piensa la mayor parte del tiempo. *Bryan céntrate*. Estoy en la mesa de siempre esperando a que Zoey aparezca por la puerta en cualquier momento, sé que lo hará, puedo sentirlo. Hoy es el día. Me he puesto mi mejor camiseta, me he peinado y llevo casi medio litro de colonia encima. Estoy preparado. El único camarero chico de la cafetería ya me ha atendido, un té y una magdalena de chocolate. Como despacio, con pequeños pellizcos. Sé que Abbie me mira atenta y tengo miedo de cagarla. Muevo los dedos de la mano sobre mi pierna sin dejar de mirar hacia la puerta. Tiene que venir, Zoey tiene que venir. *Vendrá Bryan*. Y entonces aparece de la nada, cruza la calle y avanza despacio hacia la puerta de la cafetería. Puedo verla a través de los enormes ventanales. Mis brazos se convierten en gelatina. La puerta se abre y entra junto a dos amigas bastante guapas. Está preciosa, radiante. Lleva puesto un pantalón vaquero y una blusa blanca de tirantes, el pelo le brilla y cae libremente por sus hombros. Es tan guapa que siento que el aliento se me corta al instante. *Tranquilo, Bryan, respira, puedes hacerlo*. Tiene la sonrisa más increíble del mundo, sus dientes son blancos y perfectos y sus ojos de un azul cielo que nubla la vista. Me siento extrañamente capaz y debo aprovechar esta sensación para hacerlo. *Así es, bien dicho*. Es sencillo, solo tengo que levantarme, caminar hacia ella y presentarme. *Va a salir bien, amigo, como has dicho... es sencillo*.

Me levanto, tiro mi camiseta hacia abajo, respiro hondo y comienzo el paso. Solo estoy a unas pocas mesas de ella y puedo sentir sin problemas el calor que desprende. *Vas bien, sigue*. Unos pasos más y rodeo una mesa con dos chicos hablando. Sé que voy a poder hacerlo, siento que puedo y nunca

había sentido esto en los días anteriores. Estoy tan cerca que capto la atención de una de sus amigas, la morena del turbante. Su otra amiga es la siguiente en darse cuenta. Zoey aún no me mira, pero pronto tendrá que hacerlo. *¡Bien hecho valiente!* Me detengo.

—Hoo... la... Hola. —Creo que he chillado más de lo que pretendía hacerlo. *Sí, pero está bien tranquilo*—. Yo Bryan.

Ay, madre. ¿Yo Bryan? ¿Acabo de decir yo Bryan? Van a creer que soy retrasado. Bueno, igual sí, pero aún puedes arreglarlo. Tranquilízate y comienza de nuevo. La expresión de su rostro es extraña, me mira de una forma muy extraña.

—¿Quieres algo? —La chica con el turbante en la cabeza me habla, pero no puedo apartar mis ojos de Zoey—. ¡Oh! ¿Eres de alguna asociación de discapacitados o algo así?

¿Cómo? ¡Bryan, retírate, esto no está yendo nada bien!

—No. —Ni siquiera sé qué pensar sobre ello—. Yo solo, bueno solo quería... yo.... soy Bryan.

Madre mía, Bryan... ¡Huye!

—Perdonar ¿queréis algo más para tomar? —Abbie se cuela como una superheroína, manteniéndose a mi lado.

—No, solo la cuenta. —Zoey quiere irse, es evidente.

Noto la mano de Abbie agarrar mi brazo y estirar con fuerza. Estoy en shock así que no opongo demasiada resistencia. Me aleja de Zoey y sus amigas sin borrar de su cara una extraña sonrisa que se dibuja en ella. No deja de arrastrarme hasta que estamos lo suficientemente lejos, a medida que la distancia entre Zoey y yo aumenta mi cabeza comienza a ser consciente de lo que acaba de pasar hace unos segundos. Qué vergüenza.

—¿Qué haces? —Arruga la frente en una mezcla de confusión y horror. Hasta ella parece creer que pertenezco a una asociación de ese tipo—. ¿Qué

se supone que ha sido eso?

Ha abierto sus enormes ojos grises al máximo, sus cejas están extremadamente alzadas y su boca abierta. Ha sido penoso, lo sé, soy consciente. *Sabes, colega, no creo que seas del todo consciente de lo que acaba de ocurrir.*

—Pues, yo intentaba... —A quién pretendo engañar, eso que acaba de suceder ni siquiera se podría considerar un intento de nada—. Dijiste que estaba preparado.

—Y es evidente que me equivoqué. —Sigue con la expresión de horror en su cara. *No me extraña, ha sido bastante triste.*

—Me he quedado en blanco, solo eso.

Solo necesito unos días más y lo haré. *¿En serio?*

—¿Cómo puedes haberle contado a una desconocida tus problemas, haberte ligado a una rubia explosiva en una fiesta y ser incapaz de decir tu nombre en una misma frase delante de... esa? —Parece enfadada, también sorprendida.

—Yo, Abbie, yo...

Sé que debo callarme que no debo seguir dando excusas, ha sido penoso, triste, vergonzoso.

Mi rescatadora relaja los hombros, parece calmarse poco a poco. Desvía sus ojos a otro punto detrás de mí que no logro ver, suspira unas cuantas veces, e incluso se muerde el labio muy sutilmente como si estuviera pensando que es lo que va a decirme. *Y todo lo que te diga será cierto. Bryan, vamos, solo es una chica más.* Espero de pie en silencio frente a ella, me paso la mano por el pelo y aguanto el chaparrón que está a punto de caerme, y con toda la razón del mundo.

XXVII

JIMMY

Ha sido espantoso, pero tiene un cierto encanto, eso no puedes negarlo. Ni siquiera sé cómo voy a decírselo. No soy capaz de entender de qué manera esa chica logra convertirlo en el tipo más inseguro del universo. Es absurdo, mucho más que absurdo. En cuanto lo he visto levantarse y caminar hacia ella me he puesto nerviosa. *Sí, aunque no por lo que te empeñas en creer.* Pero en cuanto he comenzado a escucharlo creía que había perdido el habla, y sí, algo retrasado me ha parecido. Pero no puedo ser tan dura, no si me mira con esos ojos azules con tanta pena.

—De verdad que no lo entiendo Bryan. —Me he calmado y la observo desde lejos, ni siquiera es tan guapa—. Debe parecerte una diosa para empequeñecerte tanto.

Sigue sin decir nada, pero sé que me escucha. Puedo ver a Zoey y a sus amigas levantarse de las sillas cuchicheando y salir de la cafetería. Es evidente que aún no está listo. *Bueno, tú tampoco.*

—Lo tenía todo bajo control, Abbie, pero ha sido tenerla cerca y yo... — Ni siquiera es capaz de terminar la frase. No hace falta, lo he escuchado, lo he visto yo misma.

—Bryan... —Necesita saberlo—. Sabes que, aunque te falte una pierna eso no te hace ser menos ¿verdad?

No puede creerlo, pero necesito oírlo. Es el mejor chico que he conocido en mucho tiempo, no puede pensarlo, me niego a que crea algo así de sí mismo. Pero entonces ¿Por qué no contesta? ¿Por qué sigue callado? Frunzo el ceño, quiero que sepa que espero una respuesta.

—Abbie yo... —Sus ojos azules brillan y temo que realmente crea eso.

—Bryan ¿lo sabes verdad? —Lo repetiré tantas veces sea necesario, tantas veces necesite oírlo, porque me niego a que piense que...

—Tengo que irme. —Aparta su mirada de mí—. Adiós, Abbie.

No vuelve a levantar la mirada del suelo y siento que está huyendo. Que está huyendo de mí. *Abbie deténlo*. Y no sé qué decirle, no sé qué puedo decirle para que no se marche de nuevo. Chris me observa desde el mostrador, parece realmente preocupada. No me doy cuenta cuando lo cruza y se aproxima a mí.

—¿Estás bien Abbie? —Pone su mano en mi hombro y me observa asustada.

La calle está llena de gente, gente por todas partes. Cece me ha traído a Manhattan, a St. Nicholas Avenue frente a la 181th Street, y yo simplemente me he dejado arrastrar con ella. Estamos las dos solas paseando por la calle rodeada de pequeños y estafalarios puestos callejeros. Algunos venden ropa de segunda mano, otras antigüedades, otros libros y algunos pocos discos de vinilo. Reconozco que necesitaba despejarme un poco, no he sabido nada de Bryan desde el ridículo de ayer por la mañana en la cafetería. A Cece no se lo he contado, especialmente porque tampoco sabe nada de Zoey y de las historias que Bryan se trae en su cabeza. Pero sé que me ha notado callada y distante, de hecho, desde el sábado por la mañana y su mensaje he preferido mantener cierta distancia prudencial, estaba demasiado vulnerable y no hubiera resistido a su insistente interrogatorio. Nos hemos parado en un pequeño puesto de pañuelos de colores y Cece ha cogido dos y se los coloca en la cabeza con cierta burla, pretende hacerme sonreír, lo logra a medias.

—¿Cuál crees que me queda mejor? —Sigue atada a esa silla de ruedas. Bryan también tuvo que haberla usado después de perder su pierna, no lo había pensado hasta ahora—. ¿Y bien Abbie?

—El azul.

—El azul me gusta, sí. Me lo quedo.

La dependienta se encuentra a unos pasos de la silla de Cece, de hecho, no se ha apartado de ahí desde que nos hemos puesto a mirar los pañuelos.

Seguimos avanzando y empujo con fuerza y cuidado la silla de Cece.

—¿Alex no viene?

Me dijo que lo haría. He comenzado a cogerle cierto cariño. *Y no es al único al que has cogido cariño.*

—Tenía no sé qué, pero igual se pasa luego. —Cece se ha hecho una coleta y le cae increíblemente lisa por el hombro, por la parte de delante—. Para, Abbie, mira ese vestido. ¡Te quedaría genial!

Me veo obligada a parar de nuevo. Cece le ha hecho al chico del puesto callejero bajar el vestido del hierro donde estaba colgado. Reconozco que tiene buen gusto, es bonito. Se trata de un vestido floreado con escote en uve, con un lazo de la misma tela rodeando la cintura, la falda cae con cierto vuelo y se detiene antes de llegar a la rodilla. Cece me lo extiende y yo lo cojo y hago como si me lo probara por encima.

—No está mal.

—Seguro que estás preciosa con él, aunque creo que estarás preciosa con lo que te pongas.

Ni siquiera me había fijado en el chico que nos atiende, no es mucho mayor que yo. Sonríe. Cece alza una ceja, creo que le parece un chico guapo.

—Me lo llevo —digo con tal de alejarme de allí lo antes posible.

El chico coge el vestido y se aleja para poder meterlo en una bolsa. Me alivia ver que se distancia.

—Sabes que te dije que no preguntaría, qué me contarás lo que quisieras contarme, pero ¿Abbie se puede saber qué te pasa? —Noto en su timbre de voz preocupación.

El chico vuelve con mi vestido en una bolsa y yo saco el dinero y pago. Quiero irme, quiero caminar y no detenerme. *¿Volvemos al principio Abbie?* Vuelvo a agarrar la silla de Cece, necesito un poco de silencio si voy a contárselo. Me alejo con ella un poco del montón de gente y del mercadillo. Ahora mismo necesito una amiga más que nunca. Me detengo junto a un enorme árbol en lo que parece ser una plaza abierta, rodeando el árbol un banco de piedra. Detengo la silla junto al banco y me siento a su lado.

—¿Recuerdas qué te dije que lo estaba ayudando? —Debo ser sincera y debo comenzar por el principio.

—¿A Bryan? Sí. —Sigue observando curiosa.

—Lo ayudaba a... pedirle una cita a la chica de su vida.

Y un nudo se forma en mi garganta cuando digo «la chica de su vida».

—Bueno, ya me dijiste que estaba enamorado de una, aunque no imaginaba que era a eso a lo que le ayudabas, de hecho, no parece tener problemas para...

—Me besó. —No lo había dicho en alto, ni siquiera lo había pensado. *Pero lo hizo, Abbie*—. El viernes cuando se quedó en mi casa, él me dijo que... era la chica más increíble que había conocido y me besó.

El silencio me ahoga. Prefiero a la Cece que me echa la bronca todo el tiempo, que me riñe por ser una borde.

—Bueno y... ¿Habéis hablado de eso? —Pone su mano sobre la mía, está caliente, es realmente suave.

—Cece no creo que pueda hablar de algo que no recuerda en absoluto.

¿Y si solo fue un acto impulsivo de un tipo borracho? Abbie ¿no puedes creer eso? Sabes que no lo fue. Al menos para mí no lo fue.

—Pero tienes que contárselo, Abbie, él tiene que saber que...

—¿Qué? Ayer se acercó a ella para pedirle la cita, no lo dudó. Entró en la cafetería, se sentó y finalmente le echó el valor para hacer lo que sentía desde

hacía mucho tiempo. No me miró, ni siquiera se acercó a mí, nada.

—Abbie, no creo que haya dejado de sentir o pensar lo que te dijo, pero los tíos a veces pueden resultar...

—Cece creo que me gusta, que me gusta demasiado. —Es extraño decirlo, escucharlo.

—Lo sé. —Sus ojos están tristes, pero seguros. ¿Cómo puede saberlo? Yo no lo sabía—. Quizá ahora deberías ser tú la que le echara valor y decírselo.

Cece tiene razón, es tu turno. ¿Decírselo? Ni siquiera creo que quiera volver a verme nunca más, no después de lo ocurrido.

XXVIII

LUCY

Mamá no la juzgues, todavía no. Es extraño tenerla aquí de nuevo. Bryan vino a visitarme ayer por la tarde, pero no esperaba volver a verla. Sigue siendo una chica bastante callada y reservada, lo observa todo con detenimiento y curiosidad.

—¿Y cómo se encuentra señora Ebert? —Parece educada al menos.

—Muy bien. ¿Y tú? Bryan vino ayer por la tarde, es un chico maravilloso. De hecho, me sorprende que sean amigos. *Vamos, mamá, no la conoces.*

—Sí lo es. —Vuelve a beber de la taza.

Me siento ciertamente incómoda. No entiendo muy bien qué se supone que hace en mi casa. *Sabes, creo que viene a ayudarte.* La observo detenidamente, es una chica bastante peculiar, con una belleza más bien atractiva que guapa; especialmente por esos enormes ojos grises. Me sirvo más té en la taza.

—Y... bueno, dime ¿vives por aquí cerca? —Quizá eso explique qué es lo que hace en mi casa.

—La verdad es que no, vivo en la ciudad de Nueva York. —Sigue observándolo todo.

—Vaya... ¿y has venido adrede a visitarme? Debería sentirme halagada.

—Sonrío, pero hay algo en ella que no me gusta.

—Pensé que estaría bien visitarla.

Vuelve a beber de la taza, la noto incómoda.

—¿De verdad? Vaya eso es estup...

—Lo cierto es que no. —Interrumpe de pronto. Cambia de repente su expresión, ahora se muestra extremadamente seria.

—¿Disculpa? —digo confusa.

No sé si estoy entendiéndola bien, pero... *mamá déjala hablar.*

—Señora Ebert. —Se aproxima a la mesa y deja sobre ella la taza—. Yo perdí a mi hermano hace algo más de un año y creí que no podría superarlo. — Se sincera sin más. ¿Por qué me cuenta esto? Ahora puedo entender muchas cosas. *Mamá, en ella puedes entenderlo y tú...* —. Me pasé las primeras semanas encerrada en mi casa, me negaba a ver a nadie y acabé ahuyentando a todos mis amigos, pero no me importó absolutamente nada en aquel momento. Después... después culpé a mis padres porque era incapaz de comprender cómo podían seguir, cómo podían continuar con sus vidas sin más cuando él ya no estaba. Y me marché, ni siquiera les dije a dónde iba a irme, simplemente hice las maletas y me marché. No soportaba seguir una vida en la que él ya no estaba. Y acabé en Nueva York, dónde siempre había querido vivir, pero no me sentí mejor. Después... me limité a fingir, a no tener demasiados vínculos con nadie y creía que me iba bien, que el plan funcionaba y entonces apareció Bryan, su inseguridad, su encanto... y mi mundo volvió a perder el sentido y el plan se vino abajo.

Se ha detenido, pero puedo ver las lágrimas en sus ojos. Sé lo que es sentir eso. *Claro que lo sabes mamá.* Abbie tiene que apartar sus ojos de mí un momento, puedo sentir su dolor, de hecho, siento un dolor tan fuerte en el pecho que quizá debería pedirle que se marche, decirle que lo siento mucho, que es una tragedia, pero que debe irse. *No, mamá, no hasta que termine.*

»Bryan me reparó de algún modo que no sé ni comprendo, pero le aseguro, señora Ebert, que pretende hacer lo mismo con usted y que no va a rendirse en absoluto. Así que puede fingir que no sale de casa porque tiene agorafobia o puede reconocer la verdad, una verdad que va a destrozarla, que la hará llorar muchísimo y que dolerá, que siempre va a doler. Pero le prometo que llegará un momento en que solamente pueda recordar las cosas increíbles

y... sonría y se enfada de nuevo y vuelva a echar de menos.

No es cierto, nunca se puede recordar sin dolor. *Mamá se puede, con el tiempo se puede.* No puedo. *Claro que puedes.*

»Señora Ebert soy consciente de que ahora mismo debo ser la persona que más odie en este mundo. Que se muere de ganas de echarme a patadas de su casa y no volver a verme, pero por algún motivo sigo aquí sentada y usted sigue escuchándome.

—Debería irse, Abbie. —*Mamá no lo hagas.*

—Por supuesto. —Se levanta del sofá y puedo oír el ruido del plástico, nunca he soportado el maldito ruido que hace el plástico de este sofá—. Buenas tardes, señora Ebert.

Se mueve y rodea el sofá verde de mi salón y parece marcharse con tanta serenidad que me asusta. *Detenla mamá.* No puede sentir esa calma, no después de haber venido hasta mi casa para alterarme, para ponerme nerviosa. *Mamá piénsalo. ¿Por qué te altera? ¿Por qué te pone nerviosa?* Solo es una niña mal educada que le pierde demasiado la lengua. *Solo es sincera.* No quiero que vuelva, no quiero que vuelva nunca. No me encuentro bien, me sudan las manos y se ha formado un dolor en el pecho. Está a punto de salir de casa, de abrir la puerta y marcharse para siempre.

—¡Nunca va a dejar de doler!

No sé por qué lo he dicho, pero consigo que se detenga con la puerta abierta. *Mamá está bien.*

—No, no lo hará señora Ebert. —Se da la vuelta y vuelvo a tener esos ojos grises mirándome—. Pero podrá seguir, de algún modo podrá hacerlo.

No puedo. *Sí puedes, mamá.* No quiero.

—No quiero vivir en un mundo en el que ni Jerry, ni Lucy estén. No puedo.

No es posible, no lo es. *Mamá lo has hecho, lo has hecho.*

—Lo sé, pero debe hacerlo. —Se acerca a mí—. Debe hacerlo porque ellos querrían que lo hiciera.

No puedo. *Pero tienes que hacerlo mamá, Abbie tiene razón.* Me coge las manos, y solo entonces me percato de su movimiento: estoy temblando.

—¿Quiere que me quede un rato más con usted? —Tiene los ojos hinchados, brillantes, llorosos.

No estoy preparada para esto, aún no lo estoy. *Mamá han pasado cinco años, lo estás, debes estarlo. Debes seguir con tu vida. Lloro, llora cuanto quieras y necesites hacerlo porque Abbie tiene razón, algún día sin más, dejarás de hacerlo.* Mi casa se ha empequeñecido. Ya no me importa que la puerta esté abierta, que la suciedad esté entrando, de hecho, creo que en cuanto Abbie se marche voy a quitar los plásticos de los sofás porque odio *el ruido que hacen cada vez que te sientas en ellos. Yo tampoco lo soporto, mamá.* Quizá incluso me deshaga también de las bolsas de plástico para los zapatos porque, de hecho, no me visita tanta gente como para tener que comprarlas. Quizá retome mi libro de recetas, tengo muchas ideas y tengo que probarlas todas. *Sí, mamá, hazlo. Hazlo todo.*

—Señora Ebert ¿Quiere que me quede? —Sigue sosteniendo mis manos entre las suyas, son suaves.

Tal vez no sea tan mala idea que se quede un rato más, parece una buena chica.

—Claro, Abbie. Entra, sacaré algunas galletas.

Y la dejo entrar, y ella vuelve avanzar por mi salón. Se detiene tras el sofá verde y gira su rostro para poder mirarme. Me recuerda a mi pobre Lucy. Me acerco a la puerta despacio, pero cierro con fuerza.

XXIX

SAM

Sabes, Bryan, echo de menos momentos como esos. Hemos tenido suerte amigo, por las familias que nos han tocado. La canción suena mucho mejor ahora, terminada del todo. Recuerdo habérsela cantado a Abbie y recuerdo sus lágrimas. El jardín está precioso en estas fechas del año. Verde. Floreado. Hace un par de noches que ayudé a mamá a sacar la mesa de madera del garaje y ahora comemos y cenamos allí fuera desde entonces. No he podido sacarme de la cabeza a Zoey, pero tampoco la expresión de Abbie. Sé que tiene razón, que mi problema deriva precisamente de ese horrible pensamiento de ser menos que Zoey. Bryan, vales mucho, demasiado quizá para una chica como ella.

Estoy sentado en el pequeño banco de madera junto a la valla del jardín trasero, tapada por completo por altos y espesos abetos. Tengo la guitarra entre mis brazos y puedo sentir la suavidad de la madera, la presión de las cuerdas. Debería haberla llamado, debería haber cogido el teléfono y haber llamado a Abbie después de lo sucedido, pero dudo que quiera saber nada más de un tipo que es capaz de hacer el ridículo de esa manera.

Ya está anocheciendo y las primeras estrellas de la noche van apareciendo poco a poco en el cielo.

—Bryan. —Es la voz de mamá—. Tenemos visita.

Giro mi cara y puedo ver a mamá en el umbral de la puerta, junto a ella está Abbie y puedo sentir un extraño nudo en mi estómago. No creí que me alegrara tanto volver a verla. *Claro que te alegras, colega.* Mamá sonrío antes de volver a marcharse, Abbie cruza el marco y comienza a caminar por el

jardín. Mira el cielo, no parece enfadada, de hecho, parece extrañamente serena. ¿Qué está haciendo aquí? *Eso no importa Bryan, está aquí.* Dejo la guitarra sobre el banco de madera y me levanto, me gustaría decirle lo feliz que soy ahora mismo de tenerla conmigo, pero no lo hago.

—Pasaba por aquí y pensé en hacerte una visita. —Sonríe y su sonrisa es... *espectacular, sí*—. Tu madre ha insistido y me quedaré a cenar. ¿Sino te importa?

¿Importarme? Vuelve a clavar sus enormes ojos grises en mí. Hace solo unos días que la vi por última vez, pero... *pero te alegras de verla de nuevo, lo sé. Díselo.*

—No creo que mi madre hubiera permitido que dijeras que no, así que... —Sonrío, puedo ver que ella también—. Así que... ¿pasabas por aquí? Queda lejos de tu casa.

Sonríe, pero no contesta. No me importa el motivo que la haya traído a casa, no me importa... porque está aquí. *Bryan es eso, todo lo que creíste que sentirías cuando por fin estuvieras con Zoey, es eso. Sé que no puedes oírme y que tampoco puedes verlo, pero tienes que escucharte, hazlo.* Me acerco a ella y me parece increíble que después de todo siga ahí, como el primer día que un loco decidió contarle su secreto.

—¡Chicos podéis poner la mesa, la cena ya está! —Mamá grita desde la cocina.

—Será mejor que le hagamos caso. —Abbie ha aprendido bastante rápido que cuando mi madre dice algo, se hace.

Cenamos en el jardín. Mamá ha preparado unos filetes de lomo y algo de verdura de guarnición. Hace una noche estupenda. Las luces exteriores están encendidas y es genial. Mamá, quien preside la mesa, es la primera en comenzar a servirse y Abbie la imita. Yo estoy sentado a su izquierda y Abbie a su derecha, justo delante de mí. No parece borrar de su rostro su pequeña

sonrisa y sus hoyuelos, son tan graciosos.

—Me alegro de que hayas venido, Abbie, Bryan lleva un par de días sin salir de casa. —Sé que mamá intenta conseguir una información que yo no le he dado.

—Mamá he salido de casa, ayer fui a matricularme —digo sabiendo que Abbie no lo sabe. Cojo los pimientos.

—¿Matricularte? —Ella se echa unos pocos guisantes en su plato, pero se detiene para mirarme con cierta confusión.

—Sí, Bryan se matriculó ayer en la Universidad de la Ciudad de Nueva York, en música. —Mamá no parece haberse dado cuenta que los dos permanecemos callados mirándonos—. ¿No se lo has contado, hijo?

Le dije que lo estaba pensando, que quizá lo hiciera, no que iba a hacerlo. Abbie me mira en silencio y nuevamente soy incapaz de saber en qué está pensando, qué pensará de todo esto.

—Claro, Martha, me lo contó. —Miente. Sonríe, pero no sé interpretar sus pensamientos—. Es genial.

—Sí que lo es. Y me alegro de que por fin tomara una decisión. —Mamá no sabe que Abbie fue parte de esa decisión.

—Bueno no fue una decisión demasiado complicada. Me gusta la música. —Ni siquiera necesité una audición para demostrar nada, por lo visto tendré que empezar de nuevo. De cero—. ¿Y tú Abbie? ¿Vas a volver a estudiar Arte?

—¿Estudiabas Arte? —Mamá escucha, pero está tan concentrada en su plato que no puede ver nuestras caras.

—Sí, estudiaba Arte. —Aparta sus grandes ojos grises de mí y empieza a comer en silencio, espero no haberme precipitado, ni haberla incomodado—. Aún estoy pensando que voy a hacer, tardo en tomar decisiones mucho más tiempo que Bryan.

Sonríe y coge los cubiertos para cortar en pedacitos pequeños la carne. De postre, mamá saca una pequeña tarta de queso que ha hecho esta mañana. A Abbie parece gustarle bastante y mamá está encantada. Cuando la miro siento que la conozco desde hace mucho más que dos semanas y es extraña la sensación. Mamá y ella ríen y yo desearía meterme bajo la mesa. A mamá le ha dado por contar detalles míos de cuando era pequeño que me avergüenzan demasiado. *Bryan, amigo, te ha visto hacer lo que hiciste el lunes delante de esas tres chicas y está aquí, créeme, jamás podrá avergonzarte algo de ti después de eso.*

Es extrañamente relajante escuchar sus risas y, aunque siento que estoy colorado, no puedo evitar reírme yo también con ellas. Mamá le cuenta la vez que salí corriendo por el vecindario completamente desnudo con seis años porque no quería ducharme y mi padre se le olvidó cerrar la puerta. Recuerdo aquel día. *¿En serio Bryan? Quizá sí pueda avergonzarse de ti después de todo.* Miro sus ojos, su sonrisa, la luz que mágicamente desprende. Nunca había conocido a una chica con ella.

Nos hemos levantado y comenzamos a llevar los trastos a la cocina. Mamá se ha puesto en el fregadero a enjuagar la cubertería antes de meterla en el lavavajillas. Abbie se ha puesto con ella y se encarga de ayudarla. Es una imagen agradable verlas a las dos extrañamente cómodas charlando y riéndose, no creí que una chica como Abbie lograra congeniar con mi madre en ningún universo posible. *Pero lo ha hecho.* Casi siento que estoy de más en esta cocina, así que lo mejor será dejarlas allí mientras yo vuelvo afuera a por las últimas cosas. Hay muchas más estrellas en el cielo que antes y el silencio que se respira es increíble. Siento que podría pasarme toda la noche agarrado a mi guitarra y no soltarla hasta que amaneciera.

Me acerco a la mesa y cojo algunas de las cosas, sé que, a pesar de cargar con el mayor número de trastos, voy a tener que volver hacer al menos

otros dos viajes. Pero no me importa. Cierta felicidad recorre mi cuerpo, y ni siquiera sé a qué se debe.

Pues yo sí.

XXX

JIMMY

Me gusta verte sonreír Abbie, tienes una sonrisa preciosa, deberías mostrarla más a menudo. Martha es encantadora. Puedo notar cuanto quiere a Bryan y lo fuerte que es, Bryan ha tenido que sacar su fuerza de ella. No ha dejado de contarme anécdotas del pequeño de ojos azules y yo no he dejado de reírme de él ni un segundo. Por las expresiones de él, juraría que no parece hacerle tanta gracia, pero no puede evitar dejar escapar alguna pequeña sonrisa. Tuvo que ser un niño demasiado inquieto. *Bueno, tú también fuiste una niña inquieta.* Bryan sale y entra de la cocina cargado con trastos, mientras Martha y yo nos encargamos de enjuagar y meter la cubertería en el lavavajillas. Cuando aún vivía en Carolina del Sur solía ayudar a Susan con las tareas del hogar, me gustaba verla trabajar. *Y ahora eres un desastre, muy bonito.*

—Espero que Bryan no sea muy duro contigo, a veces es demasiado... — Martha ha bajado el tono de voz con cada palabra—. Correcto.

Debe haber intuido a la perfección que yo no soy ese tipo de chicas *correctas*. Sonrío, aunque sé que no puede verme hacerlo.

—Bryan es un buen chico.

Sé que su madre ya debe haberlo averiguado.

—Tú también. —Reconozco que no me lo esperaba. *Pero tiene razón*—. Ha pasado demasiado tiempo alejado del mundo, de las cosas normales de un chico de su edad, pero contigo vuelvo a ver en sus ojos esas ganas de comerse el mundo.

Martha es una buena mujer, pero aún más es una buena madre. Cuando

conocí a Bryan era evidente que no había vivido demasiadas cosas, pero nunca tuve esa sensación con él de que no pretendiera comerse el mundo.

—Es muy fuerte.

Tampoco se rindió conmigo después de todo. *No, no lo hizo y creo que aún no lo ha hecho.*

Martha se detiene para contemplarme, tardo unos segundos en darme cuenta. Ahora que la tengo tan cerca puedo darme cuenta de sus ojos azules, los mismos ojos azules de Bryan.

—Sabes, Abbie, mi hijo siempre ha creído en lo bueno de todo el mundo. Cuando su padre se marchó no se enfadó, nunca me ha dicho que lo odiara por lo que hizo, nunca. Un mes después de que desapareciera de nuestras vidas salió el tema y me miró, me cogió la mano y me dijo «está bien mamá, no todo el mundo es tan fuerte y papá no lo ha sido, pero está bien». —Su voz retumba en mi cabeza. Puedo ver el dolor de una madre que debe escuchar esas palabras de su hijo. Yo también me quedo sin habla, sin respiración y no entiendo cómo es posible que Bryan siga sorprendiéndome cada día más—. Abbie, oí a ese hombre con tanta fuerza que creí que también ese odio llegaría a Bryan y después, se desvaneció.

—Ese es el poder de Bryan, consigue que ese tipo de cosas se desvanezcan —confieso.

Y es cierto, yo también lo he vivido, lo he sentido.

Martha pasa su mano por mi mejilla y está fría y aún algo mojada, pero no me importa. Mientras Bryan conduce para llevarme a casa sigo recordando una y otra vez las palabras de la señora Scott grabadas a fuego en mi cabeza «está bien mamá, no todo el mundo es tan fuerte». No necesitaba saber más sobre él, ya tenía bastante con lo que yo misma había descubierto, que es un chico increíble.

—¿En qué piensas? —Sigue con la mirada al frente, pero ha debido notar

el silencio que mantengo desde que salí de su casa—. Espero que mi madre no te haya seguido contando cosas bochornosas sobre mí.

Ni siquiera es consciente de que es la mejor persona que he conocido en mucho tiempo. Me abruma.

—No, se detuvo con tu experiencia nudista a los seis años. —Río, no quiero seguir pensando en las palabras de Martha.

—No debería haberte contado eso.

Sé que le avergüenza, sus mofletes han cambiado sutilmente de color, es gracioso.

—Todos tenemos anécdotas de ese tipo, Bryan, quizá no tan provocativas, pero las tenemos.

Vuelo a reírme y veo en su rostro, que sigue rígido con la vista en la carretera, dibujarse también una sonrisa.

—¿A sí? —Me mira de soslayo—. ¿Y cuál es tu anécdota vergonzosa? —Levanta una ceja y sonrío. No pienso contárselo.

Vamos, Abbie, cuéntaselo, fue gracioso y no fue para tanto. No, no voy a hacerlo.

—No voy a contártelo.

Fue una tontería de niños, pero no lo sabrá.

—¡Venga ya Abbie! Tú puedes conocer mis oscuros secretos y yo lo tuyos no. No es justo, no es nada justo. —Vuelve a dirigir sus ojos azules a la carretera, pero se ríe.

—Bueno, Bryan, la vida no es justa. —Intento ocultar mi sonrisa, pero es imposible.

He pensado en la señora Ebert durante la cena. Bryan no sabe que ese ha sido el motivo por el cual estaba en Brooklyn un miércoles a esas horas de la tarde. Lo cierto es que solamente me dejé llevar, sentí que de algún modo podía consolar a alguien que también sabe lo que es sentir esa presión en el

pecho que te aprisiona constantemente desde hace tiempo. Miedo. Solo después de salir de su casa he sido consciente de que quizá he podido resultar demasiado dura con Alice, pero debía hacerlo. *Has hecho bien Abbie*. Giro mi rostro y puedo verlo ahí, y lo cierto es que solo quiero gritarlo. *Grítalo Abbie*. Estoy intentando que este chico se declare a otra y yo no soy capaz de seguir mis propios consejos. *Estás asustada, es normal*. Sería tan fácil decirle que no quiero que vaya con Zoey a ninguna parte, ni que se acerque a ella, ni que le confiese lo que siente. Pero lo siente. *Quizá no Abbie, quizá solo esté confuso*. Y eso es lo que voy a hacer, ayudarlo. Porque fue lo que le dije que haría y porque es lo que voy a hacer. Ya hemos cruzado el puente de Brooklyn y estamos cerca.

—Abbie siento lo del... lo del lunes. Fue bastante penoso, lo sé. —Su tono de voz ha cambiado.

—No estabas preparado. —Creo que yo tampoco. *Abbie, no*.

—Fue vergonzoso, mucho.

Sí que lo fue, pero ni siquiera es culpa suya.

Abbie no lo hagas.

—Pero aún tenemos tiempo, nos precipitamos, nada más. —Me sudan las manos. *Abbie déjalo ya ¿me oyes? Para*.

—¿Tenemos tiempo? —Sé que me observa, pero soy incapaz de sostenerle la mirada.

—Claro. ¿No creerás que me he rendido tan pronto? —Ni siquiera sé que estoy haciendo. Debería parar, parar con todo esto. *Sí, deberías*.

—Vamos, Abbie, tú me viste, no creo que tenga arreglo.

Está a punto de detener el coche.

Todo tiene arreglo, eso también me lo ha enseñado él. Hasta yo creo que me estoy arreglando de algún modo. *Pero volverás a romperte si continuas con esto*. Bryan detiene el coche. Tengo una idea genial para matar dos pájaros

de un tiro.

—Mañana. Te veo mañana a las cinco y media frente al Museo Metropolitano y no valen excusas de ningún tipo.

Sé, por otra parte, que no se excusará.

—¿Para qué? —Frunce el ceño, y sé que ni siquiera puede imaginárselo. Tendré que llamar a Cece para pedirle nuevamente otro favor.

—Si quieres saberlo tendrás que estar allí a las cinco y media. —Abro la puerta del coche y bajo, la ventanilla está bajada así que me apoyo en ella para poder verlo—. Hasta mañana exhibicionista.

Me doy la vuelta y me alejo. *¿Pero qué estás haciendo Abbie?*

XXXI

SAM

Bryan espero que estés preparado para absolutamente cualquier cosa, con esta chica nunca se sabe. Siempre es puntual, por eso me extraña que lleve diez minutos de retraso. Hace un sol espléndido todavía y no paran de entrar y salir gente del Museo, quizá Abbie quiera que entremos a verlo y por eso me ha citado aquí con ella. *Venga, Bryan, no puedes creer realmente eso.* Estoy sentado en las escaleras que conducen a la enorme puerta del Museo. Algunos taxis esperan a las puertas a causa de la gran cantidad de turistas que visitan una de las maravillas de la ciudad de Nueva York.

Acaba de pasar por mi lado una pareja con dos niños hablando lo que parece ser español. No muy lejos de mí algunos otros esperan sentados en las escaleras o simplemente hablan. Mis ojos se detienen en un taxi que para justo delante, la puerta se abre y de él baja Abbie. Está radiante y lleva encima... espera ¿Eso es lo que creo que es? *Sí, Bryan, lo es.* Camina hacia mí con una sonrisa en su rostro que me asusta. Lleva puesto un vestido rojo que se ciñe a su cuerpo y que deja al aire sus *bonitas piernas.* *Ay, Bryan ¿Sabes lo que yo le haría si estuviera allí?* Me he quedado sin aliento. *Y yo amigo.*

—Lo sé, llego tarde, pero todo es culpa de Cece —farfulla aproximándose a donde me encuentro. Estoy tan asombrado que ni siquiera la escucho—. Y antes de que digas nada quiero que sepas que vas a hacerlo y que no importa lo que...

—Estás preciosa. —Se escapa de mis labios, pero, espera ¿por qué lo he dicho? *Porque es verdad amigo mío, muy cierto.*

Abbie detiene su paso a unos metros de distancia de mí, también ella

parece sorprendida por mi comentario. Estoy de pie y nervioso, y no precisamente por haber descubierto que lleva consigo una guitarra dentro de una funda. *Bryan di algo, vamos.* Creo que voy a balbucear en cualquier momento.

—Gracias —responde extrañada—. Bueno, lo que te estaba diciendo, vas a hacerlo.

—¿El qué?

¿Cómo que el qué Bryan? Ya has olvidado para que sirve una guitarra. Céntrate.

—Tocar. ¿Qué si no? —Vuelve a retomar el paso y se detiene al llegar a mi altura.

—Abbie yo no toco en público, ya te lo dije.

No creo que pueda. *¿Crees realmente qué va a escucharte?*

—¿Y yo qué soy? Tocaste delante de mí. —Ha apoyado la guitarra en uno de los escalones y comienza a sacarla de la funda. No puedo. *Claro que puedes, vas a arrasar amigo—.* Puedes tocar lo que quieras, no me importa.

No creo que me esté escuchando. *No lo hace.* Y si lo hace me ignora. Yo no voy a tocar delante de toda esta gente, me niego. *Como si negarte fuera a detenerla.* Ya sostiene entre sus manos la guitarra y espera frente a mí en silencio sonriendo, pero se avecina en su rostro un fruncimiento de ceño.

—Abbie no voy a tocar en plena calle. —Insisto. Quiero sonar tajante, seguro.

—No nos iremos de aquí hasta que lo hagas. Tú decides.

Y extiende sus brazos con la guitarra entre sus manos, sigue esperando.

No voy a hacerlo. *Claro que vas a hacerlo, esa chica tiene un poder sobre ti que desconoces.* Si me hubiera dicho de qué se trataba me hubiera negado y nos habríamos ahorrado todo esto. No voy a hacerlo. Me niego.

Estoy rodeado de gente por todas partes, nadie parece reparar en mí y

casi lo prefiero. Abbie espera a unos pasos de distancia con una de esas sonrisas salvajes y ganadoras. Sostengo entre mis manos la guitarra y puedo ver a la gente subir los escalones del Museo por mi lado izquierdo. Noto demasiada saliva en mi boca, me sudan las manos y sé que voy a ser incapaz de entonar ni una sola nota. Esto es absurdo, absurdo y ridículo. ¿Es qué no tuvo suficiente con el bochorno del lunes? Es evidente que no. *Vamos, Bryan, empieza.*

—Esto no va a servir, no va a funcionar. —Parezco una estatua de piedra con una guitarra entre las manos.

—¡Vamos Bryan! ¿Qué es lo peor que podría pasar?

Ni siquiera es consciente de que Sam siempre me decía exactamente lo mismo. *Y sigo haciéndolo, aunque no puedas oírme.* De repente siento una pequeña fuerza que empuja desde mi interior.

Joder, Sam, no sé cómo puedes seguir haciéndolo. *Esa chica lo hace por mí ahora Bryan. Toca.* Mis manos van solas y me encuentro tocando el comienzo de «Far from here» del grupo irlandés The Coronas y me siento fuerte. La gente comienza a escuchar, pero yo no puedo apartar la mirada de Abbie que me observa extrañamente feliz a unos pasos de distancia. Solo puedo ver sus ojos grises, solo puedo ver lo genial que le queda ese explosivo vestido rojo. La gente comienza a rodearme y cada vez me cuesta mucho más encontrar a Abbie que, sin embargo, sé que sigue allí entre todo ese montón de personas. No puedo creerme que lo esté haciendo. La gente aplaude, muchos me han echado dinero en la funda de la guitarra que Abbie abrió y colocó delante. A la primera canción le sigue otra y otra y puedo sentirme maravillosamente libre. Me siento libre y no quiero parar. *Pues no lo hagas amigo, no lo hagas nunca porque lo has conseguido.*

En algún momento de la tarde «No sin ti» comienza a sonar y me veo obligado a cerrar los ojos para poder seguir con los pies en el suelo. Quizá

solo me acompaña esa desconocida guitarra, pero puedo escuchar en mi cabeza todos los demás instrumentos que, sin duda, convertirían esta melodía en una maravillosa canción. *Bryan estoy orgullo de ti, lo has hecho.* Puedo ver a Abbie en la cafetería con el delantal negro atendiendo las mesas, puedo verla mirándome desde detrás del mostrador. Puedo ver a la bocazas de Abbie preguntarme; en la pista de patinaje sosteniéndome con fuerza, sabiendo que no soltará mi mano en ningún momento. Y ahí está de nuevo en mi casa, sonriendo. Sus ojos. Sus hoyuelos. Su pelo suelto la primera vez que lo vi caer libremente esperándome junto al árbol de Central Park. Estoy en el kayak y puedo tocar el agua y está extrañamente fría para ser verano. Me siento increíblemente pequeño.

Mis manos siguen tocando, como si tuvieran vida propia. Ya no sé cuánta gente me observa, cuánta gente forma el círculo que me rodea. Quiero verla y la busco con la mirada. *Está ahí Bryan, te prometo que sigue ahí.* Necesito ver sus ojos grises entre tanta gente desconocida. Y solo tengo que buscar un poco más, solo tengo que enfocar mi vista para encontrarla al fondo entre una chica pelirroja y un hombre con gafas. No quiero perderla. *No tienes que perderla si no quieres Bryan.* Una chica jovencita se acerca al estuche de la guitarra y deja caer un billete dentro y yo sigo la trayectoria, es increíble la de billetes que hay dentro. No sé cuándo ha sucedido y no puedo creerlo. Ojalá Sam estuviera aquí conmigo y pudiera ver todo esto. *Estoy aquí amigo mío, no me he ido, aún no me he ido.* Sé que se sentiría orgulloso de lo que esa chica de ojos grises ha conseguido. *Mucho Bryan, muy orgulloso.* Solía decirme que estar vivo no es vivir y no sabía la razón que tenía hasta hoy. Justo hoy. Hoy me siento vivo, Sam, y voy a seguir estándolo, sintiéndolo. Te quiero amigo, estés donde estés, te quiero.

Y yo a ti hermano. Buen viaje amigo, muy buen viaje.

XXXII

JIMMY

Quieres tranquilizarte Abbie, todo va a ir bien. Bryan está a mi lado totalmente callado y completamente embelesado con la película. Ni siquiera sé por qué estoy tan nerviosa, con él no suelo estarlo. El parque está lleno de gente, la gran mayoría son parejas que se han dedicado a hacer manitas desde el comienzo de la película. Yo ya he visto Casablanca un millón de veces, a Jimmy le encantaban los clásicos de cine, así que tuve que verlos muchas más veces de las que yo misma habría decidido. Estamos de nuevo en Hudson River Park, Bryan me ha traído. Supo que a partir del mes de junio solían poner películas en una gran pantalla al aire libre y le pareció buena idea. Se lo conté a Cece y se empeñó en que fuera a su casa para que pudiera ayudarme a ponerme guapa, me negué un par de veces, pero de poco sirvió con Cece. Ahora, llevo puesto el vestido de flores que me compré en el mercadillo callejero, unas sandalias sin demasiado tacón y el pelo suelto, aunque perfectamente peinado, con los primeros mechones agarrados con un par de ganchos. Me siento estúpida y confusa. *Tranquila Abbie.* Bryan ha traído una cesta con algo de comida para poder cenar mientras vemos la película. Estoy tan nerviosa que ni siquiera tengo apetito. Estamos los dos sentados sobre una manta roja de cuadros escoceses, estoy tan cerca de Bryan que puedo verlo al detalle si giro un poco mi rostro. Estamos a oscuras. No sé qué está pensando, qué fin tiene todo esto. *Pues no lo pienses y solo disfruta.* Tengo una servilleta entre mis manos y no dejo de arrugarla y retorcerla. Noto la mano de Bryan sobre las mías.

—¿Qué piensas hacer con esa servilleta?

Me mira y puedo sentir sus ojos azules tan clavados en mí que podría desvanecerme ahora mismo.

—Nada. —Detengo mis movimientos. Él ríe. ¿Por qué está tan tranquilo? ¿Y tú tan nerviosa?

—Abbie ¿no te gusta? —Aún tiene sus manos sobre las mías.

—¿El qué? —pregunto confusa.

¿De qué me está hablando? *De la película, Abbie, solo te está hablando de la película, relájate.*

—La película. Pensé que te gustaría est...

—Sí, sí mucho. —Vuelvo mis ojos a ella.

La mano de Bryan se aleja de mí y vuelvo a respirar con cierta normalidad. Aún no le he dicho que lo grabé aquella tarde frente al Museo Metropolitano mientras tocaba la guitarra, y desconozco qué pensará cuando descubra que esta mañana mandé a Juilliard la grabación. Va a odiarme. *No te odiará Abbie, es genial.* Quizá no les interese y él nunca llegue a descubrirlo. Lo dudo.

Puedo escuchar como cuchichean delante de nosotros una pareja jovencita que no se ha despegado ni un solo momento, parecen dos lapas. *Abbie eres irremediable.* No sé qué hacemos aquí, esto no va a ayudarme a nada y a él tampoco. Esto no va a acercarlo a esa tal Zoey en absoluto. *Igual no tiene nada que ver con eso.* Lo puedo ver de reojo y sé que me observa.

—Gracias por lo de la otra tarde. —Su voz es suave, no me extraña que cante de esa forma con la tonalidad dulce que tiene.

—¿Gracias por qué? —Arrugo la frente sin entender a qué se refiere.

—Por lo del espectáculo de la otra tarde en plena calle. —Se echa a reír y noto como mi cuerpo se relaja.

—Fue genial. Iría a un concierto tuyo sin pensarlo.

—Abbie has puesto mi mundo patas arriba —susurra de pronto,

dejándome sin palabras.

Tiene sus profundos ojos azules clavados en mí y mi mirada desciende de ellos hacia sus labios, me parece increíble que esos labios ya me hayan besado y ni siquiera puedan recordarlo.

—Bueno, al parecer tú has puesto en orden el mío. —Bromeo.

Me guste o no, mi desastrosa vida parece comenzar a tener un extraño orden dentro del caos. *Ni que lo digas, hermanita.*

Sonríe tan sutilmente que casi parece no estar sonriendo, pero lo hace. Nunca he tenido problemas para conseguir a un chico, a cualquiera, nunca ha sido demasiado complicado, pero con Bryan todo es complicado. Todo es nuevo. *Porque te has enamorado.* Devuelvo mis ojos a la pantalla gigante. Me parece increíble que a la gente le sigan gustando este tipo de películas.

Jimmy conoció a una chica unas semanas antes del derrame cerebral. Se llamaba Alison, era guapa y me pareció bastante lista. Jimmy me habló de ella y finalmente me la presentó una tarde en una cafetería de Charleston. Me gusta recordar a ese Jimmy Harrison, sonriente, feliz. Iba a convertirse en un gran hombre, ya lo era. *Hubiera sido una gran historia de amor Abbie, tan bonita como la tuya.* Alison vino al entierro, al funeral y estuvo sola en aquella habitación al menos una hora. No conocía a nadie de la familia, a ningún amigo, pero no se marchó. La observé durante un buen rato, no tuve el valor suficiente para acercarme a ella, pero parecía tan triste como yo lo estaba. Tan desolada, tan vacía. Lo siento Jimmy, no puede hacerlo, no me acerqué y dejé que se marchara de allí sin más. Muchas veces he pensado en ella y en lo duro que tuvo que ser sobrellevar aquellos momentos sola.

Está bien Abbie, estabas destrozada, lo sé. ¿Qué será de su vida? Seguramente siga viviendo en Charleston, me haya olvidado y haya conocido algún otro chico que sí haya cuidado de ella. Yo también lo he pensado muchas veces. Abbie, tengo que confesarte una cosa, algo que no he

tenido el valor de aceptar hasta ahora. No pude, no pude estar contigo cuando tuve que irme para siempre, desaparecí durante un tiempo. Era injusto y estaba tan enfadado que solo te habría podido hacer daño de algún modo. Pero estoy aquí pequeña, y te prometo que no voy a irme hasta que tú no quieras que lo haga. Sé que puedes sentirme cerca y lo estoy. Estoy en todas partes.

Sé que Jimmy querría verme feliz de nuevo, volver a sonreír de verdad. *Por supuesto.* Bryan consigue eso. *Lo sé.* Vuelve a llevar puesta esa camiseta azul que resalta sus ojos.

—Bryan fui a ver a la señora Ebert —confieso. No se lo había contado aún.

Quiero llamar su atención y lo logro. Vuelve a mirarme con una diminuta sonrisa en su cara y la ceja levantada.

—¿En serio? —No parece una pregunta que realmente necesite respuesta —. Lo sé Abbie, esta mañana he ido a verla.

—¿Y cómo está?

No puedo imaginarme cómo le habrá afectado todo, no me habló de su hija, ni de su marido aquel día, pero sé que podía escucharme, que me oía.

—No sé qué diablos hiciste con ella Abbie, y no voy a preguntar porque tengo cierto miedo de descubrirlo, pero la encontré en el jardín delantero de la casa arreglando las flores cuando llegué. —Parece sorprendido, la verdad es que yo también lo estoy, y mucho.

No puedo creer que las palabras de una loca desquiciada como yo hayan podido calar tan hondo dentro de esa mujer. No sé qué decir.

—Eso es genial.

Supongo que lo es. *Claro que lo es. ¡Es estupendo!*

—Bueno, has conseguido lo que ni su psicóloga, ni los que vamos a visitarla hemos logrado en cinco años.

No tengo muy claro si es un cumplido o una reprimenda. *Suena a cumplido.*

XXXIII

BRYAN

Parece tan sorprendida como yo. Seguramente habrá sido dura, algo bocazas y quizá incluso se le haya escapado algún taco, pero no importa porque lo ha conseguido. Por su cara de sorpresa no creo que creyera que su método fuera a funcionar con Alice Ebert, pero tampoco yo creí que funcionara conmigo y aquí estoy. Dios mío está tan guapa que tengo que dejar de mirarla de vez en cuando para poder ocultar mis pensamientos. El parque está lleno de gente, aunque cuando pensé en traerla creí que tendríamos más intimidad.

—¿De verdad te gustan este tipo de películas? —En su cara dibujada una sonrisa.

—Claro, son clásicos Abbie. —Si supiera que no he prestado atención a la película más de diez minutos, que su sola presencia me distrae demasiado —. ¿A ti no te gustan?

La verdad es que no imaginaba que pudieran gustarle demasiado, pero lo de la película solo era una pequeña excusa para poder volver a verla. Tiene la mano tan cerca de la mía ahora que ha soltado la servilleta que si moviera unos centímetros mi meñique podría alcanzarla sin problemas. Parece suave, es suave.

—La he visto un millón de veces, con Jimmy. —Aún se pone triste cuando dice su nombre.

—Bueno, si quieres, podemos dar un paseo. —Vuelvo a mirarla, es preciosa.

—¿Seguro? No quieres... bueno, ¿no quieres verla?

Se le han iluminado los ojos, es incapaz de ocultar ciertas emociones.

—También la he visto un millón de veces. —Me levanto de la manta de cuadros escoceses y le extiendo la mano—. Anda, vamos.

No tarda demasiado en coger mi mano y alzarse del suelo. Entre los dos recogemos la cesta, la comida y la manta. Veo en los ojos de Abbie rebeldía y de repente brillan mucho más y su tonalidad es mucho más gris que nunca. Nos acercamos al coche para dejar las cosas antes de comenzar el paseo por Hudson River Park. No estoy demasiado nervioso y sé que debería estarlo. Es de noche y las farolas repartidas por el paseo iluminan nuestro camino. A nuestro lado izquierdo podemos ver el río Hudson de nuevo y parece tan profundo y oscuro. Abbie no deja de mirar el cielo y tengo tantas ganas de besarla.

—Parece increíble que estemos aún en Nueva York. —Parece distraída.

—Abbie...

Es fácil, solo tengo que decirle lo que pienso, lo que siento en este preciso momento.

—Donde vivía podía verse el cielo completamente estrellado, era genial.

Tengo la sensación de que no quiere escucharlo, que no quiere escuchar lo que quiero decirle. Como si pudiera saberlo.

—Olvidaba que eres una chica de campo. —Suelto una carcajada que, sin duda, llama la atención de la chica de ojos grises que me propina un pequeño golpe en el brazo.

—¡Oye, calla!

Sonríe, pero ya no vuelve a levantar la mirada al cielo estrellado.

Nos cruzamos con una pareja agarrada de la mano y noto que Abbie se tensa. Creo que es la segunda vez que la veo extrañamente incómoda, la primera fue en la cafetería, cuando me acerqué a ella la segunda vez. No sé cómo lo ha hecho, cómo sigue haciéndolo. Se acerca a la barandilla de hierro

desde donde puede verse la inmensidad del río Hudson. Puedo observarla desde allí y no quiero que desaparezca. Me acerco a ella despacio.

—¿En qué piensas?

Es evidente que algo ocupa su mente.

Clava sus ojos grises en mí antes de contestar, como si necesitara estar segura de que estoy ahí. Pero lo estoy, Abbie, y no voy a irme.

—¿Por qué me has traído aquí? —Está confusa, puedo verlo.

—Pensé que te gustaría.

—Me gusta, mucho, pero... —Aparta sus ojos de mí, aunque yo sigo observándola embelesado—. Bryan, es que no entiendo cómo esto va a ayudar a nada.

Es gracioso que sea ella la que no lo entienda. Recuerdo perfectamente el día del patinaje y fue eso precisamente lo mismo que yo le dije. No confiaba en ella, no podía entender.

—Abbie solo quería estar aquí contigo, nada más —respondo.

No hay un único motivo. Solo quiero estar con ella. Es sencillo, es simple.

Me mira en silencio. Vuelvo a no saber qué piensa, pero parece triste y también feliz.

—Bien, los amigos hacen estas cosas ¿no? —No deja de mover la cabeza muy despacio como si necesitara contestarse a sí misma.

¿Amigos? Abbie creo que ya no quiero ser solamente tu amigo.

—Amigos —repito como un loro.

¿Es eso lo que somos? ¿Solo amigos?

Aparto la mirada de ella y la fijo en el horizonte, en New Jersey. Ni siquiera había reparado en el hecho de que, quizá, Abbie puede verme solamente como un amigo. Bueno, es evidente que yo no soy el tipo de chicos con los que habrá estado.

—Zoey es una chica muy guapa —dice de repente, sin venir al caso. ¿Zoey? Tú eres una chica preciosa—. No te lo había dicho Bryan, pero quiero que sepas que me pareció muy guapa.

—Lo es —sentencio. ¿Qué estoy haciendo?

Me he precipitado con todo esto, he creído una cosa que evidentemente no era. New Jersey parece estar tan cerca desde aquí, pero si me lanzo al agua y nado hacia allí sé que quedará mucho más lejos de lo que parece. Abbie vuelve a erguirse, se aparta de la barandilla fría y cambia la expresión de su rostro.

—Vamos, sigamos con el paseo. Hace una buena noche para pasear. —
Vuelve a estar relajada.

—Claro, vamos.

La sigo. La sigo como he estado haciendo estas últimas semanas.

Continuamos caminando y Abbie parece haber cambiado de actitud, como si volviera a ser la Abbie que conocí en aquella cafetería y con lo que no me unía ningún tipo de vínculo. ¿Está huyendo de mí? Quizá no, quizá solo es la Abbie de siempre. La Abbie de las directas. La Abbie de las locuras. La Abbie que dice las cosas sin pensarlas demasiado. La Abbie que echa de menos a su hermano. La Abbie amiga. Pero yo no quiero solo la Abbie amiga.

Aún nos quedamos allí paseando un rato más, pero ella no tarda mucho más en querer marcharse y yo solo obedezco. Sé que se está apartando. Tiene que ser eso, porque la otra opción no la quiero.

XXXIV

JIMMY

Abbie a ese chico le importas, no lo alejes de ti solo porque creas que la elegiré a ella. No lo hagas. Bailo desatada. Christina me ha llamado hace unas horas para decirme que había aprobado todos los exámenes y que necesitaba fiesta, y yo soy la reina de las fiestas. Estoy con ella y dos amigas suyas de la carrera, Shannon y Anna y son tan simpáticas como Chris. Nunca había salido de fiesta con Christina, pero me gusta. Siento que la pista de baile es mía, he perdido la cuenta del alcohol que he ingerido en las últimas dos horas y vuelvo a sentir que no me importa. *Abbie para, tienes que dejar de hacerte esto, afróntalo.*

Estoy sudando y muy cansada, pero no tengo intención de detenerme. Ahora por fin he podido borrar de mi memoria la noche de ayer con Bryan en el parque y me siento tranquila. *No lo has olvidado, solo estás borracha y crees que lo has hecho.* Nunca había visto a Chris divertirse tanto, pero tampoco me la había imaginado de fiesta.

—Creí que tú solo ibas a fiestas pijas —le grito al oído y ella se ríe.

—Pues ya ves que no, Abbie. —También ella alza la voz.

Seguimos bailando rodeadas por montones y montones de personas. *Pero vuelves a estar vacía ¿verdad?* Las imágenes comienzan a dar vueltas en mi cabeza y no sé cuánto tiempo voy a aguantar sin venirme al suelo. Cierro los ojos y sigo moviendo mi cuerpo al ritmo de la música. Me encuentro mareada, pero no siento nada. Mi ropa es ligera, mis pies se mueven locamente, hasta el punto de que en cualquier momento voy a dejar de pisar el suelo y simplemente volar sobre la pista de baile. *Solo te haces daño.*

Estoy en el servicio, eso creo. *Abbie para, sal de ahí.* No estoy sola, puedo sentir unos labios recorriendo mi cuello y mis manos se encuentran fuertemente agarradas y aprisionadas contra la pared. Los ojos los abro y los cierro sin estar muy segura de lo que está ocurriendo. Estoy mareada, mucho más de lo que lo he estado nunca. Tengo ganas de vomitar. Una cabeza tapa mi visión y me doy cuenta de que es un tío. *Abbie, muévete, sal de ahí.* Estoy tan confusa que no soy capaz de entender cómo he llegado aquí, quién es ese tío y qué se supone que estoy haciendo. Quiero hablar, quiero decirle que se quite, que me suelte y se vaya. Que pare. *¡Díselo!* Pero no me sale ni una sola palabra. Me ha bajado los tirantes del vestido y continúa besándome.

—Oye, para. —Logro articular las palabras, aunque no sé cómo. *Pero lo has hecho, bien.*

—Tranquila, nena, ya verás lo bien que nos lo pasamos.

No me mira, sigue demasiado entretenido en mi cuerpo. Tocándome por todas partes.

¿Qué coño estoy haciendo? *Esa es una buena pregunta.* Intento empujarle y se mueve levemente. Es alto y bastante fuerte. *Vuelve a intentarlo, Abbie, con más fuerza.* Respiro hondo, puedo ver a medias que se ha detenido, que va a bajarse el pantalón. Para, por favor.

—Para. Para. —Mi voz es suave, casi ni yo misma puedo oírme, pero tengo que hacerlo. *¡Hazlo!* Lo empujo nuevamente con todas mis fuerzas y logro poner bastante distancia entre nosotros—. *¡Te he dicho que pares!*

No parece convencido. *Pues sal de ahí, Abbie.* Creo que va a volver a acercarse a mí y no creo que pueda volver a darle un empujo como el de antes. A penas mantengo el equilibrio. Debería salir de... tengo unas ganas terribles de vomitar... y lo hago. Vomito sobre sus zapatillas.

—¿Pero qué coño?

Se aparta de mí y puedo ver en su rostro dibujado una expresión de asco.
Desagradable, pero bien hecho, Abbie.

Estoy muy mareada y temo apartarme demasiado de la pared que me sujeta en este momento. Cuando vuelvo a levantar la cabeza ya no está, se ha marchado.

Me acerco al lavabo, fallando en mis pasos. Solo cuando coloco mis dos manos sobre el frío metal siento, de algún modo, que mi cuerpo se estabiliza. Una chica entra por la puerta y se detiene unos segundos al verme allí apoyada, cabizbaja. Luego, continúa hacia el váter.

Aprieto el grifo y el agua corre, el sonido del agua siempre me ha tranquilizado. Meto las manos, formando un cuenco con ellas, y empapo mi rostro. Después, enjuago mi boca. A penas cae un hilito de agua, pero es más que suficiente dado el estado en el que me encuentro. Quiero echarme a llorar y no tengo muy claro porqué. *Abbie márchate, ve a casa.*

Puedo mirarme al espejo, aunque está bastante lleno de pegatinas de grupos musicales y publicidad de locales nocturnos. No me reconozco, nuevamente. Meto la mano en el pequeño bolso negro de brillantina que cuelga de mi hombro en busca del teléfono móvil. Al menos mi cartera y el móvil siguen ahí dentro. Me cuesta ver la pantalla y mucho más marcar sin equivocarme.

—¿Sí?

—Me he ido de fiesta, me he emborrachado... —Me detengo, creo que voy a volver a vomitar. No, no voy a hacerlo, falsa alarma—. Estoy muy borracha. He estado a punto de follar con un tío al que no conozco ni recordaré mañana en un asqueroso cuarto de baño y...

—¿Abbie eres tú? ¿Estás borracha? ¿Estás bien? ¿Ese tío te ha hecho algo? ¿Dónde es...?

—He hecho y he estado a punto de hacer todo eso y ni siquiera ha servido

de nada. —Me desahogo. Me siento extrañamente triste.

—¿Abbie dónde estás? Voy a ir a buscarte, dime dónde estás.

—No ha servido de nada. —Repito antes de colgar.

Quiero irme. *Abbie*. Necesito salir de allí. *Hazlo, pequeña*. Salgo del servicio y vuelvo en busca de Chris, está con un chico cerca de la barra y avanzo hacia ella, aunque creo que me desvíó de la trayectoria un par de veces por culpa del mareo. El chico la tiene cogida de la cintura y le habla al oído, Christina sonrío. Me detengo a su lado y puedo ver cómo aparta al chico de ella en cuanto logra verme. Es evidente que no debo tener muy buen aspecto.

—¿Abbie estás bien? —Con sus manos, me rodea la cara. Están frías.

—Chris yo... yo lo siento, pero voy a marcharme. —Casi no puedo articular palabra, y lo que aún es peor... es posible que vuelva a vomitar.

—Vale, te acompañaré a casa, vamos.

Me coge por la cintura y me aleja de la barra.

—Chris, de verdad, no pasa nada, no hace falta que vengas conmigo yo...

—Abbie, para. Voy a llevarte a casa —sentencia.

No tengo más que decir, por ese motivo solamente muevo mi cabeza de arriba abajo sin abrir la boca. Me siento fatal, y no solo por la cantidad de alcohol ingerida, también por sentir que he estropeado la noche. Como siempre. Soy experta en eso, estropearlo todo.

Salimos de la discoteca justo después de avisar a sus dos amigas de nuestra marcha. Me siento realmente mal. No volveré hacerlo, no volveré a esa vida de los últimos meses. *Eso espero Abbie*. El taxi se detiene poco segundos antes de subir en él, aunque ni siquiera soy consciente de cuánto tiempo transcurre desde entonces. En un visto y no visto, llegamos y Chris me ayuda a bajar para evitar caer.

—Espere aquí un momento, vuelvo en seguida —le pide al conductor, estando yo apoyada en el taxi. Vuelvo a tener ganas de vomitar.

Chris me sostiene con fuerza por la cintura mientras mi brazo le rodea el cuello. Siempre supe que era una buena chica, podría haberme dejado allí y no lo ha hecho. *Tú tampoco lo habrías hecho.* Mi patio está tan oscuro como recordaba, pero...

—Hola.

No sé quién es, quizá algún vecino que ha olvidado la llave.

—Hola —responde Chris, quien sigue haciendo fuerza para evitar que me venga al suelo.

—Déjame, yo la cojo —dice la otra voz. Puedo sentir que Chris se aparta de mí despacio, y en su lugar un brazo fuerte me sostiene sin problemas—. Soy Bryan.

¿Bryan? No puede ser, debo estar mucho más borracha de lo que pensaba. *No, Abbie, estás borracha, pero es Bryan.*

—Se puso muy mal y quiso volver a casa, así que la acompañé —explica ella, aunque no veo gran cosa. Mis ojos se cierran repetidamente, solo escucho.

—Tranquila, yo me encargo de ella, la subiré a casa.

Pues para no ser Bryan tiene su misma voz. *Porque es Bryan, Abbie.*

—¿Seguro? Puedo ayudaros si...

—De verdad, yo me encargo. No te preocupes, la dejaré sana y salva allí arriba. —Sigue sosteniéndome con fuerza, y menos mal, porque siento que no podría mantenerme yo sola en pie. *No, seguramente no podrías—.* Gracias.

Debo estar subiendo las escaleras, el ascensor sigue sin funcionar. Maldito ascensor. Sigo sintiendo el brazo fuerte que me sostiene por la cintura. Quizá sea el tío con el que he estado a punto de.... hace un rato. *No, Abbie, es Bryan.*

XXXV

BRYAN

No sé si quiero matarla o simplemente consolarla, de verdad que no lo sé. Ni siquiera sabría por qué motivo debería consolarla, de qué. No dice nada, de hecho, no ha dicho nada en ningún momento, aunque al menos se sujeta con fuerza a mi cuello.

Llegamos a su puerta y debo hacerme con su bolso para coger las llaves. No creo que sea demasiado consciente de lo que está pasando en este momento. Y podría estrangularla ahora mismo. ¡Cómo diablos se le ocurre llamarme a las dos y media de la madrugada para decirme eso! ¡Está loca o qué! He salido pitando de casa y cómo, ni me cogía el móvil, ni sabía dónde buscarla, me he presentado en su apartamento con la esperanza de que recobrará el sentido un instante y decidiera volver a casa. Al menos lo ha hecho.

La apoyo en la pared un segundo sin llegar a soltarla, porque si lo hago es posible que se caiga al suelo en redondo. Abro la puerta y entro con ella a oscuras en el piso. ¿En qué diablos estaba pensando? Me siento furioso.

Nos tropezamos, aunque sin llegar a caernos, entonces alargo la mano en busca del interruptor de la luz. Abbie entorna los ojos en cuanto la habitación se ilumina. Cierro la puerta haciendo malabares. Recuerdo a la perfección el apartamento, por lo que no me resulta demasiado complicado poder llevar a Abbie hasta su habitación. Me gustaría gritarle y decirle lo mucho que me ha asustado hace una hora, pero no creo, por desgracia, que sea el momento oportuno para hacerlo. Ella no escucharía y solo serviría para alterarme más de lo que ya estoy.

—Sabes, tienes la misma voz que Bryan. —Me cuesta entenderla, pero lo hago.

—Porque soy Bryan, Abbie —contesto. Sigo cargando con ella hasta que llegamos a la cama, donde la dejo despacio.

—¿Bryan? ¿Qué haces aquí? —Balbucea. Ni siquiera puede levantar la cabeza mucho más, así que no puedo verle los ojos.

—Me llamaste. —Le recuerdo. No me extraña que no lo recuerde en absoluto—. Y ahora, vamos, acuéstate.

Creo que en esta situación es lo mejor, aunque nunca he tenido que llevar una situación de este estilo. Abbie emite un pequeño sonido antes de comenzar a quitarse los zapatos. Sigo de pie frente a ella observándola. No le cuesta demasiado deshacerse de ellos y tirarlos al suelo. No me había dado cuenta, pero la habitación está recogida, ya no se parece en nada a la del otro día. Abbie se levanta despacio de la cama y se tambalea al hacerlo.

—¿Dónde vas? —Me muevo rápido para intentar cogerla, pero sus manos me apartan despacio de ella.

—Estoy bien, solo quiero quitarme este maldito vestido que no me deja moverme. —No lo duda, comienza a subírselo con cierta dificultad.

Madre mía no debería mirar, pero Abbie es como un imán. No logra quedarse quieta en un mismo sitio mientras sigue intentando con esfuerzo salir de ese vestido azul. Se le atasca cuando casi lo ha conseguido. Se me escapa una pequeña sonrisa que rápidamente borro de mi cara. Me acerco a ella un poco, es evidente que ella sola no va a lograr salir de ahí. No deja de moverse con el propósito de deshacerse de él.

—¿Te ayudo? —Murmuro riendo.

Sé que dirá que no, pero si no lo hago morirá asfixiada dentro de ese vestido.

—No hace...

No la escucho demasiado bien, pero no importa. Me acerco a ella, agarro el vestido y tiro con fuerzas. Abbie logra salir de él rápidamente, aunque pierde el equilibrio un instante. Mi mano se desplaza avispada a su cintura desnuda para sostenerla. Madre mía está tan suave. Lleva un conjunto de ropa interior muy.... puff... ¿Abbie por qué me haces esto? La tengo tan cerca que puedo notar partes de su cuerpo desnudo tocando el mío. Voy a besarla, voy a hacerlo. Ella me mira y sigue siendo preciosa. Tan bonita como siempre.

—¿Estás bien? —Sonrío y ella también lo hace. Asiente.

Se le han dibujado nuevamente esos hoyuelos en sus mofletes. Mi mano sigue en su cintura y parece tener vida propia porque no se aparta de ella, aunque mi cabeza no ha dejado de mandarle la orden de hacerlo. De repente, cambia la cara, no parece encontrarse muy bien.

—Creo que voy a vomitar —murmura.

—¿En serio? —La sostengo con fuerza—. ¿Quieres ir al baño?

Ahora, mira el suelo. Parece concentrada. Niega con la cabeza.

—No, estoy bien, solo quiero dormir.

Parece recuperarse un poco, respira hondo y comienza a moverse despacio hacia su cama. Yo la ayudo.

Se sienta en la cama antes de dejar caer todo su peso sobre ella. Está increíblemente atractiva en ropa interior sobre su cama. Madre mía. Se da la vuelta y se queda boca abajo. Espera... ¿eso es un tatuaje? Claro que lo es. No lo vi el día del kayak. Parece algún tipo de símbolo tribal y lo tiene justo al final de su espalda, muy sexy. Aparto los ojos de él, si no lo hago no creo que pueda contenerme mucho más tiempo. Quizá ha llegado la hora de marcharme, está bien, está en casa a salvo. Pero entonces... ¿por qué no puedo irme? Porque no quiero hacerlo.

—Abbie ¿quieres que me quede?

Es su apartamento, su cama, debería decidir ella.

—Sí. —Es suave, casi un susurro, pero ha dicho sí, sí quiere.

Sonrío como un idiota sabiendo que nadie puede verme. Me descalzo y me tumbo a su lado. Estoy boca arriba con la cabeza girada hacia ella para poder contemplarla. Es tan guapa que se me corta el aliento. ¿Siempre lo ha sido tanto? Supongo que sí.

—Abbie ¿estás despierta?

—Ajá. —Mantiene sus grandes ojos grises cerrados.

—¿Fue igual la noche que yo me pasé con la cerveza? —Sonrío y veo dibujarse en el rostro de Abbie la misma sonrisa.

—Fue extraño.

¿Extraño? No esperaba esa respuesta.

—¿Extraño? —pregunto confuso.

Quizá no me lo contara todo, quizá hice el ridículo y prefirió omitir ese detalle. Espero que no.

—Sí, extraño. —Se da la vuelta, quedándose de lado, durmiendo. Puedo verle mucho mejor el tatuaje en su espalda ahora que está tumbada cara a la pared.

—¿Y por qué fue extraño?

No contesta, creo que se ha dormido. Si hice algo extraño aquella noche quiero saberlo, mejor ahora que es posible que olvide que me lo ha contado que mañana cuando sea consciente de todo. Pero sigue callada.

—Abbie ¿qué tuvo de extraño? —Insisto.

Me gustaría tanto alargar la mano y acariciarla. Sigue callada.

—Abbie ¿Qué pas...?

—¿Quieres saber un secreto? —Me interrumpe.

—Claro, soy el rey de los secretos. —Bromeo, diciendo lo que ella siempre responde.

Espero callado. No tengo ni idea qué se supone que va a contarme. ¿Cuál

es el gran secreto de Abbie Harrison?

—Aquella noche que bebiste demasiado ¿recuerdas? —dice olvidando que seguíamos hablando de esa noche precisamente. Mañana no se acordará de nada, seguro.

—Sí, sé de qué noche hablas —respondo sonriendo.

—Me besaste. Aquella noche me besaste.

XXXVI

JIMMY

¡Buenos días, juerguista! ¿Cómo amaneciste? Todo me da vueltas. Tengo angustia y mis párpados pesan como nunca. No recuerdo nada, solo a Chris y sus dos amigas. *¿Una discoteca? Sí, eso también.* La luz del día entra por la ventana de la habitación y me ciega. Estoy tan cansada que creo que no voy a levantarme de la cama en uno días. *Pues menudo plan Abbie.* Me muevo despacio para quedarme boca arriba mirando el techo. *¿Por qué noto frescor? Porque duermes en ropa interior.* Agacho la mirada y... *¿Qué coño hago en ropa interior?* Mierda, recuerdo un tío. Bueno, no lo recuerdo demasiado bien, pero estoy casi segura de que hubo un tío. Me froto los ojos antes de intentar alzarme despacio de la cama. *¿Por qué huele mi cuarto a tortilla y beicon? Lo sabrás cuando te levantes.* Debo de tener el olfato atrofiado.

Estoy sentada en la cama observando mi habitación, no parece estar nada fuera de su sitio. Tampoco veo ropa de chico desperdigada por el suelo y me alegro, me alegro un montón. *Y yo.* Me levanto despacio y mis piernas me fallan un instante. Jamás había tenido una resaca como esta. Me acerco al cajón de la cómoda y saco de él una de esas camisetas de publicidad, creo que es de la cafetería. Me la pongo y comienzo a caminar hacia mi comedor. El olor cada vez es más intenso, y entonces oigo un ruido. Freno. Hay alguien en mi apartamento. *Abbie, tranquila, es Bryan.* Busco con la mirada algo que pueda utilizar como arma, pero no encuentro nada. Vaya mierda. Junto a mí está una de mis convers, por eso me agacho despacio para hacerme con ella sin hacer ruido.

Camino con cautela hacia la cocina con la zapatilla entre mis manos. En

cuanto salgo de la habitación logro ver un tío de espaldas, ni siquiera me detengo a mirarlo, porque antes de que pueda girarse le lanzo con todas mis fuerzas la zapatilla.

—¡Auch! —Mi puntería ha sido perfecta—. ¿Abbie, pero qué haces?

—¿Bryan? —Lo reconozco de pronto.

¿Qué hace Bryan en mi cocina? Espera ¿está cocinando?

—Pues claro. ¿Quién creías que era? —Le he dado en el hombro de pleno, por eso se frota la zona con la mano contraria—. Sabes, prefiero no saberlo.

Vuelve a darse la vuelta para quitar la sartén del fuego. Estoy aún en shock, demasiado como para contestarle algo ingenioso. Y estoy en shock porque he amanecido en ropa interior después de una noche de juerga y Bryan está en mi cocina. *Abbie no ha pasado nada, aunque no irás a negar que tampoco te hubiera importado demasiado ¿verdad?*

—¿Qué haces en mi cocina? —Por fin reacciono.

Parece manejarse sin problemas en ella. Se acerca a la barra para dejar un plato con tortilla. Sobre ella hay también beicon, fruta y zumo. Ni siquiera recuerdo haber comprado todo eso. *Porque no lo has hecho, lo ha comprado él esta mañana.*

—¿Tienes hambre? —Sonríe junto a la comida.

Mierda, acabo de caer que solo llevo puesta una camiseta, pero sigo yendo en bragas. Espera, he dormido en bragas y Bryan estaba allí. No debería preocuparme seguir con tan poca ropa delante de él.

—Eh... bueno... —*Abbie solo te ha preguntado si tienes hambre, contesta*—. Supongo.

—Pues ven y come algo. —Lo noto extrañamente contento. ¿Debería preguntar por lo que pasó anoche?

Me acerco a la barra sentándome en uno de los taburetes. La verdad es

que todo huele de cine. Comienzo con un trozo de tortilla. No creo que pueda ocultar mi asombro.

—Bryan... ¿Qué haces aquí? —Comienzo.

En realidad, si echo la vista atrás fue exactamente lo mismo que él preguntó cuando pasó su noche alcohólica y terminó en mi cama.

—Hacerte el desayuno —dice a modo de obviedad. Come un trozo de beicon.

—Ya, eso ya lo veo. Me refiero a aquí ahora, en mi apartamento. —Dejo de comer.

—Anoche me llamaste borracha y...

—Espera, ¿te llamé? —No recuerdo haberlo hecho. ¿Por qué lo llamé? *Es evidente, Abbie, porque pensaste en él.*

—Sí, lo hiciste —afirma con rotundidad.

—¿Y viniste sin más? —No logro entender exactamente qué hace aquí—. ¿Por qué me he despertado en ropa interior?

Sonríe y no sé qué es lo que le hace tanta gracia. Él está intentando superar su miedo para pedirle una cita a «la chica de su vida» no debería dormir en mi cama y mucho menos si yo estoy en ropa interior. Deja de reírse cuando se da cuenta de que yo no lo hago.

—Dijiste que el vestido no te dejaba moverte y... te lo quitaste.

Me mira callado, bastante serio.

—¿Y tú creíste que era buena idea quedarte a dormir con una chica casi desnuda? —Sueno borde, lo sé. *¿Abbie qué haces? Tú le dijiste que se quedara.*

—Bueno, Abbie, yo creí que... —No sabe qué decir, lo sé por la expresión de su rostro.

Esto debe acabar. *¿Por qué Abbie? ¿Por qué debe acabar?* No puede preocuparse por mí y cuidarme durante una noche de borrachera si piensa

largarse con Zoey en unos días. Desaparecer. *Ese es el problema ¿verdad? ¿Por qué estas tan segura que la elegirá a ella?* No debería seguir aquí, pero sé que no hay mucho que pueda decirle para asustarlo. Necesito que se vaya, qué desaparezca antes de que... Que se marche. *Antes de que te deje él, Abbie no creo que vaya a hacerlo.* Me levanto del taburete. Sé que debo sonar tajante, seria, borde. Necesito recuperar a la Abbie borde de antes.

—Vete. —No titubeo, no lo dudo—. Bryan lárgate, ahora.

Sé cómo me mira. Está confuso, sorprendido. Se levanta del taburete y tiene la intención de acercarse a mí, pero me alejo antes de que pueda dar un solo paso.

—Abbie ¿A qué viene todo esto?

Venga, de verdad no puede sonarle a nuevo. No puede sorprenderle tanto. *Abbie no lo alejes.* Los dos sabemos que volverá a esa cafetería y se acercará a Zoey y yo tendré que verlo.

—Bryan, lárgate de mi apartamento ahora mismo. —Estoy tensa e inmóvil—. O te tiraré yo misma.

Sabe que lo haré. Espera unos segundos más en silencio mirándome. Siento como sus ojos azules me suplican una explicación que no pienso darle. Quiero que se vaya, no es tan difícil de entender.

—Bien, si es lo que quieres.

Aparta sus ojos de mí, se da la vuelta y comienza a caminar hacia la puerta de mi apartamento dejando tras de sí un aura de tristeza. Puedo sentirlo.

Nunca tuve que permitir esto. *Abbie, pero no puedes evitarlo, tú eres así.* Se marcha y vuelvo a estar sola. No sé por qué me siento así de destrozada. Unas lágrimas comienzan a caer por mis mejillas y ya no puedo detenerlas. Estoy sola en mi apartamento llorando como una niña y solamente quiero desaparecer yo también, aunque eso no será tan fácil.

No hay mucha gente en la cafetería esa mañana para ser lunes. Me siento

fatal después de la noche del sábado. Ya me he disculpado ante Christina que parece haberse tomado bastante bien que le cagara su noche de fiesta. Por supuesto, me ha preguntado por el chico que me esperaba en mi patio a las tres de la madrugada, y por supuesto ha podido reconocerlo de la cafetería. Hoy aguanto menos que nunca las idioteces de Félix. Estoy en la cafetera, le he pedido a Chris que se encargue de atender a los clientes ella, que no tengo ánimo para ello.

—¿Seguro que estás bien Abbie? —Chris se encuentra tras de mí secando con el trapo algunas de las tazas que han salido mojadas del lavavajillas.

Estoy de espaldas a ella, así que no importa demasiado mi expresión en la cara, puedo mentirle sin problema.

—Sí, es que no he dormido mucho este fin de semana. —No es realmente una mentira, del todo.

Cece me llamó y se lo conté todo. Le conté absolutamente todo, después me puse a llorar y veinte minutos más tarde apareció en mi apartamento. Alex la había acercado a casa. Oigo moverse a Chris tras de mí.

—No sabía que tenías una relación con el chico que venía todos los días a la cafetería. —No suena demasiado cotilla, más bien asombrada.

—No la tengo.

Eso no es cierto del todo ¿no crees?

—Ah. —Se mantiene unos segundos en silencio—. Oye, Abbie, puedes encargarte del mostrador un segundo, voy a una mesa.

—Claro. —Dejo de preparar los cafés y me doy la vuelta.

Chris ya se aleja de mí y yo obedezco a mi encargada. Camino hacia el mostrador, pero me detengo al instante. Al siguiente cliente lo conozco, lo conozco muy bien.

XXXVII

BRYAN

Se ha detenido frente al mostrador y tiene los ojos extrañamente hinchados, aunque siguen siendo preciosos. Aún no he comprendido su reacción de la otra mañana, pero creo que va siendo hora de qué hablemos, de que hablemos con sinceridad. Esto se nos está yendo de las manos y es más que evidente.

—¿Qué quieres tomar? —La noto fría, distante. Ni siquiera sé que es lo que le he hecho para provocar este repentino cambio de actitud.

—Un cappuccino —respondo sin poder apartar mis ojos de ella, ni siquiera cuando se aleja del mostrador para preparar el café.

—¿Para tomar aquí o llevar? —Espera mi respuesta junto a la cafetera.

No me importa. ¿Debería decirle que el café no me importa en absoluto? ¿Debería decirle que estoy aquí por ella solamente? No creo ni que vaya a beberme ese cappuccino.

—Llevar —digo después de todo.

Me lo prepara con bastante rapidez, supongo que se debe a su agilidad después de preparar tanto al cabo del día. Me lo sirve en un vaso de plástico que deja sobre el mostrador.

—¿Algo más? —Continúa como si no me conociera de nada, como si todo este tiempo juntos no hubiera existido. Solo espero que todo esto sea tan absurdo para ella como lo es para mí.

—Abbie tenemos que hablar.

—¿Algo más? —Sé que solo intenta hacerse la dura.

—No, nada más. —Cojo el café, está bastante caliente—. Abbie ¿Por qué

me tiraste de tu apartamento?

Sé que lo fácil hubiera sido haberme dado la vuelta y haberme marchado, pero con ella he aprendido que lo fácil ya no es lo que más me gusta. Por eso, quiero saberlo, me merezco saberlo. Está en la caja, callada, esperando a que le pague el café, así que lo hago con la esperanza de obtener así alguna respuesta. Ella coge el dinero, abre la caja y efectúa el pago, sacando después el cambio. Así, regresa a mí.

—Ya está Bryan —dice entregándome el dinero, aunque lo rechazo—. Estás listo.

—¿Listo? —Arrugo la frente. Sigue tan distante como al principio.

—Para Zoey, estás listo para echarle huevos —explica sin tapujos.

¿Zoey? Yo no quiero hablar de Zoey.

—Abbie vamos...

—¿Qué? ¿Ya no recuerdas que todo esto era por eso? —Inclina levemente la cabeza, después detiene sus movimientos, tensando su cuerpo—. Por la chica de tu vida.

Siento un nudo en mi estómago que asciende por mi garganta. «¿La chica de mi vida?» Han pasado muchas cosas desde ese día, desde el día en que creí que Zoey era la chica de mi vida. Quizá para ella sea eso, nada más. Solo haya sido eso.

—¿Y ya está? ¿Se acabó? —pregunto confuso. No estoy preparado para que esto haya acabado.

No contesta, ella no puede estar lista para que esto acabe. No puede.

—Se acabó. —Suenan tan sincera como suele sonar siempre.

No quiero. Me niego.

—Abbie yo no quiero que esto acabe —confieso. Tiene que escucharme.

—Bryan, sino vas a tomar nada más, tengo que atender a los demás clientes. —Echa un vistazo rápido al comedor. Parece relajada, también

lejana.

—Claro.

Me aparto del mostrador unos pasos con el propósito de dejar paso a los clientes que esperan en la cola detrás de mí. Solo cuando me hago a un lado, el siguiente, un hombre trajeado y con el teléfono en su oreja, pide su café.

Me siento como si acabara de caer del edificio más alto. Ella sigue con su trabajo como si nada, pero yo... yo soy un muñeco atontado que sigue esperando algo que sabe que no va a pasar, ni ahora, ni en mucho tiempo. Ni nunca.

Abbie atiende a los dos primeros, pero en cuanto su compañero aparece, ella sale de detrás del mostrador y se ocupa de servir y atender algunas mesas. Y yo sigo ahí, como un tonto que espera su regalo sin que haya regalo por ninguna parte. Creo que voy a romperme y ella parece tranquila, serena. Ha sido la persona más importante en mi vida en estas últimas semanas y se va, sin más.

—Hola. —Es una voz suave.

—Hola —respondo sin saber aún de quién se trata. La camarera de ojos grises centra toda mi atención.

—Eres Bryan ¿verdad?

Solo al escuchar mi nombre, algo se activa e mi cabeza y dejo de prestar atención a Abbie para desviar mis ojos hacia el otro lado. Cuando lo hago descubro asombrado que se trata de... ¿Zoey?

—Eh... sí, soy Bryan.

¿Recuerda mi nombre?

—Yo soy Zoey. —Sonríe, lleva el pelo recogido en una perfecta coleta.

Mis ojos se desvían hacia Abbie una vez más y descubro que ella también me está mirando, aunque aparta sus enormes y preciosos ojos grises de mí rápidamente.

—Veo que ya estás mejor del... habla. —Vuelve a sonreír. Es guapa. Su piel es casi perfecta.

—Sí, bueno, me trabé un poco. —Justifico la bochornosa actuación del otro día. Por no decir que hice el ridículo más grande de mi vida.

Espera, es Zoey. Recapacito siendo un poco más consciente de lo que está pasando. El estado en el que Abbie me ha dejado con su actitud no me ha permitido analizar la situación como debería. Es Zoey, sin duda, es ella. Me fijo mejor y acaba de pedir al chico de la cafetería un café, sigue a mi lado esperando a que se lo sirva.

—A muchos les suele pasar. —Coloca un mechón de su pelo tras la oreja.

El camarero la llama y ella recoge un vaso para llevar de café. Reconozco que no pensé que sucedería así. Creía que cuando me acercara a Zoey sería distinto a esto, también que sería distinto a lo que siento ahora.

—¿Quieres que nos sentemos juntos a terminarnos el café? —pregunto cómo acto reflejo.

Abbie lo ha dicho ¿no? Todo esto era por esa chica que ahora me sonrío a unos pocos metros de distancia.

—Lo siento, pero tengo que ir al hospital, tengo turno. —Se aparta de la cola.

—Claro, bueno, quizá otro día.

Ni siquiera recuerda que me conoció en el hospital hace algo más de dos años.

—Sí, otro día. —Vuelve a sonreír antes de empezar a caminar hacia la puerta de la cafetería.

La veo alejarse y después de todo no siento la presión en el pecho que he sentido hace un segundo, cuando Abbie me ha dicho que se acabó, cuando Abbie se ha alejado de mí.

—¡Si quieres puedo acompañarte! —Alzo la voz. Es «la chica de mi

vida» ¿no? O eso ha dicho la chica de ojos grises—. La verdad es que no tengo prisa y tampoco pensaba quedarme.

No puedo quedarme, no ahora que Abbie ha decidido acabar con esto.

—¿Seguro? —La luz que entra por los ventanales ilumina su cabello rubio.

—Sí, seguro.

Parece frágil.

—Claro, sí, vale. —Sonríe de nuevo, y busco en sus mofletes los hoyuelos, pero no los encuentro en ella.

Me adelanto con rapidez y sostengo la puerta para que pueda pasar. Sale de la cafetería y yo tras ella. A medida que pasamos los ventanales puedo ver a Abbie atendiendo una mesa y siento que es real, que todo esto es real. Que estoy con Zoey paseando hacia el hospital. Que Abbie se ha marchado, que la he perdido.

—¿Y sueles venir mucho a esta cafetería? —Intento entablar una conversación.

Está tan guapa como lo estaba la primera vez que la vi con ese uniforme rosa haciendo reír a un niño enfermo de la planta infantil.

—De vez en cuando —responde sin darse cuenta de que llevo un mes yendo todos los días—. Me encanta el café de este sitio. —Sonríe y tiene una sonrisa preciosa.

La calle rebosa de gente, el sol está alto y calienta con fuerza para ser mediados de junio. Me encanta el sonido de la calle, los coches, la gente. Zoey sigue a mi lado. Ya hemos dejado lejos la cafetería «Bom-Bam-Bum». Demasiado lejos.

XXXVIII

JIMMY

Estás encauzando tu vida, Abbie, aunque creíste que nunca lo harías. Todo el apartamento de Cece está completamente lleno de cajas y trastos, montones de trastos. Ni siquiera sabía que pudiera tener tantas cosas en mi antiguo y pequeño piso. Cece está encantada con todo esto, puedo verlo en su amplia y permanente sonrisa. Hace solamente unos días que por fin los médicos han permitido que se quite esa molesta escayola y ahora vuelve a caminar, aunque tendrá que utilizar una muleta un par de semanas hasta que vuelva a acostumbrarse.

Es increíble que ya hayan pasado seis semanas desde el accidente. *El tiempo pasa muy deprisa Abbie.* Hace dos semanas que Bryan salió de esa cafetería acompañado por Zoey, pero aún me estremezco cuando lo recuerdo. *Porque te ha hecho daño, lo sé.* No debería afectarme tanto, siempre supe que la elegiría a ella. Que los vería salir de allí juntos. No he vuelto a verlo desde entonces y lo prefiero así.

—Es genial que por fin te hayas decidido a ser mi compañera de piso. — Está sentada en el sofá con una caja a su lado y unos cuantos libros desperdigados a su otro lado.

—Este apartamento es estupendo. —Sonríó al verla fruncir el ceño.

—Así que lo has hecho por el apartamento ¿eh? —Tampoco ella puede evitar dejar escapar una sonrisa.

—Pues, claro. ¿Por qué sino? —Me río al tiempo que abro la caja más grande que hay sobre la mesa del comedor.

El apartamento de Cece es genial. Es bastante más grande y, sin duda,

mucho más luminoso que mi viejo piso. Mi nueva habitación es maravillosa y, además, la ventana da a la calle principal.

En esta caja he metido todos mis zapatos. Soy un desastre. *Sí que lo eres.*

—Esta es la última caja. —Alex entra por la puerta con la caja más grande.

Ha sido muy amable de su parte ayudarme con la mudanza. Últimamente he podido pasar más tiempo con él y, aunque no voy a reconocerlo, es un tipo increíble. Me alegra saber que alguien como Cece tiene a una persona como él en su vida. Se lo merece. *También tú.*

Alex se acerca a la encimera de la cocina para apoyarla en ella, no hay muchos más huecos donde poder dejarla.

—Bueno, ya está, ya es oficial. —Cece sigue sonriendo desde el sofá.

—Supongo que sí. —Estoy contenta, pero una parte de mí... *no lo está.* La parte que piensa en Bryan constantemente.

Cece se levanta del sofá con cierta dificultad, aunque Alex sale disparado hacia ella para ayudarla. Bryan también es ese tipo de chicos. ¿Pero qué estoy haciendo? Tengo que dejar de pensar en él. Se ha ido, se ha ido con otra. Cece camina hacia mí deteniéndose a mi lado. Mete sus finas manos en mi caja y comienza a ver los zapatos.

—Menudo desastre. ¿Cómo se te ha ocurrido guardarlos así todos?

Me encanta la Cece regañina, aunque ella no lo sepa. Río, es casi inevitable. A Alex también parece hacerle gracia.

—Cece, ahora que ya no hay marcha atrás deberías saber algo. —Sostengo la mirada en ella e intento mostrar mi expresión más seria—. Soy un desastre con patas.

Vuelvo a reírme. Cece relaja los hombros, creo que se había asustado por lo que podría estar a punto de decirle.

—Creo que puedo sobrevivir a ello. —Suelta el zapato que sostiene

dentro de la caja.

—Bueno, chicas, si no me necesitáis más tengo que irme. —Alex llama nuestra atención.

—Vale, pero llámame luego. —Imagino que para Cece es inevitable que sus ojos brillen cada vez que se fijan en él.

—Claro. —El novio enamorado dibuja una media sonrisa en su cara—. Abbie, intenta que el piso siga en orden hasta que vuelva. —Deja escapar una carcajada.

—Muy gracioso, Alex. —Arrugo la nariz enfurruñada—. Y gracias por ayudarme con la mudanza.

—Sí, bueno, ahora me debes una. —Sonríe al tiempo que coge de detrás de la puerta su chaqueta vaquera—. Chicas, os veo luego.

Alex sale de casa y cierra la puerta tras de sí. Cece se ha quedado mirándola embobada unos segundos y yo a ella.

—Me cae bien —confieso sin querer decirlo en voz alta. Demasiado tarde.

—¿Qué te cae bien? —sin duda, he llamado su atención—. ¡Madre mía, a Abbie Harrison le cae bien un tío! Debes estar enferma. —Evidentemente quiere sonar sarcástica y lo consigue.

—Quizá lo estoy. —Le sigo el rollo.

Cierro de nuevo la caja y me desplazo hacia la bolsa que he dejado junto al sofá blanco hace un segundo.

—Me alegro de que estés aquí, mucho. —Me mira con ternura. *Es una buena amiga.*

—Y yo de estar aquí, Cece.

Estoy bastante cansada de cargar y descargar cajas, no me había dado cuenta hasta ahora que me he detenido.

Me dejo caer despacio sobre el sofá. El ascensor del viejo edificio donde

vivía hasta hace una hora seguía sin funcionar cuando me ido, así que nos hemos visto obligados a cargar una a una las cajas y bajarlas por las escaleras. Cece no podía hacer demasiado esfuerzo aún y, además, me he negado rotundamente, así que Alex y yo nos hemos encargado de eso.

—¿Y ahora qué? —Cece se ha sentado en una de las sillas.

—¿Ahora qué? —Añado confusa. ¿Le parece poco que haya dado el gran paso de mudarme con ella? Yo que durante muchos meses he preferido estar sola. *Hasta ahora. Hasta ahora.*

—¿Has pensado en eso de volver a la universidad y acabar los estudios? —pregunta de pronto.

Para ella es fácil, estudia empresariales y es una chica decidida, que sabe lo que quiere. *Tú también lo sabes, solo que lo has olvidado.*

Le conté que lo había estado pensando, pero nada más. Bueno, en realidad, no le he dicho que fui a informarme hace unos días, quería meditarlo antes de contarle nada, porque Cece se habría emocionado y yo no habría pensado con claridad que es lo que quiero hacer.

—Pues me he estado informando y... —La miro y parece impaciente—. Hay una especie de curso de Arte en marcha y creo que voy a apuntarme, quizá me sirva para saber qué quiero hacer el próximo semestre.

—Pero eso es genial, Abbie.

Sí que lo es, hermanita.

Cuando todo esto empezó, cuando Jimmy murió, creí que mi vida se iba a limitar a esto, a intentar vivir en un mundo en el que ya no quería estar. Abandoné lo que siempre me había hecho feliz y simplemente esperé que al lunes le siguiera el martes y que al martes el miércoles y el jueves a este. Pero ahora, ahora todo es distinto. Yo me siento distinta. *Solo eres la Abbie de siempre, aunque no la recordabas.* Echo de menos a Jimmy más de lo que creo que podré soportar, pero voy a hacerlo. Lo soportaré porque tengo que

hacerlo. *Abbie yo también te echo de menos, muchísimo.*

Estoy viva, incomprensiblemente estoy viva. Quizá aún siga acordándome de Bryan un tiempo, quizá tampoco a él pueda olvidarlo, pero eso también voy a superarlo. *Y lo harás.* Miro a Cece, miro mi nuevo apartamento y puedo ver la nueva Abbie. Y esta nueva Abbie está lista para continuar. Está lista para, no solo seguir viva, esta nueva Abbie, está más que preparada para vivir, para ser feliz.

Y ya está Abbie, lo has logrado. Creíste que morirías en el intento, que esto iba a ser demasiado duro para soportarlo, pero ya está. Voy a echarte de menos, hermanita. Espero que no olvides que estaré contigo, que siempre voy a estar contigo. Te quiero Abbie.

Jimmy puedo hacerlo, sé que puedo. Te quiero y te echaré de menos siempre. *Buena suerte pequeña.*

XXXIX

ABBIE

Sigo sacando trastos y más trastos de las cajas. Cece me ha ayudado y hemos estado todo el sábado liadas con esto. Yo sigo liada con mis cosas en mi nueva habitación, enormemente espaciosa y maravillosamente iluminada. Tengo un armario gigantesco, tanto que aún está prácticamente vacío a pesar de haber guardado en él la mayoría de mi ropa. Así tendré una excusa para comprar más. Oigo unos golpecitos en la puerta, a pesar de estar abierta.

—He preparado algo de pasta para cenar ¿vienes? —Es mi nueva compañera de piso, la misma que no ha dejado de sonreír desde esta mañana.

—Claro, me encanta la pasta.

Gracias a Cece volveré a alimentarme como es debido, y no como solía hacer cuando vivía sola. Cualquier cosa era comida.

La mesa del comedor está puesta y puedo ver desde allí a mi amiga en la cocina. Me aproximo a ella para llevarme los dos platos, con la muleta y su pierna no del todo recuperada va a necesitar bastante ayuda. Todo listo, comenzamos a comer. La pasta está buenísima, Cece es una tremenda cocinera. La televisión del salón está encendida y podemos escucharla con claridad, aunque ya me he encargado de bajarle el volumen antes de sentarme a cenar.

—¿Te gusta tu nueva habitación?

—Por supuesto. No tiene nada que ver con la anterior. —Llevo el tenedor a la boca—. Y el armario es... gigantesco. —Cojo la jarra del agua y lleno los dos vasos—. Aún está bastante vacío, creía que tenía más ropa, pero me tocará renovar.

—Ya. —Sonríe—. Mi armario es como el tuyo, aunque yo sí lo tengo

lleno —dice sonrojada.

Siempre ha sido una chica realmente elegante, no me extraña que tenga un vestuario tan amplio. No como yo, que siempre voy con los mismos vaqueros y las mismas camisetas.

Seguimos cenando. Me gusta el sonido de la televisión de fondo. Aún me parece increíble que esté aquí, en un apartamento que no es el mío, pero que ahora parece serlo. Casi como un hogar.

—¿Ya te ha llamado el rubiales? —Levanto las cejas, curiosa.

—No, aún no. Suele llamarme después de cenar. —Me observa, sé que se ha dado cuenta. Algo ronda en mi cabeza, y no se equivoca—. Abbie ¿estás bien?

Supongo que todo lo bien que puedo estar. La miro, creyendo que no tengo que contestar, pero lo pregunta en serio.

—Sí, bien.

Más o menos.

—¿Segura? —Deja de comer.

¿Por qué siento que quiere preguntar otra cosa?

—Cece estoy bien, me siento bien después de mucho tiempo. —Y en parte, es cierto.

—Siento lo de Bryan —dice de pronto, destapando al fin el motivo principal de esta conversación. Bryan.

—Yo también siento lo de Bryan —respondo con sinceridad.

No es que tenga muchas ganas de hablar de ello, de hablar de él, pero supongo que no podré huir siempre.

—Abbie de verdad que creía que él...

—No deberías sorprenderte tanto. —Intentando consolar su pena—. Yo ya sabía que había otra chica, siempre la hubo.

Solo me siento enfadada conmigo misma, sabía la verdad desde el

principio, y aun así no lo controlé, dejé que sucediera. Noto un nudo en mi garganta. Ya no quiero comer nada más.

—Pero cuando estaba contigo era como si...

—Éramos dos desconocidos que creíamos que nos ayudábamos, nada más. —Necesito creerlo—. Sabía que al final él acabaría saliendo de allí con ella, es algo que sabía que iba a suceder y que al final sucedió.

¿Qué si duele? Claro que duele, pero estaré bien. Hizo todo eso por ella, no es de extrañar que finalmente sucediera. Bryan es un chico increíble y Zoey acabó viéndolo.

—No volveremos a hablar de ello si no quieres. —Sé que también sufre conmigo y no quiero que se sienta así.

—Sí, prefiero no hablar de ello. Pasó y ya está. —Respiro hondo, también yo debo creerlo—. Por cierto, esta pasta está buenísima, creo que va a ser fácil acostumbrarme a esto.

Sonrío, es la mejor forma de cambiar de tema.

—Siempre he sido buena cocinera —confiesa orgullosa. No voy a negarlo.

Ella continúa comiendo, yo he perdido el apetito. Pensar en Bryan siempre me supone un esfuerzo demasiado grande, por eso dejo los cubiertos dentro del plato y comienzo a recoger. Poco después, Cece se levanta cómo puede intentando llevar las cosas, pero yo le corto el paso y le arrebató los trastos de su mano libre. Le obligo a descansar, es mi turno.

—Abbie no es necesario que...

—Tú cocinas, yo limpio. —Interrumpo.

—De acuerdo. —Asiento.

El teléfono móvil de Cece comienza a sonar. Está sobre la mesita frente al sofá y Cece lo coge todo lo rápido que su pierna le permite acercarse a él.

—Hola Alex.

Puedo escucharla desde la cocina. Es genial que Cece haya encontrado a alguien tan especial, es una chica especial así que se merece un tipo como Alex. El agua está templada y me gusta la sensación de sentirla caer sobre mis manos. Me pregunto si Martha ya conocerá a Zoey, si tal vez Bryan ya la haya llevado a cenar a su casa. Sé que no debería pensar en ello, pero me resulta inevitable hacerlo. Hubiera preferido que nunca me hubiera besado, aunque estuviera borracho y no lo recuerde, quizá así, lo que ahora siento lo habría confundido con cierta nostalgia por no verlo, por haber perdido a un amigo. ¿Pero a quién quiero engañar?

Termino de fregar todo y me seco las manos, estoy realmente cansada después de la mudanza. Cece sigue en el comedor, sentada en el sofá hablando con Alex por teléfono y sigue sonriendo de esa forma tan ridícula y tierna al mismo tiempo. Es obvio que está enamorada. Espero de pie unos segundos hasta que ella se da cuenta que estoy allí y entonces junto las manos, y mediante gestos me las acerco a la cara e inclino mi cabeza. Espero que lo haya entendido. Asiente aún sentada.

—Espera un momento, Alex. —Aleja el teléfono móvil de su oreja—. ¿Te vas a la cama Abbie?

—Sí, estoy cansada y es tarde. —Paso mi mano por el pelo, espera, eso también solía hacerlo Bryan.

—Vale, yo no creo que tarde mucho, porque también estoy cansada.

La televisión sigue encendida, aunque Cece le ha bajado casi por completo el volumen. Sigue sosteniendo entre sus manos el móvil, aunque ha tapado el altavoz para que Alex no pueda oírnos.

—Buenas noches, amiga. —Respiro profundamente.

—Buenas noches, compañera de piso. —Guiña un ojo.

Vuelve a ponerse el teléfono en la oreja y yo camino adormecida hacia mi habitación. Tras entrar en ella, cierro la puerta, me pongo el pijama y me dejo

caer con brusquedad sobre la cama. Estoy cansada, extremadamente cansada y creo que pensar en Bryan es lo que más me agota.

Puedo sentir como mis párpados se cierran, aún hay bastantes cajas y trastos repartidos por la habitación, pero ya está hecho. Duermo sobre un colchón sin sábanas porque he preferido no llevarme las del antiguo piso, así que tengo que comprarme unas nuevas. No tengo cuadros, no tengo muebles, no hay más que un cochón desnudo, un somier y mi enorme armario de pared. Miro el techo y creo que voy a poner algunas de esas estrellitas fosforescentes en él, me gustará poder ver las estrellas en mi techo cada vez que me acueste. Y vuelvo a recordar la noche en Hudson River Park, las estrellas, la película de Casablanca y Bryan. Nuevamente, recuerdo a Bryan.

XL

LUCY

Mamá estoy tan orgullosa de ti. Te quiero. Carol no puede borrar de su cara esa sonrisa. Parece sorprendida con mi nueva actitud. He decidido quitar los plásticos de los sofás y ya no recibo a mis invitados con bolsas para los zapatos. Vuelvo a tener la televisión conectada y colocada en su antiguo espacio, algo que no habría podido llevar a cabo sin la ayuda de Bryan hace unos días. Él la sacó del garaje y se encargó de meterla en casa y de conectar todos los cables. Es un chico maravilloso.

—Alice veo que se encuentra mucho mejor. —Carol sonrío mientras sigue comiendo un trozo de la tarta que he preparado, receta mía.

—Así es. —Yo también me he cortado un pedazo, aunque como mucho más despacio que ella—. Ya he comenzado con los ejercicios, aunque aún no cruzo la valla de mi jardín.

No pasa nada, mamá, lo harás. Lo importante es que lo estás consiguiendo. He pensado en dar un cambio de aspecto al salón, modernizarlo un poco, creo que quiero pintarlo de color amarillo, le dará mucha más luz a la habitación. *Siempre me ha gustado el color amarillo.*

—Es genial, Alice, increíble. —Suena bastante sincera—. Poco a poco, lo lograrás finalmente.

—Sí, creo que puedo hacerlo.

Claro que puedes, siempre has podido.

—Estoy muy orgullosa de tus progresos, Alice. —Me mira como hace tiempo no lo hace.

Me siento extrañamente feliz. Aún me duele, aún lloro, pero la pena es

diferente, muy distinta a la que sentía antes.

—Quiero salir de casa, Carol. Quizá vuelva a trabajar cuando pueda... —digo con la boca pequeña. Me parece increíble que esté hablando de salir de casa, de volver a mi vida. *Es maravilloso mamá.*

—Claro, cuando superes esto podrás retomar tu vida. —Se acerca a mi mesa de té para coger la taza.

Siempre me gustó mi trabajo, sentía que podía ayudar a muchas personas y eso me hacía sentirme bien. *Porque las ayudabas mamá.* Tengo ganas de volver a sentir algo parecido, de hecho, tengo ganas de volver a sentir algo. Desvío mis ojos a la ventana del salón desde donde puede verse el jardín delantero. Las flores están preciosas en esta época del año. Había olvidado el fresco olor que desprenden cuando aún no han sido cortadas y esperan vivas mostrando toda su belleza.

—Dime, Alice. ¿Aún viene ese chico a visitarte? —Carol me contempla, pero sigo con mi vista fuera, en las flores que inundan de color mi jardín.

—¿Qué chico? —respondo un par de minutos después.

—Ese vecino tuyo que venía a veces a verte. —Sacar su enorme sonrisa y puedo ver sus perfectos dientes blancos que aún resaltan mucho más a causa de su tez morena.

—¿Bryan? Sí, aún sigue viniendo de vez en cuando.

Pero fue Abbie quien lo consiguió, mamá.

—¿Y ha sido él el causante de tu recuperación repentina? —pregunta curiosa.

Carol tiene el pelo extremadamente rizado y oscuro.

—En parte.

En parte así ha sido. *Sí, en parte sí, tienes razón.*

—¿En parte? —Frunce el ceño queriendo saber más. Aunque le hable de Abbie ni siquiera sabe quién es y lo cierto es que... *tú tampoco lo sabes.*

—En realidad, también me ha ayudado bastante Abbie —se la menciono por primera vez.

Vino a verme al comienzo de la semana y también parecía cambiada. Me contó que se había mudado, me contó muchas cosas, tantas que quedé sorprendida. No la conozco, no me conoce, y aun así, fue como si hubiera estado viniendo a casa durante años.

—¿Quién es Abbie?

—Es... —La verdad es que no sabría explicárselo. *Es una amiga*—. Una amiga.

—Eso está muy bien. —Tiene la libreta marrón sobre la mesa de té, pero aún no ha escrito nada en ella. Es la primera vez que no la veo anotar—. Y sobre tu familia Alice... —la puedo sentir incómoda, ha cambiado la expresión de su rostro.

—Carol lo sé. —Contengo mis palabras. Aún no quiero creerlo, pero es cierto. Se han ido. *Sí, mamá, y me alegro de que al fin lo comprendas o al menos intentes hacerlo.*

Carol se ha detenido al instante de interrumpirla. No lo había dicho en alto y creo que sí no lo hago no será real, *pero lo es*. Pero lo es. Me duele. *Lo sé, mamá, sé que duele.*

—¿Qué es lo que sabes Alice? —Ha vuelto a coger entre sus manos la libreta y espera con el bolígrafo en la mano y esta sobre sus rodillas.

—Que ya no están —respondo conteniendo el aliento. Algo oprime mi pecho, la respiración. *Mamá tranquila, estoy aquí. Sigo aquí.*

Carol me mira en silencio. Su bolígrafo cae lentamente sobre la libreta. Al principio, cuando la conocí, no lo soportaba. Detestaba que estuviera todo el tiempo con esa horrible libreta marrón anotando una y otra palabra, me hacía sentirme vigilada, loca. Y ahora me sorprende que siga allí sin anotar absolutamente nada. Me siento confusa, dañada. *Todos estamos dañados a*

nuestra manera, mamá, eso no es malo, eso nos hace fuertes.

—Alice ¿recuerdas algo de ese día? —Intenta de nuevo hacer su trabajo, aunque no sé exactamente qué pretende, pero no creo que esté preparada para hablar de ello todavía. *Por favor, mamá, han pasado cinco años, estás más que preparada.*

Vuelvo a desviar mi mirada de ella y esta vez se fija en el plato de tarta que tengo delante, apenas he comido unas pocas y pequeñas cucharadas. Me gustaría ser pequeña, me gustaría ser lo suficientemente diminuta para poder hundirme en ese pedazo de tarta y no salir nunca más.

—Estaba en casa cuando me llamaron del hospital para decirme que mi marido y mi hija acaban de ser ingresados. —Comienzo la historia, aunque algo me aleja de ella. Como si no fuera conmigo, como si estuviera refiriéndome a otras personas que no conozco. Las palabras son navajas afiladas que dañan mi garganta—. Jerry ni siquiera llegó vivo al hospital... Lucy... ella...

Me detengo. No sé en qué momento ha sucedido, pero noto como resbalan por mis mejillas las lágrimas. Amargas lágrimas. *Mamá no me dolió, te prometo que no sentí dolor.* Acaricio con mis manos mi rostro para limpiarlas. Es demasiado doloroso. *Sí, lo es.*

—Alice estoy segura de que ellos sabían perfectamente cuánto los querías. —Apoya su mano sobre la mía, en mi rodilla. *Claro que sí. Nosotros también la queríamos muchísimo.*

Siento cierta calma de una mujer que nunca llegó a conocerlos. De una mujer que no sabe lo mucho que detestaba Jerry las series de detectives, los plátanos y el color rojo. De una mujer que ni siquiera sabe que tuvieron que realizarme una cesárea a última hora porque Lucy era tan testaruda que se negaba a nacer.

De una mujer que no sabe que muchas noches, cuando todos dormían, me

levantaba de la cama con sigilo y me quedaba en el marco de la puerta de la habitación de mi pequeña solamente para verla dormir, y que sin duda era la cosa más hermosa que mis ojos habían visto en toda mi vida. De una mujer que no sabe que si pudiera me habría cambiado por ellos sin dudarlo ni un segundo. Ellos estarían aquí, vivos. Habrían llorado un tiempo, pero después simplemente habrían continuado con sus vidas. *Mamá no digas eso. Yo también te echo tanto de menos que a veces siento que me falta el aliento, pero estás viva. Tú no ibas en ese coche aquella noche, tú no moriste en aquella carretera mojada por la lluvia. No te conviertas en eso. Ojalá hubiera sido yo, todo sería mucho más fácil. Nada hubiera sido fácil, mamá.*

XLI

ABBIE

Había olvidado lo que era tener un pincel en las manos. El tacto de la madera, la precisión. La sensación de control y descontrol, un pequeño movimiento erróneo y todo podría emborronarse. Dejar de ser perfecto.

La clase no es demasiado grande, aunque lo suficiente para los doce estudiantes que nos hemos apuntado a este curso de Arte. El profesor es un tipo bastante simpático, aunque también bastante severo. Me gusta. Nos ha pedido que dibujemos lo que sentimos, cualquier cosa que nos haga sentir exactamente lo mismo que ahora cuando volvamos a verlo tiempo después. Estoy en blanco y llevo en blanco los últimos veinte minutos. Miro el lienzo vacío y sé que quiero llenarlo de un millón de cosas, pero no sé ni por dónde comenzar, ni cual de todas las cosas que rondan por mi cabeza debe quedarse fuera. A mi derecha tengo a una compañera asiática que no ha soltado el pincel ni un segundo, lo que me hace pensar que sus emociones son bastante complejas. A mi izquierda, un chico que solo ha utilizado dos colores y cuya obra puedo ver perfectamente desde mi asiento. Vuelvo a mirar mi lienzo.

—¿No sientes nada? —El profesor se encuentra tras de mí observando mi cuadro en blanco con el ceño fruncido.

—¿Qué? —respondo sorprendida, sin haberlo visto venir.

—Está en blanco, Abbie.

Vaya, no me había dado cuenta de ello. Es evidente que está en blanco, gracias por la observación.

—No es eso, es que...

Tampoco creo que esté preparada para plasmar mis sentimientos en un

lienzo en blanco.

—No importa, cada uno siente diferent...

—No es eso. —Interrumpo resultando realmente borde, de nuevo—. No sé por dónde empezar.

No parece haberle afectado demasiado mi interrupción, supongo que estará acostumbrado a tratar con artistas melodramáticos y egocentristas.

—Bien, pues... —Sigue sin apartar sus ojos de mi triste cuadro en blanco—. ¿Qué es lo primero que has pensado cuando he mandado que pintéis lo que sintáis?

Bryan.

—Yo... —Podría decirle una mentira y ni siquiera se daría cuenta—. Esperanza. Nostalgia, oportunidades, miedos... inseguridad.

Bryan también me hace sentir todo eso. También eso es él.

—Pues ya sabes por dónde comenzar. —Me mira un segundo ante de continuar su paseo por la clase observando todos los cuadros.

Así que tengo que dibujar todo lo que me hace sentir Bryan, bien, pues voy a necesitar muchos más lienzos en blanco. Cojo el carboncillo negro, antes de dedicarme a retratar a la gente con un simple lápiz afilado comencé con el carboncillo y, supongo, que es el momento más que apropiado para retomarlo. Mi mano comienza, no sé muy bien qué se supone que va a crear sobre esa base blanca, pero sé que debo dejarla hacerlo. Y lo hago.

—Vaya, es genial, yo nunca supe dibujar decentemente con carboncillo. —Mi compañero de la izquierda me sorprende.

—¿Cómo dices? —Detengo mi mano.

—Digo que siempre fui pésimo con el carboncillo, yo soy de pincel. —Se halla sentado observando mi dibujo.

—Yo empecé con el carboncillo.

Y recuerdo como siempre ensuciaba todo, al menos al principio. Sonrío.

—Bonita sonrisa. —Consigue llamar mi atención—. ¿Quién es?

¿Por qué cree que voy a contárselo? Desvío mis ojos a su lienzo y es extrañamente abstracto.

—¿Y qué se supone que sientes tú? —Soy consciente de que he fruncido el ceño observando su obra.

—Energía —dice como si fuera obvio. Desvía sus ojos de mi cuadro para volver a contemplar el suyo.

—¿Energía? Eso ni siquiera es un sentimiento. ¿Lo sabes verdad? —
Vuelvo a sonreír.

Continúo con mi trabajo, pero sé que aún me observa callado. Unos quince minutos después comienza a tener una forma reconocible y también quince minutos después mi cabeza comienza a reconocer a la perfección la escena y el momento. Debo estar volviéndome completamente loca si dejo que mi mano se independice de esa manera. Yo no quiero recordarlo más. Me detengo.

Soy consciente de que no me queda demasiado para finalizarlo y que el profesor vuelve a estar detrás observando en silencio. Me pone nerviosa.

—Te manejas muy bien con carboncillo. El dibujo es, técnicamente hablando, bastante acertado. —El profesor sigue observando, pero no me detengo ni hago ningún tipo de comentario al respecto.

Tarda unos minutos más en continuar su recorrido. Estoy tan concentrada en mi lienzo ya no vacío, ni blanco, que ni siquiera presto atención al profesor Kepner cuando comienza a hablar en alto para toda la clase. No puedo parar.

—Parece un tipo bastante curioso. —De nuevo, la voz de mi compañero susurra para evitar que el profesor se dé cuenta.

—Lo es —me limito a responder.

Sé que habla del tipo de mi lienzo, el que se encuentra sentado en esa silla de lo que podría parecer una cafetería cualquiera si yo no supiera que

donde trabajo, donde lo conocí. Donde todo comenzó.

Bryan es un tipo curioso, siempre lo ha sido. Todos se levantan de sus asientos con rapidez, ni siquiera me he dado cuenta en qué momento el profesor ha dado por finalizada la clase. Tardo unos segundos en reaccionar, pero acabo haciéndolo.

—Ha quedado genial. —Mi compañero se aproxima, no entendiendo que no voy a hablar del protagonista de mi dibujo. Sé que parece un tipo bastante majo, pero he agotado el cupo de tíos majos por una temporada.

—Aún no está terminado del todo —respondo intentando no ser la Abbie borde de siempre. Miro su cuadro—. El tuyo es bastante... raro y confuso.

Soy sincera, suelo decir lo que pienso. Por la expresión de su cara no parece haberle molestado, de hecho, creo que se está riendo. ¿Por qué se ríe?

—Quizá es que realmente sentía confusión cuando lo he empezado. —Ríe sin dejar de mirar su lienzo—. No podemos ocultar lo que sentimos después de todo.

—¡Abbie puedes esperar un momento! —El profesor me mira desde su mesa a unos metros de distancia de mí.

Algunos de los estudiantes ya han salido de clase, otros aún recogen sus cosas.

—¡Claro! —contesto.

Termino de recoger las cosas antes de colgarme mi nueva mochila de cuero marrón, regalo de Cece. Adoro a esa chica. Me acerco al profesor, o al menos lo intento, pero el compañero que estaba sentado a mi izquierda se interpone en mi camino. No es demasiado alto, aunque tiene los mismos ojos azules de Bryan. Freno en seco.

—No sé quién se supone que es ese tío que has dibujado, pero tengo dos opciones. —Se encuentra bastante cerca de mí—. O bien es tu novio y pensabas en él, o bien el tipo que te rompió el corazón e... igualmente,

pensabas en él. La verdad es que preferiría la segunda opción, porque al menos esa me dejaría una oportunidad contigo.

¿Qué? Reconozco que me ha sorprendido, aunque no era lo que esperaba.

—Ya, bueno, pues vas a quedarte sin saberlo.

Se ríe y desvía su mirada de mí. Puedo ver al profesor Kepner tras el chico de ojos claros, al menos parece ocupado leyendo unos trabajos y no me espera impaciente. Esquivo al compañero y continúo caminando hacia mi profesor.

—Por cierto. —Se da la vuelta y me mira con una sonrisa en su cara—. Me llamo Jimmy. ¿Jimmy? Siento un nudo en mi garganta—. Encantado de conocerte, Abbie.

XLII

LUCY

Mamá es increíble que lo hayas logrado, es genial, más que genial. No puedo creerme que la pequeña hija de Molly vaya a cumplir cuatro años ya, la última vez que la vi ni siquiera había salido del vientre de su madre, y han pasado tantas cosas desde entonces. *Sí, muchas.* Me encanta poder estar de vuelta, volver a sentirme útil de nuevo. Las cosas por aquí no han cambiado demasiado. Ahora hay una chica nueva en recepción, una joven muchacha llamada Kimberley, pero Beth sigue ahí, también Glenda y Quinn. Es como si nunca me hubiera ido.

Camino por el pasillo y puedo ver cómo el mundo no ha dejado de girar ni un solo momento desde que me fui. Me cruzo con viejos compañeros que me saludan, pero también con nuevos, mientras los pacientes esperan junto a sus familiares. Puedo ver el mostrador de recepción a lo lejos y a Beth tras él. Hay un par de personas esperando en él, pero uno de ellos me es realmente familiar.

—¿Bryan?

Se encuentra apoyado en el mostrador, mirándolo todo.

—Hola, Alice. —Parece tan sorprendido como yo. Me mira de pies a cabeza y sonrío—. ¿Trabajas aquí?

Es cierto que nunca le hablé de ello. Apoyo las carpetas que sostengo entre las manos en el mostrador. Hacía ya un tiempo que no lo veía, y bastante que no se deja caer por casa, desde mi pronta recuperación las cosas han ido cambiando poco a poco. *Estás aquí mamá, han cambiado mucho más rápido de lo que piensas.* Bryan parece ciertamente feliz.

—Sí, así es, pero tú... ¿Va todo bien?

De pronto, caigo en la cuenta de lo que puede significar verlo en un sitio como este. La sorpresa y alegría se convierten de repente en preocupación. Me preocupa que haya vuelto la enfermedad.

—Todo bien, Alice, no vengo como paciente. —Sonríe con dulzura.

—Me alegro, ya me habías asustado. —Coloco mi mano sobre su brazo apoyado en el mostrador de recepción—. Entonces... ¿Qué haces por aquí?

Me alegro muchísimo de que esté bien, que todo esté bien. Beth nos observa sentada en la silla. Ha sido bastante extraño encontrarla a mi vuelta con ese color de pelo rojo chillón, aunque le sienta bien el cambio.

—Eh... en realidad estoy esperando a alguien. —Sus ojos azules han bailado con cierta confusión—. Ahí viene.

Su mirada se fija en una chica rubia con el uniforme rosa que usan las enfermeras. Es bastante guapa. Se aproxima sin dejar de sonreír, y lo cierto es que tiene una carita bastante delicada.

—Hola. —La chica rubia se acerca a Bryan y le planta un beso en la mejilla. Es mucho más guapa de cerca.

—Hola —responde él. Su voz es suave—. Zoey esta es Alice Ebert, una vecina y amiga.

¿Será su novia? Reconozco que Bryan tiene buen criterio para elegir a las chicas. Abbie también es una chica muy guapa.

—Encantada, señora Ebert. —Me extiende la mano muy educadamente, y yo la acepto sin dudar.

—Igualmente, Zoey.

Tiene los ojos azules, aunque no tan claros como los de Bryan.

—Bueno, Bryan, voy a cambiarme y ahora nos vemos. —Lo mira con ternura.

—Vale, claro. —Bryan también parece hacerlo.

—Señora Ebert hasta la próxima. —Se despide de mí educadamente.

Asiento. La chica rubia de uniforme rosa se acerca a Bryan y le da un pequeño beso en los labios antes de darse la vuelta y continuar su camino. *Parece que sí que es su novia, mamá.* Creo que me gusta mucho más Abbie.

—¿Bryan quieres tomar un café o algo mientras esperas?

Hace tiempo que no lo veo y me gusta hablar con él. Imagino que le habrá sorprendido encontrarme allí, fuera de casa. Todo ha ido tan rápido.

—Por supuesto. —Sonríe.

La cafetería del hospital no está demasiado llena. Muchos de ellos son médicos que aprovechan su descanso para comer alguna cosa. Puedo ver a unas cuantas mesas de nosotros al doctor Winston. Vuelvo a mirar la cara de Bryan y su sonrisa parece haber desaparecido de repente.

—Me alegro muchísimo que al fin lo haya conseguido, señora Ebert —dice con total sinceridad, pero es evidente que algo ocupa su mente.

—Y yo Bryan. —*Y yo mamá*—. ¿Todo bien?

Bryan estuvo en estos cinco años sin dejar de preocuparse por una loca agorafóbica como yo, quizá ahora es él el que necesita algo de consuelo. Al menos eso es lo que me parece desde mi perspectiva.

—Debería estar todo bien —se limita a responder. Una expresión que, sin duda, no siente. Sus ojos se pierden en la taza de café y sus manos la sujetan con fuerza como si esta fuera a salir despegada en cualquier momento—. No me haga caso, Alice. Todo bien.

—Pues no parece que sea así. —Se que no debería meterme donde no me llaman, pero... *no puedes evitarlo, lo sé*—. Es muy guapa esa tal Zoey.

—Ya —responde con media sonrisa en su rostro. No es la respuesta que esperaba de un chico enamorado—. Alice... ¿Alguna vez lo ha tenido todo y, sin embargo, sentía que no era así?

Parece preocupado por algo que sin duda se me escapa.

—¿Bryan qué ocurre? —Lanzo la pregunta y espero. Noto que quiere contármelo, pero una parte de él se lo impide.

—Zoey es fantástica. —Levanta sus ojos azules del café para mirarme—. Pero Abbie también lo era.

¿Abbie? ¡Oh, por Dios! Creo que comienzo a entender algo de todo esto.

—¿No has vuelto a verla?

Conozco la respuesta, porque a diferencia de él, Abbie y yo hemos mantenido el contacto estas últimas semanas.

—No, no he vuelto a verla. —Coge el café con las dos manos y pega un sorbo.

—Está bien. —Lo mantengo informado, creo que necesita saberlo.

—¿La ha visto? —Parece sorprendido.

—Sí, ella ha venido a verme alguna que otra vez y quedamos de vez en cuando.

Supongo que es normal que lo desconozca si no ha vuelto a verla ni hablar con ella desde hace tanto tiempo.

—¿Y está bien? —Ha alzado las cejas y espera atento mi respuesta.

Ella no me ha hablado de él y ahora comienzo a comprender por qué. Creo que ambos se encuentran del mismo modo, perdidos.

—Al menos eso me ha parecido —respondo. Parece ahora más triste que antes—. Bryan, si la llamas, igual podéis quedar y veros algún día.

—Dudo que quiera verme. —Vuelve apartar sus ojos azules de mí—. Verás, Alice, nosotros no acabamos muy bien.

No parece querer escuchar nada más sobre ella. *Es curioso el amor, ¿verdad mamá?* Puedo ver acercarse a nuestra mesa a Zoey, es guapa, parece simpática y sin duda parece sentir algo fuerte por Bryan, pero también siento que no es lo que ese chico necesita para volver a sonreír. Es evidente que ahora mismo no es eso lo que necesita.

XLIII

BRYAN

El café está frío. Sé que Alice tiene razón, debería llamarla para agradecerle lo que hizo, para saber cómo está. La echo de menos mucho más de lo que pensé que la echaría en falta. Zoey es genial, pero no es Abbie. He intentado ocultar mi confusión todo este tiempo, pero no sé cuánto tiempo más podré hacerlo. Quizá Abbie ya no quiera volver a verme nunca más, pero la verdad de todo esto es que yo sí quiero, sí lo necesito.

—Bryan, a veces necesitamos cosas que creemos que nunca necesitaríamos y podemos resignarnos o intentar conseguir las de nuevo. —Los dos sabemos que esa cosa tiene el nombre de Abbie. No sé lo que ha podido contarle ella a Alice, pero es evidente que está bien sin mí y eso me preocupa, mucho, porque yo no lo estoy—. Bueno, Bryan, ven a visitarme algún otro día, ya sabes dónde trabajo.

—Claro, Alice. —Parece radiante después de todo.

Me parece increíble que se haya recuperado en tan poco tiempo, pero también me sorprende que Abbie haya seguido visitándola. Abbie... ¿Por qué no puedo sacarla de mi cabeza? Alice se levanta de la silla con una sonrisa y se aleja poco a poco. Ni siquiera sabía que trabajaba en un hospital y mucho menos que se trataba del mismo donde trabaja Zoey, supongo que el mundo es mucho más pequeño de lo que creemos después de todo.

—Ya estoy. —Sé que es Zoey porque reconozco su dulce voz y sus labios en mi mejilla—. ¿Nos vamos?

—Sí, vamos. —Vuelvo a dibujar en mi rostro una sonrisa, la misma sonrisa que llevo ya unas cuantas semanas mostrando al mundo. Una sonrisa

vacía.

Ya en el coche todo parece un sueño lejano. Zoey está preciosa y sé que algo nerviosa también, puedo notárselo. Es la primera vez que la llevo a casa, mamá insistió en que la invitara a cenar para poder conocerla y así he hecho. Es curioso, con Abbie ni siquiera lo pensé demasiado, ni me preocupó que mamá pudiera conocerla antes de tiempo, y Abbie parecía tan tranquila con ello. Debo dejar de pensar en ella, ya no está, ahora está Zoey.

—Parece una mujer muy simpática la señora Ebert. —Zoey coge mi mano mientras andamos por el camino que conduce a la puerta de casa.

—Es una buena mujer. —No le he hablado de ella, ni de su tragedia.

Agarra con fuerza mi mano, pero por algún motivo siempre que lo hace mi mano recuerda la suavidad de la mano de Abbie. También la suavidad de su cintura desnuda. Debo centrarme, ahora estoy con Zoey. Al llegar a casa, abro la puerta, mamá está en la cocina y ambos caminamos juntos hacia allí. No estoy demasiado nervioso, sé que a mamá le va a gustar, es algo que siempre he sabido porque es buena chica. Eso no me preocupa demasiado. Y así es. Al cabo de un rato, ambas mujeres charlan alegremente mientras cenamos. Parecen cómodas y contentas, y yo, yo me siento fuera del mundo en este momento. Recuerdo la sonrisa de Abbie y sus comentarios siempre doble intencionados y su picardía para hablar y su... ¿Pero qué me está pasando?

Tras la cena, nuestra invitada se encuentra sentada en el banco de madera del jardín trasero mirando las estrellas, es una vista bastante hermosa desde el umbral de la puerta de la cocina desde donde la observo embelesado. Es genial. Desde el primer día que la vi en el hospital soñé con este momento que, por supuesto, creí que jamás sucedería, pero aquí estamos los tres y Zoey está tan cerca y es tan mía ahora, que debería ser un sueño.

—Bryan, me gusta. —Mamá se acerca por detrás y se detiene a unos pocos metros de mí.

—Zoey es increíble. —Le dedico una mirada fugaz.

—Y es esto lo que quieres ¿verdad? —Y, como si me conociera mejor que yo mismo, hecho que es más que acertado, me pregunta con esa mirada suya de saber lo que pienso en este preciso instante. Giro mi rostro hacia ella, también mi cuerpo se ve obligado a hacerlo.

Soy consciente de que he fruncido el ceño, por mucho que me esfuerce en ocultarlo. ¿Si es lo que quiero? Al menos era lo que quería hace unos meses. ¿Si es lo que quiero ahora? Quizá. Odio que me conozca tanto.

—Mamá, claro yo...

¿Cómo debería continuar? Tendría que haber dicho sí y punto.

—Hay una cosa que debes ver —dice entre dientes mientras se aleja de mí y deja el trapo de la cocina sobre la mesa.

Se acerca a la encimera de la cocina, justo donde solemos dejar las revistas y el correo. Después de un breve segundo, regresa hacia mí con una carta en la mano. ¿Se supone que es para mí?

—Mamá ¿qué es eso? —Se detiene muy cerca de donde estoy.

—Ábrelo. —Ordena sin darme tiempo a reaccionar. Alarga su mano con la carta y espera a que yo la coja. Lo hago como acto reflejo.

¿Juilliard?

Estimado señor Scott:

Tras recibir y escuchar su actuación nos complace decirle que nos gustaría concederle una oportunidad. Los días 2 y 3 de agosto se han organizado las últimas audiciones para Juilliard, audiciones extraordinarias que hemos creído necesarias establecer a causa de ciertos casos como el suyo. De este modo, nos complace invitarle el día 2 de agosto a las 10:30 de la mañana en nuestra escuela para una audición especial.

¿Actuación? ¿Audiciones? No entiendo nada de nada. ¿Juilliard?

—¿Es lo que creo que es Bryan? —Ni siquiera me había dado cuenta de que mamá sigue ahí de pie sin saber nada y esperando. Ya somos dos—. Bryan ¿qué dice?

Debe haber notado en mi cara el asombro y la confusión. Ni siquiera entiendo que se supone que significa todo esto.

—Tengo que hacer una audición en una semana —digo al fin sin ser consciente de las palabras que salen por mi boca. Me cuerpo se ha paralizado.

—¿En Juilliard? ¡Bryan eso es fantástico! —Mamá me abalanza hacia mí, rodeándome con sus brazos con tanta fuerza que acabo sintiendo que me falta el aire. Yo sigo sin saber cómo reaccionar.

—Tienen que haberse equivocado mamá, yo ni siquiera me puse en contacto con ellos. —Sigo con la mirada perdida, sorprendido y confuso.

—Bryan, sé que Zoey es una buena chica, no lo dudo, pero te voy a ser sincera... a—Así es como mamá comienza siempre sus grandes discursos en lo que siempre, a mi pesar, tiene razón. Se aparta de mis unos centímetros acariciando mi mejilla con dulzura antes de continuar—: No he vuelto a ver ni el brillo en tus ojos, ni tu hermosa sonrisa desde que se fue Abbie. No sé por qué dejasteis de hablaros y no voy a meterme en eso, pero creo que a esa chica le importas mucho más de lo que tú crees.

Siento un nudo en mi garganta que me impide hablar. Mamá lo supo, mamá pudo notarlo, pero mamá no sabe que ella me apartó sin contemplaciones, sin pensarlo ni un segundo. Ni que yo salí de allí con Zoey, después de todo.

—Mamá, Abbie se fue.

—Bryan, yo no he sido la que se ha puesto en contacto con esta escuela y por tu asombro, tampoco tú mandaste nada a Juilliard, así que las opciones se reducen considerablemente ¿no crees?

Todavía no ha alejado su mano, marcada por la edad, de mi rostro. Continúa mirándome de ese modo haciéndome sentir un auténtico estúpido por no haberlo visto antes.

—¿Abbie?

¿Abbie ha sido la responsable de esto? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué ella iba a hacer algo así? Quizá solo fuera uno de sus muchos planes que tenía para mí.

—Bryan, quizá Abbie se haya marchado, pero sabes exactamente dónde encontrarla. —Su voz es tan tierna, tan maternal.

Mamá se aproxima a mí para besar mi mejilla. ¿Eso es lo que debería hacer? ¿Buscarla? Mamá comienza a caminar hacia fuera para detenerse junto al banco de madera donde Zoey espera desde hace unos minutos, después se sienta a su lado y ambas se quedan mirando las estrellas. Yo vuelvo al umbral de la puerta y dejo caer mi peso en el marco, aún sostengo la carta de Juilliard entre mis dedos. Debería estar feliz, extremadamente feliz ahora mismo, porque lo tengo todo, pero... Miro el cielo estrellado en esta noche de julio. Recuerdo la noche en Hudson River Park, recuerdo las estrellas, la manta de cuadros escoceses, Casablanca. Recuerdo a Abbie.

XLIV

ABBIE

Alice se ve genial. Se ha cortado el pelo, sus mejillas han cambiado de color a un tono cálido, su sonrisa se ve radiante. Me parece asombroso que yo tenga algo que ver con todo esto, yo que no he sabido encauzar mi vida en este último año. Hace un día estupendo y vuelvo a sentirme en calma de nuevo. La gente pasea por la calle con cierta felicidad, quizá sea yo la que perciba eso.

—Te noto contenta, Abbie. —Alice remueve con paciencia el café.

—Estoy contenta. —Sonrío. Por supuesto que aún sigo pensando en Bryan, pero cada día menos y eso me hace sentir un poco mejor—. Yo también te veo contenta.

De hecho, está radiante. Parece una mujer distinta a la que conocí en aquella casa envuelta de plástico. Veo alguna arruga en su rostro, pero creo que son arrugas de felicidad. Después de todo, sí se puede sobrevivir a una tragedia como la suya.

—Hoy me encuentro un poco mejor que ayer. —Sonríe y tiene una sonrisa gigantesca—. ¿Qué tal el curso de Arte?

Ya se lo conté, unos días antes de apuntarme. Pronto hará un mes que comencé el curso y me asombra pensar lo rápido que pasa el tiempo. Ni siquiera puedo creer que haya vuelto hacerlo, ni que esté a punto de hacerlo de nuevo.

—Genial, el profesor es exigente, pero me hace bien volver hacer lo que siempre me ha apasionado.

Y no pienso detenerme. Bebo mi batido de fresa sin dejar de mirar a la gente que pasea por nuestro lado. Nueva York en agosto está lleno de turistas.

—Así que supongo que retomarás las clases en septiembre ¿no? —Alice alza una ceja y dibuja en su rostro una sonrisa.

—Supones bien.

Sí, es oficial, acabaré la carrera. A Cece casi le da algo cuando se lo he contado, pero he recurado la fuerza para continuar.

—Eso es fantástico, Abbie. —Acerca la taza a sus labios.

—De hecho, quería contarte algo. —Cruzo los brazos sobre la mesa y la observo.

—Dime. —Lleva una blusa blanca muy bonita que sin duda resalta sus ojos color miel.

—La semana que viene expongo —digo sin anestesia. Noto los nervios recorriendo mi cuerpo.

Hace ya unas semanas que el profesor Kepner me ofreció exponer un conjunto de mis obras en una pequeña galería de arte de Manhattan junto a cuatro compañeros más. Me negué al principio, por supuesto, pero a medida que pasaban los días y la insistencia continua de Cece, Alex y Jimmy consiguieron el milagro de que aceptara. Y desde aquel día no he podido controlar los nervios.

Observo la reacción de Alice y está asombrada, también contenta, incluso podría decir que algo asustada. Ha levantado los brazos y abierto las manos en señal de sorpresa. Quería habérselo dicho en el mismo momento en que dije que sí, pero ha sido un follón estos últimos días.

—¡Dios mío Abbie! Eso es maravilloso. —La observo y veo a Bryan.

—Supongo que sí, aunque estoy atacada de los nervios. —Desvío mis ojos de ella.

—No digas eso, Abbie, va a ser genial. Estoy segura. —Ha bajado los brazos y ahora su mano se encuentra sobre la mía—. Tus padres estarán orgullosos de ti.

Mis padres. Ni siquiera había pensado en ellos desde hace bastante tiempo. Ellos no saben nada de todo esto, no saben nada de mi nueva vida neoyorkina. Seguramente sigan en la mansión a las afueras de Charleston con el lago, los jardines, los caballos. Me pregunto si pensarán en mí de vez en cuando.

—Ya, bueno... lo cierto es que no sé nada de ellos desde hace mucho tiempo.

A Alice no le he hablado de ello. Sabe lo de Jimmy, pero no que no he intentado ponerme en contactos con ellos desde que me mudé hace casi nueve meses. Tengo miedo de que crea que no soy una buena persona, ahora mismo, junto a Cece, es una de las personas más importantes en mi vida.

—Quizá sería un buen momento para llamarlos —dice cambiando la expresión de su rostro. Sé que está incómoda, ella perdió a su hija y yo huyo de mis padres.

—No creo que...

—Abbie, si Lucy se hubiera marchado de repente, sin decir nada, sin duda me habría dolido muchísimo. —Tiene que detenerse, lo sé. Es duro—. Pero por mucho tiempo que hubiera pasado no podría más que llorar de felicidad si volviera a saber de ella.

Veo unas pequeñas lágrimas en las mejillas de Alice. No es justo que ella haya perdido a su hija en un accidente y que descubra que yo huyo de mis padres voluntariamente. Quizá tenga razón y sea hora de enfrentarme también a ello.

—Tal vez los llame. —Es lo mínimo que puedo prometerle de algún modo a Alice para calmar su pena.

—Eso estaría bien. —Vuelve a sonreír al tiempo que limpia sus lágrimas—. ¿Lo sabe Bryan? Lo de la exposición.

Bryan. Contra más lejos creo estar de él, más cerca me encuentro.

—Yo no le he dicho nada —respondo al tiempo que sonrío con cierta ironía. Sabe que no lo he visto ni sé nada de él desde hace mucho tiempo.

Nota mi sarcasmo al instante. Sonríe y vuelve a remover el café.

—Lo he visto.

Me detengo. ¿Lo ha visto?

—Creía que hacía mucho tiempo que no sabías de él. —Intento seguir la conversación, aunque no estoy segura de querer hacerlo.

—Lo vi hace unas semanas. En el hospital. —Sé que me mira, aunque yo no lo esté haciendo.

—¿En el hospital? ¿Está bien? —Noto mi corazón encogido y me respiración entre cortada. Espero de verdad que esté bien.

—Oh, sí, sí, Abbie no pretendía asustarte. —Es evidente que mis gestos descubren mis sentimientos en este momento—. Él fue a recoger a... —No entiendo muy bien por qué se ha detenido.

Alice me observa callada y siento preocupación en su rostro.

—¿A? —Le pido que siga por donde se ha quedado. Soy consciente de que he fruncido el ceño.

—A Zoey. —Es casi un susurro que sale despedido de sus labios.

Pues claro. Vuelvo a sentir un nudo en mi estómago. Ni siquiera recordaba que la conoció en el hospital, que era una enfermera guapa de la que se enamoró al instante. No quiero pensar.

—Ah. —Sé lo confuso que resulta mi contestación, pero ni siquiera puedo articular palabras coherentes.

—¿La conoces? —Alice no sabe la historia, no sabe nada.

—Más o menos. —Esa es la mejor respuesta que puedo dar ahora mismo.

Desvío mis ojos al batido de fresa, no me he dado cuenta cuando mi sorbo ha sido tan grande que ha vaciado la mitad de mi copa. Me gustaría tantísimo hundirme en ella.

—Deberías invitarlo a la exposición. —Alice sigue mirándome y no parece que vaya a rendirse.

—Tal vez.

Las dos sabemos que no voy hacerlo, no necesito, ni puedo verlo ahora mismo y menos ahora que sé que Zoey y él están tan bien juntos. Conseguí mi objetivo, supongo.

—No vas hacerlo ¿verdad? —Oigo la ahogada sonrisa de Alice y levanto la cabeza para verla. No me equivocaba.

—No, no creo. —Saco una de mis bonitas y sonrisas—. Ya ha pasado un tiempo desde que no nos vemos y...

Y no puedo decirle que en realidad no puedo verlo, porque me enamoré de él tan rápida y locamente que es posible que estrangulara a Zoey si la volviera a ver. Y así, solo sería la más mala de esta historia.

—Y no quieres verlo con ella —dice sin vacilaciones. Sigue la media sonrisa en su cara. Yo me paralizó y contengo la respiración—. ¿Verdad?

Supongo que antes o después acabaría dándose cuenta. Es demasiado evidente que mi cuerpo se tensa cuando oigo su nombre, aún no he aprendido a controlar eso. Asiento. Ni yo misma podría haberlo dicho mejor.

—Abbie, realmente creo que deberíais hablar. —Sueno como si ya hubiera hablado de esto con él. Espero que no.

—Alice no quiero hablar de ello. —Intento respirar con tranquilidad y volver a la calma—. Se acabó y ya está. Somos ese tipo de personas que pasan por tu vida una temporada y continúan por otro camino. Él pasó por la mía y se marchó.

Es cierto.

—¿Estás segura? —Apoya el codo en la mesa y coloca la mano sosteniendo la barbilla sin dejar de mirarme.

—Ajá.

Debo creerlo.

—¿Sabes lo que yo creo? —Desvía sus ojos un instante—. Creo que no deberíamos apartar a las personas que queremos de nuestro lado, porque en cualquier momento pueden... desaparecer sin más. —Las dos sabemos que tiene razón, que hemos sufrido esa pérdida—. También creo que os echáis de menos mucho más de lo que ninguno es capaz de reconocer.

Y nuevamente vuelve a tener razón. ¿En qué momento la lunática Alice Ebert ha recuperado el juicio por completo? Sé que debería escucharla. Sé que tiene razón y sé que es cierto, que lo echo de menos más de lo que voy a reconocer, pero todo esto es demasiado complicado, demasiado intenso para seguir dándole vueltas continuamente. Comienza a dolerme la cabeza y Bryan vuelve a ser el causante de ello.

XLV

BRYAN

Cruzo la carretera con rapidez, aunque también con cuidado. Estoy más nervioso de lo que recuerdo haber estado en toda mi vida. Solo cuando estuve sobre aquel escenario en las audiciones para Juilliard hace algo más de dos semanas sentí algo parecido recorriéndome todo el cuerpo. Sonrío sin ningún motivo aparente. Estoy siguiendo la dirección que Alice me ha facilitado tras mi primer fracaso monumental hace dos días. Es un barrio muy tranquilo, sin demasiados coches ni demasiada gente. Busco el patio número treinta y cinco y puedo ver que no ando demasiado mal encaminado. Tengo tantas ganas de verla, de decírselo, aunque estoy muy, pero que muy asustado. Debo estar cerca, levanto un poco la mirada y puedo ver a alguien conocido bajando las escaleras del patio.

—¡Cece! —Me veo obligado a alzar la voz, pero funciona para detener su paso.

—¿Bryan? —Es más alta de lo que pensé que era, de hecho, se me hace bastante extraño verla de pie sin más—. ¿Qué haces por aquí?

Cada vez estoy más cerca, hasta que por fin me detengo a unos pocos pasos de Cece. Puedo ver su cara de sorpresa al verme y no es para menos. Se acerca a mí para darme un beso y yo a ella para devolvérselo.

—Pues yo... —La verdad es que no sé muy bien cuando lo he decidido, pero aquí estoy—. Vengo a ver a Abbie. Alice me dijo que se había mudado y me dio la dirección.

—Pues sí, Abbie se mudó hace ya un mes a mi apartamento. —Sigue con cierto asombro en su rostro—. Y... ¿Para qué la buscabas exactamente?

—Quería hablar con ella —confieso, unque es posible que ella no quiera.

—Pues, verás, Bryan, Abbie... —Cece aclara su garganta antes de continuar—. Abbie no está ahora mismo.

—Quizá puedas decirme dónde encontrarla o cuándo va a volver, no sé, tal vez...

—No me refiero aquí en el apartamento, aunque también, sino a aquí en Nueva York. —Su mano derecha agarra la correa del bolso que cuelga en su hombro izquierdo.

—¿Aquí en Nueva York? —pregunto confuso. Espero que eso no signifique que se ha marchado para siempre.

—Pero volverá —se adelanta a decir dada mi sorpresa—. Ella está en Charleston, en Carolina del Sur.

¿En casa? No puedo creerme que haya vuelto a su casa.

—Oh, vaya. —Aparto los ojos de Cece un segundo. Abbie ha vuelto a casa, al sitio de donde huyó hace muchos meses.

—Bryan ¿te apetece que demos un paseo? —Ha inclinado levemente su rostro y espera.

—Eh... sí, vale.

Comenzamos a caminar por la calle. Lo cierto es que no conozco muy bien a Cece, pero Abbie siempre me contó maravillas sobre ella y a mí, particularmente, me pareció bastante simpática la noche que la conocí en aquella fiesta. Cuando lo recuerdo es como si hubieran pasado mil años de aquel día. Nuestro paso es lento y tranquilo, no deberá tener demasiada prisa.

—Así que ha vuelto a casa. —Sigo sorprendido. Es un paso muy importante para Abbie, lo sé.

—A mí también me sorprendió su decisión, pero sí, se fue hace unos días. —Se puede oír el ruido de sus tacones.

—Eso está bien, creo.

—Sí lo está —responde ella contenta—. Dime ¿qué tal todo?

—Bastante bien, la verdad. —Omito el detalle de «no puedo dejar de pensar en tu amiga ni un segundo» no creo que sea el momento adecuado para una confesión como esa.

—Me alegro. —Suena sincera—. ¿Y venías a decírselo a Abbie? Que todo te va bien.

Sé que intenta indagar un poco más y no puedo culparla. Es ahora, algo así como parte de su familia, y por ello quiere protegerla.

—En realidad, venía a decirle que me han admitido en Juilliard.

Solo lo he dicho un par de veces en voz alta, pero aún sigo estremeciéndome al escucharlo.

—¡Oh vaya! Felicidades, es genial. Abbie se va alegrar un montón. —Agarra mi brazo con fuerza al tiempo que sonrío.

—Bueno, ni siquiera lo hubiera conseguido sin ella. Ella fue la que se puso en contacto con la escuela.

—Lo sé. Mandó tu video.

¿Mi vídeo?

—¿Qué vídeo? —Arrugo la frente. No sabía cómo lo había hecho y parece que acabo de descubrirlo.

—Ella te grabó cuando tocaste junto al Museo y después mandó el video —confiesa sin percatarse de mi asombro—. Eres bueno, me lo enseñó.

No sé muy bien que contestar. Era evidente que había sido ella, pero... ¿grabarme? Nunca me dijo que iba a hacerlo o que lo había hecho. No sé si estoy enfadado o demasiado feliz.

—Supongo que así es Abbie. —Sonrío, no la había recordado de esa manera en este tiempo.

A Cece también parece hacerle gracia mi comentario, los dos la conocemos lo suficiente para saber lo que significa.

—No sé si debería contártelo, pero creo que querrás saberlo. —Ha borrado de su cara la sonrisa sin dejar de mirarse los pies—. Este sábado expone un conjunto de sus obras. La han elegido a ella y a cuatro compañeros más del curso.

—¿Expone? ¿En serio?

Supongo que ella también ha avanzado durante estas semanas.

—Ajá. —Puedo ver en el rostro de Cece la alegría por su amiga y por haberlo logrado.

—Es genial. —Sé que será todo un éxito.

—Quizá te apetezca pasarte. —Suena a invitación. ¿Ir a la exposición? Me encantaría, pero...—. Bueno, venías a verla y aunque no la hayas encontrado aquí allí sí podrás encontrarla.

—No sé si ella querrá que vaya. —Soy sincero y lo sabe.

Presentarme sin más en su exposición puede implicar, o su enfado monumental o su alegría al verme allí. Sea como sea, seguro que se sorprende. Reconozco que me encantaría ir.

—Yo creo que sí. —Me anima en la locura sabiendo las mismas posibilidades que yo he barajado.

—¿A sí? —Quizá ella también me ha echado de menos.

—Bueno, solo digo que fuisteis inseparables un breve periodo de tiempo ¿cómo va a disgustarle verte allí? —dice entre dientes, con cierta duda en sus palabras.

Cece me mira de nuevo. Supongo que tampoco sería tan extraño y desagradable dejarme caer por la exposición después de todo. He venido a contarle lo de Juilliard y quizá pueda hacerlo allí, cuando la vea. Seguimos caminando juntos y lo cierto es que ya no sé cuánto tiempo se supone que llevamos haciéndolo. Permanezco en silencio unos minutos más reflexionando sobre Abbie y su exposición, tiempo malgastado cuando comprendo que Cece

me ha invitado y que no hay nada realmente que me impida hacerlo.

XLVI

ABBIE

Me encanta la vista del lago desde el porche trasero de la casa, de hecho, siempre ha sido mi vista favorita en el mundo. Había olvidado lo que era pasar un verano en casa. La columna blanca de la terraza está caliente a causa del continuo calor de la mañana y puedo sentirlo en mi brazo apoyado en ella. Los árboles son más verdes de lo que recordaba y el agua mucho más azul. Creí que cuando volviera no podría soportarlo, que todo, absolutamente todo, me recordaría a Jimmy. Y en parte así ha sido. Si giro un poco la cabeza puedo ver las cuadras a muchos metros de distancia de la casa. Nunca se me dio demasiado bien montar a caballo, aunque aprendí a hacerlo.

Veo el muelle desde aquí y recuerdo la de veces que Jimmy y yo saltamos de él y nos zambullimos en el agua. Todo está impregnado de él, todo tiene recuerdos que perduraran toda la vida. Cierro los ojos para controlar mejor la respiración, pero, sobre todo, para evitar que mis ojos puedan derramar más lágrimas, ya lloré bastante hace unos días cuando volví a pisar la casa.

—Me parece increíble que estés aquí de nuevo. —Reconozco la voz de papá tras de mí.

—Bueno, yo también estoy asombrada de ello. —Mis ojos siguen anclados en el lago.

Es posible que lo correcto sea decirles cuanto lo siento, decirles que no tenía que haberme marchado de la manera en la que lo hice y que me arrepiento de ello. Sin embargo, no lo siento, aún no siento lo que hice porque sé que era lo que necesitaba hacer.

—Te hemos echado de menos, Abbie. —Suena casi tan sincero como

Cece—. Aunque tu madre no se haya atrevido a decirlo.

Se ha detenido a mi lado y ahora también él contempla el lago. Me gusta la tranquilidad de este sitio, aunque yo siempre necesité jaleo para ser feliz, era otro de mis encantos según Jimmy. Sonrío al recordarlo en el jardín.

—Lo echo de menos. —Confieso cruzando los brazos bajo mi pecho para sentir cierta calma, no lo consigo.

Con mis padres nunca hablé de ello, tampoco ellos hablaron de él conmigo tras su pérdida. Nos limitamos a seguir nuestras vidas fingiendo que no había sucedido, que Jimmy volvería algún día, pero estaba muerto y ya no iba a volver.

—Lo sé. —Papá me mira y también noto tristeza en él—. Yo también lo echo de menos.

Aún con las gafas puestas puedo ver sus ojos brillar a punto de derramar lágrimas, pero no lo hace.

—No lo soportaba. Estar aquí, seguir aquí.

Solo hui lejos, creyendo que, con el tiempo, todo se arreglaría, pero solo me rompí en más pedazos. Necesité reencontrarme con la vieja Abbie para volver a sentir alguna cosa, con ella y con las otras personas que he conocido y han cambiado mi vida. Cece, Alice, Bryan...

—Lo siento, Abbie. —Coloca su mano sobre mi hombro—. Debimos haber hecho algo para aliviarte, para ayudarte.

Siento que mi mundo se empequeñece y, sin embargo, aún sigo notando un tremendo peso en mis hombros a pesar del tiempo transcurrido, de las lágrimas, también de las sonrisas, del miedo y del vacío.

—Debí haberme puesto en contacto con vosotros después de... huir. —Siempre he contado que me marché, la verdad es que solamente estaba huyendo.

—Bueno, ahora estás aquí y ya sabemos dónde encontrarte —dice con

cierto alivio en sus palabras. Dibuja una sonrisa en su rostro y me parece increíble que nunca antes me hubiera dado cuenta que Jimmy tenía exactamente esa misma sonrisa—. Solo prométeme que no vas a volver a desaparecer sin más, otra vez.

—Lo prometo.

Me quedo observándolo y había olvidado lo entrañable que parece la mayor parte del tiempo.

Papá me sonrío antes de rodearme con su brazo y acercarme a él. Yo me dejo arrastrar sin poner demasiada resistencia, creo que también necesito los abrazos de mi padre de nuevo. Y finalmente lo consigue, me quedo apoyada en él pudiendo absorber su aroma. Huele a hogar, huele a casa.

Los atardeceres en Carolina del Sur siempre han sido geniales. El cielo se tiñe de un rojizo no demasiado intenso que se une al verdor del campo. Paseo por el muelle a paso lento observando la inmensidad del lago. Me encantaría que Bryan conociera este sitio y sería genial poder escucharlo con su guitarra en el jardín o en el muelle. Se me ponen los pelos de punta solamente de pensarlo. A mis padres aún no les he hablado de Bryan, ni su milagro por conseguir que Abbie volviera, pero sé que acabaré haciéndolo con el tiempo. Por ahora, solo les he contado donde me encuentro y mi intención de retomar mi carrera. También les he hablado de Cece, Alex y de Christina. Se ha levantado un poco de aire y me abrigo con una fina chaqueta de punto que aún conservaba guardada entre mis cosas. Es asombroso que mi habitación siga exactamente del mismo modo en que la dejé hace meses, pero me sorprende aún más que la de Jimmy también la conserven. Me he cogido un par de fotografías para llevármelas a Nueva York cuando vuelva mañana, creo que me he cansado de tener mi habitación tan vacía.

Puedo oír el ruido de la madera bajo mis pies y cruje como si se estremeciera. Reconozco que Carolina del Sur es un lugar magnífico donde

criarse. Detengo mis pasos para poder darme la vuelta y ver la enorme casa a mi espalda. Me abrazo y respiro con calma. Siento nuevamente que podría quedare allí el resto de mi vida. Continúo mi paseo hacia el borde del muelle, aunque me detengo en el banco de madera que Albert construyó para Jimmy y para mí cuando apenas teníamos nueve años. Albert Field trabajaba en el mantenimiento de la casa y especialmente en el cuidado de los caballos. Una mañana de verano, mientras nosotros nos bañábamos en el lago, Albert se acercó con varios tablones de madera y comenzó su trabajo. Mamá le había pedido que construyera un pequeño banco de madera en el extremo del muelle y él lo hizo. Jimmy y yo le ayudamos a hacerlo. Fue fantástico, lo recuerdo como si fuera ayer, aunque ha pasado mucho tiempo desde entonces. Me dejo caer lentamente sobre él y puedo notar la suavidad de la madera y el calor que ha recogido durante todo el día. Mamá no llegó a sentarse en él muchas veces, pero me alegro de que Albert lo construyera.

Observo el agua, las pequeñas olas que se forman a causa del viento, no demasiado fuerte pero lo suficiente para crearlas. Puedo ver a Jimmy nadando en él como hacía todas las mañanas, pero también puedo verlo tirado en el muelle sin vida. Cierro los ojos para controlar mis lágrimas y trago saliva para evitar que suba el nudo por la garganta. Habría sido como una mañana cualquiera, Jimmy habría nadado hasta las nueve, después se habría acercado a la cocina a desayunar y allí me habría encontrado; después, quizá habría dado una vuelta en Trueno que adoraba a mi hermano casi tanto como yo lo hacía. Pero no fue una mañana cualquiera. Salió del agua y desconozco en qué momento cayó desmayado y muerto sobre el muelle, porque no me acerqué a él hasta las diez de la mañana. Y lo recuerdo aquí tirado, justo dónde ahora tengo mis pies clavados, recuerdo la presión en el pecho, el miedo, las lágrimas... lo recuerdo todo.

Vuelvo a cerrar los ojos. Me culpé, si la noche anterior no me hubiera ido

de fiesta a Charleston habría madrugado y lo habría descubierto antes, mucho antes. Quizá seguiría vivo. Quizá no. Pero no me habría sentido culpable todo este tiempo. Noto las lágrimas resbalar por mis cálidas mejillas, pero esta vez dejo que caigan.

XLVII

BRYAN

El local no está nada mal. Parece pequeño desde la puerta de entrada, pero bastante moderno en distribución y decoración. Tengo tantas ganas y tanto miedo de volver a ver a Abbie que he tardado casi una hora en decidir lo que me ponía y bastante más en decidir si debía o quería venir.

—Que sitio más chulo. —Zoey agarra mi brazo, aunque la había olvidado por completo.

—Sí que es bonito. —Mamá me coge del otro lado.

Cruzamos la puerta los tres dispuestos a seguir caminando hacia dentro, pero una chica nos detiene el paso.

—Buenas noches, aquí tenéis los folletos de la exposición espero que os guste. —No deja de sonreír. Va muy elegantemente vestida.

—Muchas gracias, guapa. —Mamá coge los tres folletos y los reparte.

Cojo el mío y Zoey el suyo, por lo que acaba soltándome el brazo. Tanto Zoey como mamá están muy guapas esta noche, muy elegantes. Leo «*Exposición de los Alumnos de Arte*» en la portada acompañado por un dibujo abstracto en ella. Abro el folleto:

Amber Lee

“En las entrañas del tiempo”

Jackson Davis

“Momentos y segundos”

Jimmy Collins

“Energía”

Lisa Mumfod

“Profundidad”

Abbie Harrison

“No sin ti”

Siento que me falta el aire. Abbie ha elegido el título de mi canción para su colección de obras. Siento una presión en el pecho que no puedo controlar. Sigo mirando el folleto, aunque puedo escuchar a mamá y a Zoey hablar sobre los artistas.

—¿Continuamos? —Zoey espera frente a mí una respuesta.

—Ajá —respondo. Tardo unos segundos más en apartar la mirada del nombre de Abbie y del título de mi canción, pero acabo haciéndolo.

Mamá se queda rezagada, mientras Zoey y yo caminamos siguiendo a la gente. Hay una pequeña sala de paredes oscuras que conduce a través de un gran arco a lo que parece la sala de exposición. No hay mucha gente en ella y la mayoría se reúnen en pequeños grupos de personas. Es una sala grande de color pastel decorada por montones de obras de arte en sus paredes. Parece estar dividido en secciones y puedo ver al menos tres conjuntos diferentes de obras expuestas en distintas paredes. A lo lejos, en la pared de mi izquierda, otro arco debe dar paso a otra parte de la exposición. Zoey tira de mí hacia el primer conjunto. Puedo leer *Jackson Davis* “Momentos y segundos” y descubro asombrado que se trata de paisajes realmente espectaculares. Cada lienzo va acompañado por su propio título. Es increíble que algo así lo haya creado de la nada con un pincel.

—El de la playa me encanta. —Zoey parece tan asombrada como yo.

Y tiene razón, el de la playa es genial, pero no es ese el que llama mi atención. Entre las cinco obras expuestas de Jackson Davis, el Hudson River Park es mi favorito. Si fijo bien mis ojos en ella puedo ver a Abbie sobre el césped con su enorme mirada grisácea puesta en el cielo y la camiseta ligeramente subida dejando al descubierto parte de su ombligo. Sonrío. Mamá se ha alejado de nosotros y contempla al siguiente artista. Poco a poco, la gente va llegando y en cuestión de unos minutos más se llena la sala. Nosotros

hemos avanzado por la habitación, ya hemos visto la obra de Amber Lee, un conjunto de lienzos abstractos con millones de colores; y ahora observo “Profundidad” de Lisa Mumford y es bastante triste. Me he detenido en uno de sus cuadros y solo veo oscuridad y tengo la sensación de que voy a caerme por el precipicio sin llegar a tener consuelo nunca al llegar al suelo.

—Es triste —digo sabiendo que Zoey no parece muy convencida con este conjunto, lo puedo ver en su rostro, pero a mí me parece realmente triste.

—Es tan oscuro. —Ha fruncido el ceño y sigue observando. Tiene razón.

—¿Bryan? ¡Qué sorpresa!

No reconozco la voz, pero en cuanto me giro lo descubro.

—Alice. —Me quedado un poco sorprendido con su encuentro—. Hola. Hemos venido a ver la exposición.

Sabía que existía la posibilidad de encontrarla aquí, al fin y al cabo, ella y Abbie han trabado una buena amistad de aquí a un tiempo atrás. Lo que me pregunto es si ella se imaginaba poder encontrarme allí. No me dijo nada cuando nos vimos.

—Es fantástico veros por aquí. —Alice sonrío. Está muy guapa con ese vestido verde oscuro—. La obra de Abbie es... es magnífica.

—Aún no la hemos visto. —Echo un vistazo rápido y no me parece verla por ninguna parte de esta primera sala, por lo que intuyo, la encontraremos en la otra.

—Pues ya veréis. —Parece contenta y feliz—. ¡Oh! Hola Zoey.

—Hola, señora Ebert. —Zoey agarra fuerte mi brazo.

—Bueno, yo voy a continuar, he venido con una amiga y me está esperando. Me alegra veros por aquí. —Planta un beso fugaz en mi mejilla, lleno de sentimiento.

—Igualmente, Alice. —Sonrío amablemente. Ni siquiera parece la misma mujer de hace unos meses, del comienzo de verano.

Alice se da la vuelta y continúa su propio recorrido. Veo a mamá acercarse a nosotros, la había perdido de vista desde hacía un buen rato y parece reaparecer como si nada. Sonríe mientras se acerca a mí a paso rápido.

—¿Todavía estáis aquí? Aún os quedan dos artistas más. —Mamá agarra el brazo de Zoey y tira de él, yo que la sostengo por el otro, me veo arrastrado por ellas.

Andamos hacia el otro arco que ya supuse que llevaría a la otra sala. Mamá suelta a Zoey y se aproxima a mí tras conseguir que la guapa chica rubia que me agarra con fuerza me suelte. Me sonrío y me acerca a ella.

—Bryan creo que Abbie se alegrará mucho de verte. —Susurra como si tramara alguna cosa, yo no entiendo nada.

Cruzamos el arco, Zoey es la primera, después mamá y yo. Es una sala realmente pequeña y a primera vista solo puedo ver un conjunto de obras abstractas en la pared de enfrente. No hay mucha gente, pero suficiente para sentir más pequeña la sala. Solamente andamos unos pasos más para descubrir caras conocidas. Veo a Cece, realmente guapa, y está hablando con un pequeño grupo de gente, sonrío. Ella no me ve. A medida que avanzamos mis ojos van descubriendo con un poco más de claridad las obras abstractas de Jimmy Collins y reconozco que no está mal del todo. Zoey habla con mamá de uno de los lienzos más coloridos, pero yo me detengo en el que parece más vacío y, sin embargo, más radiante, porque el blanco natural del cuadro resalta sobre los otros colores.

—Has venido. —La veo detenerse a mi lado. Cece—. Me alegra verte aquí Bryan.

—Estás muy guapa —digo cordialmente, pero con sinceridad. Lleva el pelo recogido en una coleta y un bonito vestido morado ceñido a su cuerpo.

—Muchas gracias, tú también. —Me devuelve la sonrisa—. ¿Ya has visto las de Abbie?

—No, aún no. —No aparto los ojos del cuadro de Jimmy titulado “Más que nunca” y me pregunto por qué le habrá puesto un título como ese.

—Pues deberías —se limita a decir. Después, gira su rostro hacia el otro lado y yo simplemente la imito, aunque tengo que inclinarme hacia delante un poco.

Intento descubrir que observan sus ojos, pero no me cuesta demasiado descubrirlo. Veo a Abbie a unos cuantos metros de distancia junto a Alex, charlan y se ríen. Madre mía está tan espectacular. Noto que mi respiración se acelera con rapidez y me sudan las manos. Es la chica más guapa de la galería de Arte y no creo que lo sepa. Se mueven un poco y puedo ver que tras ellos y la gente unos cuantos cuadros cuelgan de la pared.

—Está preciosa. —Creo no haberlo dicho muy alto.

—Sí lo está —responde ella habiéndome escuchado—. Deberías acercarte.

Miro hacia el otro lado y veo a Zoey demasiado entretenida hablando con mamá y es, sin duda, el momento perfecto para salir corriendo y desaparecer. Y lo hago. Cece se hace a un lado para dejarme paso y yo comienzo a caminar. Siento que el suelo se mueve y que por primera vez no tengo ni idea de lo que se supone que voy a decirle. Aún no me ha visto. Lleva puesto un vestido negro brillante que resalta su estupenda y sexy figura. El pelo se lo ha recogido, pero caen de él unos cuantos mechones algo rizados. Ha pasado tanto tiempo que tengo miedo, miedo a que realmente no quiera volver a saber de mí. Estoy tan cerca que podría alargar la mano y tocarla. Alex me mira y parece haberse callado, lo que provoca que Abbie comience a darse la vuelta lentamente y me encuentre. Ahí están, sus enormes ojos grises mirándome. Levanto los ojos un segundo y puedo ver tras ella un dibujo, pero... no puede ser. Soy yo. ¿Yo? Desvío mis ojos a los demás cuadros de la pared sin dejar de caminar y me descubro en muchos de ellos. Soy yo, yo soy su No sin ti y me

estremezco.

XLVIII

ABBIE

Mi respiración se ha detenido. No puedo creerme que esté aquí, justo aquí. Camina con decisión hacia nosotros y siento que el suelo se mueve. Alex sigue a mi lado y lo observa acercarse. ¿Qué pensará de mis obras? La mayor parte de ellas son él. Él en el Kayak. Él en el Museo con la guitarra. Él en la cafetería. Esto no debía verlo, no debía saberlo.

—Hola, Abbie. —Sale de sus labios como un susurro.

¿Por qué no puedo articular palabra? Sé que he abierto la boca, pero no sale nada de ella.

—Hola Bryan. ¿Qué tal? —Alex sale en mi rescate al darse cuenta de mi mudez. Se aproxima a él para saludarlo.

—Hola, Alex. —Bryan acepta su mano, pero rápidamente desvía sus ojos a mí.

Está realmente guapo esta noche. Lo cierto es que es bastante guapo. Se convierte en un momento incómodo.

—Bueno, voy a ver si Cece necesita algo. Abbie. —Alex asiente antes de alejarse.

Sigo en silencio, sin saber muy bien qué decirle. Pensé que no volvería a verlo y mucho menos en un día como este.

—¿Yo? —Desvía sus bonitos ojos azules a una de mis obras.

Camina hacia ella y yo vuelvo a recobrar la respiración. Inspiro profundamente antes de darme la vuelta y unirme a él.

—Sí. Quizá tendría que habértelo dicho o...

—Está bien, Abbie. —Vuelve a mirarme un segundo—. Son geniales.

Nos encontramos mirando el dibujo de él en el kayak. Me gusta ese dibujo, parece libre y feliz.

—No sabía que ibas a venir. —Confieso algo perturbada. No sé quién le dio la información, nadie me lo dijo.

—Y perderme tu gran momento de éxito. —Me mira y creo que voy a derretirme en cualquier momento.

Cómo es posible que después de tanto tiempo consiga que vuelva a sentirme de esa manera. Mis ojos se desvían hacia sus labios y vuelvo a recordar que me besaron, aunque parece más un sueño que un recuerdo.

—Me alegro de que estés aquí —digo al fin. No lo esperaba, pero me alegro.

—Te he echado de menos, mucho. —Lanza como una enorme bola de fuego, sin esperarla, sin saber cómo recibirla. No puede decirme algo así.

—Bryan yo...

—Tú debes de ser Abbie, ¿verdad? —Alguien nos interrumpe.

¿Zoey? ¿Se ha traído a Zoey? Maldito seas, Bryan.

—Lo es —responde él mientras ella busca lugar junto al chico protagonista de mis obras.

—¿Y esta es tu obra? —Ya no me mira, los ojos de Zoey contemplan los dibujos—. Pero... si es Bryan. No me habías dicho nada Bryan.

—Bueno yo...

—Sí es Bryan —contesto cortante. No creo que pueda soportar quedarme aquí mucho más tiempo. Se ha traído a Zoey ¿Pero en qué coño estaba pensando? Me enciendo—. Os dejaré que sigáis viendo el resto, yo tengo que... que atender a más personas.

Estoy enfadada, mucho. Bryan me mira y por su expresión ha descubierto lo poco que me gusta encontrar a Zoey aquí con él. Me alejo de ellos sin detenerme, o al menos sin ninguna intención de hacerlo, pero me veo obligada

a ello cuando Jimmy interrumpe mi camino.

—Creo que está siendo un éxito. ¿Qué ocurre? —Cambia su sonrisa de satisfacción a un ceño fruncido en unos pocos segundos.

Siempre fui como un libro abierto.

—Nada —contesto algo borde.

Es evidente que sí pasa, no soy capaz de ocultarlo.

—Vamos, Abbie, eres incapaz de ocultar lo que piensas ¿Recuerdas?

Odio que la gente llegue a conocerme con tanta rapidez.

—Bueno, te has puesto en mi camino, así que aparta.

De pronto me convierto en el ser más borde del universo, aunque de él solo obtengo una risa. No entenderé nunca porque mis desplantes le parecen agradables.

—Es por ése ¿verdad? El rompecorazones. —Sé que con su cabeza lo está señalando, pero me niego a girarme y tener que volver a ver la escena de Bryan y Zoey juntos—. Y por lo visto ha venido con una chica muy guapa.

—Él es Bryan y ella Zoey. Su novia Zoey —recalco sin dejar de sonar borde.

—Tú eres mucho más guapa. —Piropea levantando las cejas y dibujando una media sonrisa en su cara.

—Ya deberías saber que eso no te va a funcionar conmigo. —Pongo los ojos en blanco. Es irremediable.

—Quizá algún día funcione —dice con cierto encanto acercándose a mí.

Dejo escapar un bufido antes de golpearle con suavidad en el brazo. Ni siquiera sabe que se llama igual que mi hermano y que ya solo por eso jamás podría tener nada con él. Tras descubrir su nombre lo dejé acercarse a mí únicamente por la sensación de volver a tener una persona como Jimmy en mi vida. Un buen amigo, nada más. Christina se acerca a nosotros y yo intento volver a recuperar la calma que he perdido tras ver a Bryan.

—Felicidades Abbie, son maravillosas.

Se ha cortado el pelo quedando al descubierto sus orejas y su nuca, aunque le cae un flequillo muy sexy hacia un lado.

—Gracias, Chris.

Se acerca a mí para darme un beso. Sonríe sintiéndome un poco mala persona por mi actitud de hace unos minutos. Ellos no tienen la culpa de que Bryan sea un completo idio...

—Vaya, vaya. —Jimmy la mira de abajo arriba con las cejas bien alzadas—. Soy Jimmy Collins.

El ligón número uno se acerca con decisión a su mejilla para besarla. Veo la cara de asombro de Chris, aunque no parece disgustarle demasiado. Lo cierto es que no me sorprende nada de esto conociéndolo.

—Christina —dice ella—. Espera, ¿Jimmy Collins, el artista de la otra pared?

Chris parece sorprendida. Jimmy asiente sin dejar demasiado espacio entre ellos. Muy típico en él.

—Quizá deberías enseñarle tu obra. —Animo el encuentro entre ambos. Las chipas saltan, puedo notarlo.

—Si Christina quiere... —Tira el balón a su tejado esperando que la respuesta de ella sea un rotundo sí.

—Por supuesto. —No ha terminado de aceptar cuando Jimmy la agarra de la cintura y comienza a llevarla hacia el otro lado de la sala.

Los sigo con la mirada. Es un tipo realmente impredecible y me encanta. Quizá comparta el mismo nombre que mi hermano, pero no se parecen absolutamente en nada. Vuelvo los ojos a la gente que parlotea, encontrando a Cece y Alex junto a unos amigos de Alex que han venido a la exposición. Cece me ve y me sonríe y yo le devuelvo la sonrisa. Vuelvo mi mirada a uno de mis dibujos colgados en la pared, el de Bryan con la guitarra. Sonríe al recordar

ese día, ese fantástico día. Odio que Zoey esté aquí.

—Felicidades Abbie, son muy buenos. —Martha se ha detenido a mi lado.

Me ruborizo al recordar que es su hijo el protagonista de la mayor parte de mis dibujos. ¿Qué pensará de ello?

—Gracias Martha. —Sé que es sincera, porque Bryan también lo es.

—Es curioso que hayas elegido a mi hijo para tus obras. —Sigue observando los dibujos.

Bueno, en realidad debería decirle que no lo he elegido yo, que fue mi mano independiente y rebelde.

—Bueno, solo lo dibujé —respondo con sinceridad.

—¿Sabes que lo han admitido en Juilliard?

—¿Cómo? ¿De verdad? —Funcionó, mi plan funcionó.

—Sí, fue a la audición y una semana después recibió una carta de admisión. —Sonríe y parece orgullosa de Bryan. Debería estarlo—. Y todo fue gracias a ti.

—¿A mí? Martha yo no...

—Él también sabe que fuiste tú. —Interrumpe.

Supongo que era de esperar que se acabaría enterando, al igual que Martha. Vuelvo mis ojos al Bryan que sonríe y toca la guitarra y, sin duda, fue un magnífico día. Odio que haya venido con Zoey, de hecho, creo que lo mejor es que no hubiera venido. No verlo era duro, pero verlo...

XLIX

BRYAN

Seguimos observando las obras de Abbie y lo cierto es que todas son fantásticas. De vez en cuando mis ojos la buscan entre la gente sin éxito. La vi con un chico hace un rato y ella parecía bastante a gusto, debo reconocer que he sentido ciertos celos de ello. Zoey está tan maravillada con los dibujos y de encontrarme a mí en la mayoría de ellos que ni siquiera se da cuenta. Yo aún no me puedo creer que me haya estado retratando todo este tiempo. Y entonces topamos con una de sus obras llamada «Mientras nadie observa» y soy yo de nuevo, en la cafetería, sentado en mi habitual silla rodeado de gente, pero mi silueta está resaltada con un negro mucho más intenso que el resto. Podría haber sido cualquier día de los treinta que pasé allí sentado esperando un milagro y ella me vio. Siempre me vio y reconozco que me estremecí al pensarlo.

—¿Esa no es la cafetería dónde nos conocimos? —Zoey se aproxima un poco más al retrato. No recuerda que la conocí en el hospital.

—Sí, estuve yendo allí durante mucho tiempo. —Yo también observo el dibujo con detenimiento. Es asombroso descubrir que Abbie siempre observó.

—¿En serio? No me había dado cuenta. —Zoey me sonríe y aunque puedo verla de reojo no aparto mis ojos del retrato y creo que es porque espero encontrar a Abbie entre toda esa gente dibujada.

Zoey camina esquivando mi cuerpo paralizado e inmóvil que sigue contemplándose a sí mismo. ¿Y si siempre ha sido Abbie? Antes de Zoey, antes de todo. Mi respiración es lenta y pausada. Puedo recordar lo increíble que era contemplarla, recuerdo la noche del cine al aire libre y la veo apoyada

en la baranda de hierro con sus bonitos ojos grises mirando el cielo estrellado.
¿Tan equivocado he podido estar?

—Jimmy ¿Quién es Jimmy? —La voz de Zoey me devuelve a la galería.

—¿Qué? —Aparto los ojos de mi propio retrato y me muevo hacia mi acompañante que mira un retrato totalmente diferente.

Solo cuando me detengo frente a él y leo el título «Jimmy» descubro que se trata de su hermano. Nunca lo había visto en ninguna fotografía ni retrato. Es una hoja de una libreta y está algo amarillenta, pero se puede ver perfectamente a Jimmy acariciando un caballo. Era un chico bastante alto y fuerte. Lo cierto es que si lo observo desde más cerca se parece bastante a Abbie.

—¿Sabes quién es? —Mi acompañante parece intrigada.

—Su hermano —murmuro. Puedo sentir la pérdida solo contemplando el dibujo. Ha debido ser muy duro para Abbie dejar que todo el mundo lo vea, lo conozca.

—¿Conoces a su hermano? Vaya, creía que solo os conocíais de la cafetería. —Parece sorprendida, algo confusa.

Eso fue lo que le conté. Y eso es lo que ella cree.

—No lo conocí, aunque habría estado bien hacerlo —respondo haciendo memoria del dolor que inundaba el corazón de Abbie cuando la conocí. Estoy seguro de que tuvo que ser un chico estupendo.

—¿Conociste? —Es evidente que Zoey ha captado el tiempo en pasado.

—Murió.

Siento una presión en el pecho y puedo imaginar el dolor que Abbie habrá sentido. El dolor que sentí cuando perdí a Sam.

—Vaya, que pena. —Vuelve a mirar el dibujo—. Era un chico muy guapo y parece joven.

—Lo era.

Necesito buscar a Abbie. Mi mirada se aparta de Jimmy para buscar a Abbie entre la gente y la encuentro sin demasiado problema junto a Alice Ebert hablando.

—Tuvo que ser muy duro para...

—Zoey, ahora vengo. —No espero a que ella pueda decir nada y simplemente camino hacia Abbie.

La sala ha dejado de llenarse de gente, pero aun así no queda demasiado espacio vacío. Abbie puede verme acércame a ella, al igual que Alice. Tengo una extraña sensación en mi cuerpo y vuelvo a recordar que siempre fue Abbie. Ella me miraba cuando nadie lo hacía. Me tiemblan las manos.

—Bryan ¿Qué te parece la exposición? —Alice sonrío.

—He visto el retrato de Jimmy. —Ignoro todo para centrarme exclusivamente en los enormes ojos grises de Abbie.

—Será mejor que os deje solos. Abbie luego te busco. —Alice acaricia el brazo desnudo de ella antes de marcharse.

Me observa callada y solo desearía abrazarla. Madre mía está tan guapa.

—Creí que debía estar con los demás retratos —confiesa con nostalgia. Sus ojos brillan y noto el dolor que su cuerpo irradia.

—Sí, tenías razón. Al fin y al cabo, se titula No sin ti.

Creo que tú eres mi No sin ti, Abbie.

—Siento haber utilizado tu canción para...

—No es mi canción en realidad. Bueno, quiero decir que no tengo la exclusividad de No sin ti, así que. —Al menos sigue ahí, frente a mí.

—Espero que a Zoey le esté gustando, aunque supongo que le encantará ver a su novio dibujado por todas partes. —Intenta ser fría, borde y echaba de menos a esa Abbie también.

Ha dicho novio. Ni siquiera yo había considerado ese término hasta ahora que lo he oído de los labios de la que siempre me miró. Me estremezco. Es

evidente que esto no es lo que quiero. Quizá era lo que quería, pero no lo que quiero en este momento.

—Ni siquiera sabía que iba a la misma cafetería que ella desde hacía tiempo —confieso. No sé si eso significa algo para ella, pero sí que significa algo para mí.

—Eres un tipo bastante normal. ¿Por qué iba a darme cuenta? —Sigue intentado sonar borde. Sonrío.

—Pues tú lo hiciste.

Y no lo había entendido hasta ahora. Aparta sus ojos de mí como si necesitara pensar con claridad.

—¿Bryan qué pretendes? —Vuelve a mirarme—. ¿Qué quieres?

—¿Que qué quiero? —Es evidente que a ti—. Abbie no he dejado de pensar en ti ni un segundo desde que salí de la cafetería.

—¿Qué no has dejado de pensar en mí? —Alza la voz enfadada—. Sabes, hay algo que se te olvida. —Se detiene. Parece dolida—. Saliste con ella.

Siento una presión en el pecho que duele y ahoga, pero tiene razón. Lo hice. Sus ojos brillan con intensidad. Algunas de las personas más próximas a nosotros nos observan de reojo.

—Abbie. —No creo que exista una forma de conseguir que me escuche—. Me dijiste que me fuera, dos veces.

—¿Y a qué has venido? A escucharlo una tercera —dice con semblante serio. Sé que solamente está enfadada y quiere hacerme daño, pero me hace más daño alejándome de ella.

—No quieres eso. —Me acerco a ella un poco más.

—Tú no sabes lo que yo quiero. —Se aparta—. ¡Oh, Zoey! Bryan ¿Por qué no le repites a tu novia lo que me has dicho?

Me giro un poco para descubrir a Zoey detrás de mí escuchando en silencio. Por los gestos de su cara no debe entender nada de lo que está

sucediendo. Abbie ha alzado suficientemente la voz como para que algunos de los invitados nos miren. Veo a Cece y a Alex entre ellos, también a mamá y a Alice.

—Bryan ¿Qué ocurre? —Zoey agarra mi brazo con dulzura.

—Deberíais iros. —Alex sale al rescate de la situación.

Cece se ha desplazado un poco hacia nosotros, pero es Alex el que se interpone entre Abbie y yo. Y siento que por primera vez se encuentra realmente lejos de mí. Mamá camina hacia nosotros, no quiero, ni voy a montar un espectáculo porque Abbie no se merece nada de esto. Asiento.

—Sí, nos vamos. —Cojo la mano de Zoey y comienzo a caminar.

Mamá se une a nosotros antes de cruzar el arco que nos conduce a la sala más grande. Tengo el corazón roto en un millón de pedazos y solamente es culpa mía. Lo sé.

L

ABBIE

Volver a la rutina de los lunes con todo lo que ha pasado este fin de semana me abruma. He llorado más de lo que lo he hecho en mi vida y Cece y Alex han estado ahí con cada lágrima. A veces me pregunto qué sería de mi vida sin ellos. Christina también fue testigo de lo sucedido en la exposición y por eso parece que ha bajado el ritmo de trabajo conmigo, sin comprender que lo que necesito precisamente es mucho trabajo. Atiendo las mesas y de vez en cuando mis ojos se desvían a la mesa que Bryan solía ocupar. Me parece increíble que le pareciera buena idea acudir el sábado, y con ella. Debo dejar de pensar en ello o volveré a llorar. Me acerco a una mesa donde hay tres mujeres.

—¿Qué os pongo?

Hoy no soy precisamente alegría.

—Dos cafés y... —Me contesta la de nariz grande.

—Y un batido de fresa ¿tenéis? —responde la otra.

—Claro. —Soy consciente de la reacción de las chicas a mi poco entusiasmo—. ¿Algo más?

—No, nada más —dice la de la nariz grande.

Asiento antes de darme la vuelta y caminar hacia el mostrador. Comienzo a preparar los pedidos, pero juro que es el último sitio donde querría estar. Noto la mano de Christina en mi espalda.

—Abbie si quieres me puedo encargar yo de atender a la gente. —Debe haber notado mi frialdad.

—Lo preferiría. Gracias.

—¿Estás bien? —Realmente se le nota preocupada.

—No Chris, hoy no lo estoy —digo sincera. De hecho, estoy harta de decir siempre que sí, cuando la mayoría de la veces es mentira.

—Abbie si necesitas cualquier cosa...

Nunca se ha metido en mi vida y se lo agradezco, pero es agradable descubrir que puedo contar con amigos.

—Gracias Chris, pero no creo que tú puedas hacer nada. —Sigo con la vista puesta en las tazas donde estoy preparando los cafés.

Chris desliza su mano de arriba abajo por la parte alta de mi espalda antes de irse. Aún sigo notando un nudo en mi estómago desde el sábado. ¿Qué me echa de menos? En qué mal momento decidí meterme, en que mal momento decidí preguntar. Coloco los cafés y el batido sobre la bandeja, pero me detengo justo después de cruzar el mostrador con la bandeja entre las manos. Bryan está de pie junto a la mesa de siempre con su guitarra entre sus brazos. La gente lo mira, Chris lo mira a unos pasos de distancia, Félix también. Me paralizó sin comprender nada... y entonces comienza a tocar. Y no tardo en reconocer la canción. Todos lo miran y yo no sé si quiero matarlo o besarlo. Me limito a escuchar. Vuelvo a sentir lo mismo que sentí aquel día en la puerta del Museo cuando lo vi abrazar aquella guitarra y liberarse. Noto como se eriza mi vello y las manos me tiemblan. La canción sigue siendo tan increíble como ya me lo pareció la primera vez que la escuché en su habitación.

Me siento enfadada, dolida, confusa. Creía que ésta última vez había sido suficientemente clara, pero por lo visto no lo fui porque aquí está de nuevo. Comienza a caminar hacia mí y desearía que la tierra me tragara en este momento. Lleva puesta esa maldita camiseta azul que resalta sus ojos también azules. No deja de moverse, aunque a un ritmo extremadamente lento. La gente sigue mirándolo. Tiene una voz increíble y toca de maravilla, no me extraña que Juilliard lo haya aceptado. Se detiene a unos pasos de mí y siento que voy

a desaparecer.

Finaliza, la gente aplaude fuerte y efusivamente. Yo no puedo, y no porque sostenga entre mis manos la bandeja, es que no creo que pueda mover ni una sola parte de mi cuerpo ahora mismo. Tengo más miedo que nunca a perderlo.

—Sé que salí de aquí con ella —comienza a decir. Debe intuir que no puedo articular palabra.

—Bryan ¿qué haces aquí? —Trago saliva.

—Hay algo que no te he contado. —Baja la guitarra y la deja sobre el mostrador, a unos centímetros de mí—. Mi No sin ti no es Zoey.

¿Y qué se supone que significa eso?

—Bryan, no sigas por...

—El título se lo puse justo en el momento en que tú apareciste en mi mesa y preguntaste ¿Por qué? Vi tus ojos y el título salió solo. No pensé en Zoey, solo te vi a ti.

No esperaba una confesión de ese tipo. No sé qué decir. Creo que voy a llorar en cualquier momento y no habrá nada que pueda hacer para evitarlo.

—Puede, pero al final...

—Salí de aquí con ella. —Interrumpe—. Lo sé y créeme cuando te digo que no ha habido ni un solo momento en que no pensara en ello, pero me alejaste porque tenías miedo.

—¿De qué iba a tener miedo?

—De que te escogiera a ti. —Sigue mirándome—. Así que aquí estoy ahora, eligiéndote.

—¿Y Zoey? —No podrá ignorar que ella está, estaba.

—Imagino que algún otro la elegirá a ella algún día. —Sonríe y creo que no voy a poder contenerme mucho más—. Abbie estoy enamorado de ti. Te guste o no, lo estoy.

Me coge la bandeja y se la lleva a la mesa que más cerca tiene para

dejarla sobre ella. Todos siguen mirando, pero yo estoy demasiado... *¡Oh vamos Abbie! ¡Te está diciendo que te quiere!* Vuelve a mí y no puedo aguantar más. Unas lágrimas caen por mis mejillas. Bryan pasa su mano por ella para secarlas.

—Ya te dije que te fueras. —Sigo haciéndome la dura.

Bryan se ríe. Su mano es tan suave y grande.

—¡Vamos Abbie! Te estoy diciendo que te quiero. —Coloca su otra mano en mi cintura y empuja con fuerza mi cuerpo hacia el suyo—. *¿De verdad quieres que me vaya?*

—No.

Claro que no quiero.

Bryan vuelve a sonreír antes de acercar sus labios a mi oreja y poder sentir su cuerpo abrazando el mío.

—Sé que tienes miedo, Abbie, yo también lo tengo, pero tengo más miedo de perderte que de esto. —Es un susurro en mi oreja.

Se aparta de ella y vuelve a clavar sus ojos azules en los míos. Creí que jamás volvería a tenerlo tan cerca de mí. Puedo recordar la noche de borrachera, su beso, y moriría ahora mismo por otro. Sonrío levemente y él se acerca poco a poco a mí y sus labios cada vez están más cerca, hasta que chocan con los míos. Y son húmedos y cálidos, son tiernos y ahora son míos. *Y vas a ser muy feliz Abbie, te lo prometo.*

EPÍLOGO

BRYAN

Final del verano y parece que fue ayer cuando comenzó, aunque también parece que fue ayer cuando conocí a Abbie en aquella cafetería y ya ha pasado más de un año de eso. Jimmy parece controlar sin problemas las brasas, aunque no voy a fiarme mucho de eso y por lo visto mamá tampoco, ya que lo vigila desde cerca. El jardín de casa está genial en esta época del año. Cece y Chris charlan con bastante efusividad sin dejar de mirar a Jimmy con las brasas y la carne.

—Creo que voy a ir yo a encargarme de la barbacoa, porque a Jimmy se le quemará. — Alex se acerca a mí para darme un botellín de cerveza.

—Estaba pensando exactamente eso. —Me echo a reír, todos sabemos que a Jimmy hay que vigilarlo la mayor parte del tiempo.

Alex también se ríe antes de volver a beber de su botellín. Cece y Christina se acercan a nosotros sin dejar de reírse.

—¿Qué estáis tramando? —A Chris le ha crecido bastante el pelo desde que se lo cortó.

—Le preguntaba a Bryan si por aquí cerca venden comida. —Alex se ríe entre palabra y palabra.

—¡Qué malos! —Cece se acerca a Alex y él la rodea por la cintura.

—Malos no, Cece, realistas. —Christina fija su mirada en Jimmy.

—Vamos Chris. ¿No te fías de tu chico? —Cece sonrío, conoce tan bien como nosotros la respuesta.

—Pues claro que no. —Ella bebe de su cerveza después de reírse.

Y todos nos reímos con ella.

—¡Ey Jimmy! ¿Cómo va nuestra comida? —Alex alza bastante la voz y Cece le propina un dulce golpecito en el hombro.

Jimmy alza el pulgar en alto y sonrío. Mamá sigue a su lado y por la expresión de su cara no parece tan segura.

—Creo que voy a ir a colaborar. —Christina bebe una última vez antes de comenzar a caminar hacia ellos.

Me quedo allí observando junto a Alex y Cece abrazados. Han pasado muchas cosas en este año, pero me alegro de haberlos conocido.

—Mirad quien se une a nuestra fiesta.

Los tres nos giramos para poder ver la puerta de la cocina abierta y descubrir la sorpresa. Ahí está. La mujer de mi vida y Alice. Siento cierto alivio al volver a verla. Está radiante y es que en realidad es la mujer más hermosa de la tierra. Necesito controlar la respiración para evitar que mi corazón se salga del pecho.

—Hola a todos. He traído postre. —Alice sostiene una bandeja entre sus manos.

—¡Estupendo! —Cece se acerca a ella para coger la bandeja y desaparece con ella para poder dejarla sobre la mesa de madera del jardín.

Alex me propina una palmadita en el hombro antes de seguir a su novia.

—Hola Bryan —saluda con una sonrisa. Está realmente cambiada, para Alice también ha sido un año importante.

—Hola Alice. —Sonrío.

—¡Alice! —Mamá alza la voz desde la barbacoa, parece que le está haciendo un gesto con el brazo para que se acerque.

—Voy a saludar a tu madre. —Me pasa la mano por la mejilla.

—Claro.

Alice comienza a caminar hacia mamá y yo la sigo con la mirada. Noto la mano de Abbie sobre mi hombro. Puedo oler su perfume y siempre me

embriaga hacerlo.

—¿Tan mal lo lleva Jimmy? —La oigo reírse.

Giro mi cara para mirarla y es increíble lo guapa que es. Sus enormes ojos grises siguen siendo tan brillantes y espectaculares como el primer día. Podría estar mirándola eternamente.

—¿Qué pasa? —Frunce el ceño.

—Eres preciosa.

Abbie sonrío y vuelvo a ver en sus mofletes esos pequeños hoyuelos que me enamoraron y que siguen haciéndolo.

—Y tú un tonto.

Se acerca a mi mejilla para darme un beso, pero no la dejo alejarse. La agarro con fuerza por la cintura con el brazo que sostiene mi botellín de cerveza, mientras con la otra mano acerco su rostro al mío. Recuerdo perfectamente la segunda vez que la besé y me odio por no poder recordar la primera. Madre mía estoy completamente enganchado a sus besos y no puedo imaginar lo que puede ser vivir sin ellos. De hecho, no puedo creerme que haya vivido tanto tiempo sin ellos.

—Te quiero Abbie Harrison. —Sigo teniéndola tan cerca.

—Más te vale Bryan Scott. —Vuelven a salir sus hoyuelos.

Me planta un fugaz beso en los labios antes de alejarse de mí con esa mirada salvaje y ganadora.

—Será mejor que vaya a ver cómo va la comida, porque como a Jimmy se le quemó creo que voy a matarlo. —Sonrío antes de dar media vuelta.

Su pelo baila libre y su cuerpo se mueve al ritmo de sus pies. Y lo he conseguido. He conseguido sobrevivir y continuar, justo lo que siempre quiso Sam. Miro el cielo totalmente despejado y puedo imaginar a Sam allí arriba guiñándome un ojo y sonriendo. Tú no lo lograste amigo, pero yo sigo aquí y voy a estar bien, voy a ser feliz. *Lo sé Bryan, siempre lo supe. Bien hecho,*

amigo.

Título: No Sin Ti
Primera edición: Junio 2015
Segunda edición: Julio 2016
Versión nueva: Abril 2019

© África Huertas

© Derechos de edición reservados.
ISBN 9781095615935

Diseño y composición de cubierta: África Huertas González
Imagen de cubierta: © Fotolia
Imágenes interiores: © Pixabay

REDES SOCIALES DE LA AUTORA:

Facebook: África Huertas Escritora
Instagram: África Huertas
Pinterest: África Huertas Escritora
Twitter: África_huertasG

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.